

Ríndete del Jeque

Diana Fraser

RÍNDETE AL JEQUE

LOS JEQUES DE HAVILAH

LIBRO CUATRO



DIANA FRASER

Ríndete al jeque
por Diana Fraser

2025 Diana Fraser
dianafraser.com

El jeque Playboy, Xander, quiere una esposa trofeo, y Elaheh, una ardiente jequesa, no desea casarse en absoluto.

-Los jeques de Havilah-
El bebé secreto del jeque
Comprado por el jeque
La amante prohibida del jeque
Ríndete al jeque
Llevada al harén del jeque

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es casual. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de datos, salvo en los casos permitidos por la Ley de Propiedad Intelectual de EE.UU. de 1976, sin permiso previo del autor.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo

Postfacio
Llevada al harén del jeque
Otras Obras de Diana Fraser

PRÓLOGO



SHAKIRA, REINA DE JAZIRA, SE ACOMODÓ LOS COJINES EN LA PARTE BAJA DE LA ESPALDA Y SE recostó en la silla, con las manos ahuecando su barriga de embarazada. Suspiró exasperada y miró a los tres reyes originales de Havilah: Amir, Zavian y Roshan, su esposo.

La reunión había sido larga ahora que había seis miembros en el grupo, en lugar de tres. Y eran los dos miembros más recientes los que causaban problemas.

"Cada vez es peor", dijo Shakira, viendo cómo Elaheh, reina de Tawazun, salía de la habitación con un altivo movimiento de la túnica tradicional que siempre llevaba. "Esto no puede seguir así".

La causa de la abrupta marcha de Elaheh -Xander, el recién nombrado rey de Sharq Havilah- no parecía perturbada en lo más mínimo. Estaba de pie en la terraza, fuera del alcance de los oídos, con las manos metidas en los bolsillos y su habitual ceño fruncido enmarcando su hermoso rostro.

Roshan también parecía preocupado mientras terminaba su café y apartaba la taza vacía. "Tienen que aprender a trabajar juntos".

"Estoy de acuerdo con Shakira", dijo Zavian. "No podemos permitir que esto continúe. Su enemistad podría socavar todo por lo que estamos trabajando, la paz que tanto nos ha costado crear."

"¡Parece que no soportan estar juntos en la misma habitación!", dijo Amir. "Son imposibles".

"Tienen que aprender a trabajar juntos", repitió Roshan pensativo, con los puños unidos golpeándose los labios mientras observaba a su hermano, charlando con una de las sonrojadas criadas. "Mi hermano no está acostumbrado a ser conciliador".

"Y Elaheh tampoco", murmuró Shakira.

Zavian golpeó ligeramente la mesa. "Entonces deberían trabajar juntos en el proyecto de infraestructuras Havilah-Tawazun. Sólo ellos dos. Es un tema muy querido por ambos..."

"Si tienen corazón", murmuró Amir.

"Y por eso tendrán que aprender a trabajar juntos para que el proyecto tenga éxito". Zavian se volvió hacia Roshan.

"¿Qué piensas, Roshan? ¿Será capaz tu hermano de trabajar con Elaheh?"

Roshan se mordió el labio y Shakira pudo ver que estaba en conflicto. Quería a su hermano, pero le preocupaba la naturaleza controladora de Xander y su aparente incapacidad para el compromiso. También se sentía culpable por haber abdicado para casarse con ella, dejando a Xander como rey del país que tanto amaba. "Tendrá que hacerlo. Hablaré con él".

Shakira apretó la mano de Roshan y le dedicó una cálida sonrisa de apoyo. "Yo hablaré con Elaheh", dijo. Se volvió hacia Zavian y Amir. "Déjalo en nuestras manos, les haremos ver que

tienen que trabajar juntos, por el bien de todos".

Zavian y Amir intercambiaron miradas de alivio.

"Gracias", dijo Amir. "No hay alternativa. *Deben* trabajar juntos o todo estará comprometido". Suspiró. "Ambos son buenas personas... *por separado*. Es cuando están juntos cuando hay problemas". Se encogió de hombros.

"El problema es que son opuestos", añadió Zavian.

Mientras los tres hombres iban a reunirse con Xander, Shakira permaneció sentada, con la mano en el vientre hinchado. Oyó despegar el helicóptero de la reina Elaheh. Se le encogió el corazón.

La reunión había sido casi un desastre. Cada vez que Xander hablaba, Elaheh se erizaba visiblemente y daba una respuesta cortante que Xander ignoraba. Era como ver una especie de programa de telerrealidad, con todo el peligro y la chispa y nada de humor. Aquello la heló hasta la médula. Había presenciado suficientes conflictos y disensiones en su vida como para saber el daño que podían causar. Sólo esperaba que el plan de Zavian funcionara, a pesar de que se había equivocado en el meollo del problema.

"El problema es", murmuró Shakira para sí misma, "que Xander y Elaheh no son opuestos, se parecen demasiado".

CAPÍTULO 1



Una semana después...

"¡ESA MUJER SE ESTÁ VOLVIENDO *MÁS* IMPOSIBLE, SI CABE!". XANDER MIRÓ CON EL CEÑO fruncido al grupo que él y su hermano, Roshan, habían dejado atrás en el salón del pabellón de caza del desierto en el que siempre se reunían los reyes de Havilah. "¿No podemos hacer algo con ella?".

Roshan se sentó y apoyó los pies en la mesita. Pasó los brazos por el respaldo de la silla, como si fuera el rey de un país del que ya no era rey.

"¿Qué sugieres?", preguntó en tono burlón. "¿Que la destituyan y la exilien de su propio país? Vamos, Xander. *Tenemos* que trabajar con ella. Es demasiado importante".

Xander no podía apartar los ojos de la mujer menuda que seguía dominando a Amir, Zavian y Shakira. "*Y* ella lo sabe, *y lo está aprovechando al máximo*".

Roshan siguió la mirada de Xander. "Shakira se lleva bien con ella. Dice que es muy lista". Se encogió de hombros. "No creo que esté siendo deliberadamente provocativa. Simplemente es una mujer que sabe lo que quiere".

"Y sin duda quiere un marido. Compadezco al pobre hombre con el que se case".

"Aparentemente, no muestra ninguna inclinación a casarse. Todo lo contrario, de hecho. Es una pena. Sería una gran pareja para ti".

Xander estaba tan indignado que no pudo hablar inmediatamente. Roshan lo miró de arriba abajo y luego tomó con calma otro sorbo de café.

"Perfecto", añadió Roshan con una sonrisa.

"Estás disfrutando con esto, ¿verdad?"

La sonrisa de Roshan se ensanchó. "Puede ser. Es un cambio respecto a ser objeto de chismes y conjeturas matrimoniales".

"Bueno, puedes dejar de conjeturar sobre mí y Elaheh. Ella ha dejado bastante claro que no me soporta".

Roshan ladeó la cabeza y frunció los labios. "No estoy tan seguro. A veces, creo que la forma en que te mira y te convierte en blanco de sus comentarios cortantes revela un interés poco común".

Xander soltó el teléfono, irritado, y miró a la mujer en cuestión por encima del hombro de Roshan. "Estás loca", murmuró, y sus ojos se detuvieron en la postura erguida de Elaheh, con la espalda erguida y el grueso cabello oscuro recogido en un elaborado peinado. Por un momento se preguntó cuánto mediría cuando se liberara de sus apretadas ataduras, si es que alguna vez se liberaba. No podía imaginarse a la reina Elaheh sin un peinado perfecto. Sonrió para sí;

probablemente se iba a dormir con el pelo así. Pero tenía cierto brillo y volumen, lo que sugería que era largo. Probablemente le caía hasta las nalgas. Sus ojos se detuvieron en el trasero, oculto bajo la túnica blanca. Entonces ella se volvió hacia él y le llamó la atención. Y por un momento sus miradas chocaron y se enredaron, y hubo un destello de algo que él no pudo determinar. En circunstancias normales, habría sabido cómo llamarlo: atracción. Pero estas no eran circunstancias normales, y ella no era una mujer normal. Era una mujer que le odiaba, se recordó a sí mismo. Una mujer que no podía hablarle sin insultarlo o criticarlo. Una mujer a la que él también odiaba.

Él le frunció el ceño y ella apartó la mirada. Xander se volvió hacia Roshan. “Repito, Elaheh no tiene ningún interés en mí, y yo no tengo ningún interés en ella”.

“Pero te casarás, ¿verdad?”

“Por supuesto. Conozco mi deber. Me casaré y tendré herederos como se espera”.

Roshan asintió. “Bien. Shakira me pidió que te preguntara si tenías a alguien en mente”.

Su mirada se desvió hacia Elaheh y, molesto por su debilidad, le devolvió la mirada. “Sí, resulta que no se parece en nada a Elaheh”.

Roshan levantó una ceja. “¿Ah, sí? ¿Quién?”

Xander se pasó un dedo por el cuello de la camisa, como si de repente le apretara demasiado. “Una amiga mía de la universidad. Es experta en arquitectura histórica. Sería la más adecuada”.

¿”La más adecuada”? Eso no suena como una pareja hecha en el cielo”.

Xander fulminó a su hermano con la mirada. “No todos podemos enamorarnos como tú de Shakira. Eso es algo único”.

Roshan negó con la cabeza. “No, no lo es. Mira a Amir y Ruby, mira a Zavian y Gabrielle. Otras dos parejas que están locas la una por la otra.

Fue el turno de Xander de gruñir. “No hago locuras. No *quiero locuras*”. Se aclaró la garganta. “Ashley es una académica, más interesada en su investigación feminista que en volverse loca de amor”.

“Parece un motín”, murmuró Roshan, poniendo los ojos en blanco.

“¡Ya estamos otra vez! ‘Disturbios’, ‘locos’... son cosas que me niego a tener en mi vida”.

El silencio se extendió y espesó y Xander supo lo que su hermano estaba pensando.

“Solías hacerlo, Xander, cuando eras joven. Antes...”

Xander alzo la mano, la palma plana contra las palabras de su hermano, decidido a detener su flujo. Se negaba a escuchar más. “No vayas por ahí, Roshan”.

Roshan apretó los labios y asintió lentamente. “De acuerdo, por ahora. Pero tienes que hacerlo algún tiempo, si quieres seguir adelante”.

Xander desvió la mirada de Roshan, de Elaheh, hacia la ventana que daba al desierto vacío, un recordatorio constante de todo lo que no quería recordar. ¿Avanzar? Xander se sentía como si hubiera retrocedido. De vuelta a este lugar, su país, el único lugar del mundo que parecía no poder evitar, y que estaba lleno de duros recuerdos que estaba decidido a suprimir. Dio un gruñido ambiguo, que Roshan interpretó como un asentimiento.

“Ok. Entonces esta Ashley es una posibilidad. Por qué no me describes a tu esposa ideal y a Shakira y veré si podemos ayudar con algunas presentaciones.”

“Estoy bien con Ashley.”

“¿Lo sabe ya?”

Xander sacudió la cabeza una vez. “Pero lo hará. Vendrá de visita dentro de unos meses”.

“Vale. Así que espero que te vaya bien. Pero, mientras tanto, vamos a ver si podemos conseguir algo de competencia para Ashley. Describe a tu mujer perfecta”. Roshan se sentó

expectante.

Xander parpadeó mientras seguía contemplando el lejano horizonte mientras su mente se llenaba de repente con el rostro de Elaheh. Fuera cual fuera su aspecto, se dijo con firmeza, él quería lo contrario.

Xander recordó de pronto la forma en que la boca de Elaheh estaba a la altura de su pecho mientras ella lo miraba. Su aliento contra su cuello había sido como los abrasadores vientos del desierto de Simoom, que reducen a su esencia todo lo que golpean. Se aclaró la garganta.

"Mi mujer será alta", dijo Xander, caminando enérgicamente hacia el escritorio que estaba utilizando. Cogió un informe, lo miró sin leerlo y luego lo colocó con firmeza sobre un montón de correspondencia saliente. Pero el papeleo no consiguió eliminar la visión de los ojos de Elaheh, brillantes contra su piel oscura. Miró a Roshan, que le observaba atentamente. "Y pálido. Definitivamente pálido".

"¿Pálido?" Roshan levantó una ceja. "Entonces, ¿no es una mujer de aquí?".

Xander negó con la cabeza y volvió a mirar los papeles. "No."

"¿Algo más?"

Xander tiró el periódico, se metió las manos en los bolsillos y miró a media distancia. Los hermosos labios de Elaheh rara vez se asentaban en su forma natural. Siempre estaban en movimiento, siempre comunicando sus pensamientos. "Callada. No tiene mucho que decir, pero cuando habla...". Sonrió al pensar en la voz de Elaheh. Siempre pensó que tal vez era lo único verdadero de ella que no era capaz de disimular. Hablaba con más verdad que las palabras que pronunciaba, y sus tonos dulces nunca fallaban a la hora de saltarse todas sus objeciones hacia ella y dar en el blanco que lograba ocultar a todos los demás. "Su voz será suave, musical y seductora". Entonces, tal vez su esposa ideal no sería exactamente lo opuesto. Estaba bien dejar pasar eso, tal vez, pero tenía que ser firme en todo lo demás. Su futura esposa debía ser lo opuesto a Elaheh en todo lo demás.

"Vaya lista. ¿Algo más?"

Xander se volvió hacia su hermano mayor. "Pechos grandes y curvilíneos". Se dio la vuelta. "Me gustan los pechos grandes". Se detuvo un momento al imaginar los pechos pequeños de Elaheh. "Y" -hizo un gesto descuidado con la mano- "ya sabes, compañía fácil. No quiero a nadie que trabaje duro". Cogió un libro y lo hojeó en busca de algo que hacer.

"Eres muy definido en tus puntos de vista. Supongo que estás describiendo a esta persona Ashley".

Y, para su sorpresa, Xander se dio cuenta de que lo era. Entrecerró la mirada en sus papeles, comparando a las dos mujeres en el ojo de su mente. A la primera, Elaheh, no la soportaba. Eso era evidente. Con la otra, Ashley, se llevaba bien. Era guapa y todo lo que acababa de describir. Su ceño se frunció. Entonces, ¿por qué no despertaba sus pasiones como Elaheh?

Cerró el libro de golpe. Y así era exactamente como lo quería. Si no había pasión, no había dolor. Una ecuación sencilla a la que pensaba aferrarse.

"No te molestes en buscar una esposa para mí, Roshan. Voy a resolver eso por mí mismo ".

Roshan suspiró. "Ashley."

"Sí. La Dra. Ashley Maitland y yo formaremos un equipo formidable. Somos amigos. Eso es un buen comienzo".

"Tal vez", dijo Roshan.

Xander no pudo ignorar la duda que desprendía aquella palabra.

"No *puede ser*."

Roshan hizo una mueca. "No creo que la mujer de tus sueños pueda describirse en términos

tan específicos. Pareces muy seguro de lo que quieres".

"Yo sí. Porque sé exactamente lo que *no* quiero. O, debería decir, con *quién no quiero* casarme, ni tener nada que ver".

"Ah", respondió Roshan, la luz de repente en su rostro. "Ya veo.

Xander gruñó. "Bien. Y yo también. Cuando miro a Elaheh, cuando la oigo regañarme, sé exactamente que no se parece en nada, absolutamente en nada, a la persona con la que deseo casarme". Se sentó en una silla, sintiéndose repentinamente derrotado, y miró sombríamente a Roshan. Maldijo con feroz exageración en voz baja. "¡Elaheh es una mujer para sacar a un hombre de sus casillas! Si tengo que pasar más tiempo con ella será demasiado. Si tengo que escuchar sus ideas mandonas, me volveré loco. En resumen, hermano, mantenme lo más lejos posible de ella. Porque si no lo haces, no responderé de las consecuencias".

"Oh cielos", gimió Roshan, alejándose unos pasos y sacando su teléfono. "Mira, me tengo que ir. Pero estaré en contacto".

"Esto es repentino. Pensé que te quedarías a cenar".

Roshan esbozó una rápida sonrisa. "Cambio de planes".

Xander frunció el ceño mientras una sospecha inoportuna se formaba en el fondo de su mente. Algo que había dicho había hecho que Roshan cambiara de humor y de planes. Repasó mentalmente la conversación anterior. No podía moverse de una frase en particular. Gimió. "No lo has hecho, ¿verdad?"

Roshan sonrió, demasiado brillante, su mano agarrando la puerta. "¿No qué?"

Xander ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, sin apartar la mirada de Roshan. "¿Sabes?", dijo con su mejor voz amenazadora. "No has arreglado nada entre Elaheh y yo, ¿verdad?".

No elevó su entonación al final de la frase. Era una afirmación, no una pregunta.

"Bueno, es gracioso que digas eso".

A Xander no le hizo ninguna gracia. Permaneció en silencio mientras observaba atentamente a su hermano.

"Resulta que el otro día hablé con Amir y Zavian y todos estamos de acuerdo. La mejor forma de avanzar en el proyecto de infraestructuras y comunicaciones entre Sharq Havilah y Tawazun es que los dos gobernantes lo discutan de persona a persona". Roshan hizo un gesto de impotencia. "Así habrá menos idas y venidas y podrá progresar más rápidamente". Agarró la empuñadura, la soltó y volvió a agarrarla. Parecía positivamente nervioso, lo que puso nervioso a Xander. Roshan nunca parecía nervioso. "Sólo estaréis vosotros dos. Así será más fácil".

Xander arrojó la carpeta más cercana a Roshan, pero ésta aterrizó con un ruido sordo contra una puerta cerrada. Y lo único que pudo oír fueron las risas de su hermano mientras se alejaba. "¡Definitivamente más fácil!" gritó Roshan a través de la puerta cerrada.

"Para ti tal vez", rugió Xander, tirándose en una silla y mirando los papeles que ahora yacían esparcidos por la habitación. "Para ti", añadió. "Pero no para mí".

~

Elaheh estaba de pie en la entrada del antiguo pabellón de caza del desierto -el lugar de todas las reuniones de los reyes y reinas de Havilah- y sintió un nudo en el estómago mientras doblaba la extraña nota y la metía en el bolsillo y la sacaba de su mente.

No era la primera nota de ese tipo, pero se aseguraría de que fuera la última. Pero no ahora. Esta mañana tenía preocupaciones mayores que una carta amenazando su seguridad. Miró a su fiel visir, Abzari, que estaba a un lado, su presencia silenciosa y tranquilizadora era apreciada en

este extraño mundo de política y poses en el que se había encontrado. Luego miró al frente, haciendo acopio de todas sus fuerzas para recibir a su visitante. Porque no era la reunión habitual de todos los reyes y reinas, hoy sólo se encontraría con uno. Y llegaba tarde.

Llenó sus pulmones con el aire caliente y seco del vasto desierto que los rodeaba. A los demás, habitantes de las ciudades, les debía parecer extraño, pensó. Pero para ella, nacida y criada en las tiendas nómadas de los beduinos, era su hogar. Era su mundo y lo comprendía. Por eso quería reunirse aquí, en lugar de en la ciudad estado de Sharq Havilah -con sus modernas torres y sus concurridas calles- o en su propio palacio de Tawazun. Aquí sólo tenía una cosa a la que enfrentarse, una persona a la que controlar: El rey Xander de Sharq Havilah. Estaba demostrando que no se resistía a sus exigencias. Pero ella se aseguraría de que hiciera lo que ella quería. Al final.

Al principio, el zumbido del helicóptero que se acercaba era como el de un insecto molesto, pero fue creciendo gradualmente hasta que el palpitar de sus aspas llenó el aire y se apoderó del silencio con su ruido inoportuno. Por dentro, Elaheh se estremeció; por fuera, sus ojos se entrecerraron un poco. ¿Cómo era posible que la sola aproximación de aquel hombre bastara para perturbar su equilibrio?

Se ajustó el pañuelo a la cabeza mientras el helicóptero planeaba sobre ellos y descendía al vasto patio, con la arena y el polvo ondeando a su alrededor. No retrocedió. No estaba en su naturaleza.

Xander bajó del helicóptero con la cabeza gacha y se dirigió a la entrada del palacio del desierto, seguido de sus consejeros. Tras lanzarle una mirada entrecerrada, levantó la vista y contempló el pabellón de caza -otrora fortaleza del palacio-, con sus antiguos y misteriosos grabados alrededor de la entrada y su inflexible fachada de piedra roja, diseñada para repeler a los invasores. Elaheh sólo deseaba que fuera lo bastante fuerte como para repeler a Xander.

No fue hasta que se acercó a ella que se encontró con su mirada, que no se había apartado de él. La mayor parte del tiempo, lo único que tenía que hacer para dominar a la gente era mirarla. Su padre había observado que, incluso de pequeña, tenía una mirada feroz ante la que la gente se encogía. Había sido su maldición, ya que había repelido a gente que no deseaba repeler, pero también había resultado ser, a la larga, su salvadora y protectora.

“Xander”, dijo ella brevemente cuando él se paró frente a ella. Le molestó tener que levantar tanto la vista. Era más alto que los otros reyes. Y tuvo que armarse de valor, apretar los dientes para enfrentarse a aquellos ojos. Odiaba el estremecimiento que sentía cuando miraba aquellos ojos negros, entrecerrados, severos y controladores.

“Elaheh”, respondió con la misma brevedad.

Esperó las tradicionales palabras de saludo. Pero como no las hubo, se dio la vuelta y entró en la sala.

Aunque no podía verle, sintió sus ojos clavados en ella. Era como una sensación de cosquilleo que recorría su columna vertebral. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca y se estremeció ligeramente.

Se detuvo en el pasillo y se volvió hacia él.

“¿Frío?”, preguntó mirando a su alrededor. “Supongo que aquí hace fresco si no se está acostumbrado al aire acondicionado. Y no creo que lo uses en tu palacio, ¿verdad?”.

La ira se encendió en su interior. Uno, él había notado su escalofrío. Ella no quería que la mirara con tanta atención como para notar su escalofrío. Y dos, no podía evitar ser negativo sobre su antiguo palacio y su modo de vida tradicional.

“No es necesario. *Supongo*”, dijo ella, haciendo hincapié en la palabra del argot que *ella*

nunca utilizaba, pero que Xander sí hacía a menudo. “Si pasas la mayor parte de tu vida lejos de tu hogar, no sientes que pertenezcas aquí. Y, si es así como te sientes, quizá deberías marcharte”. Hizo un gesto despectivo con la mano. “Quizá deberías volver al Reino Unido o a Estados Unidos, o de donde seas, y a tus oficinas con aire acondicionado y tu estilo de vida superficial”.

Él inclinó la cabeza hacia la de ella, con ojos fieros, pero ella se negó a inmutarse. “Oh, Elaheh”, dijo, y su cálido aliento recorrió sus mejillas y su cuello, provocándole otra ronda de punzadas. “Yo pertenezco. Igual que tú. Y me temo que no iré a ninguna parte. Soy el rey de Sharq Havilah y no hay nada que puedas hacer al respecto”.

“Es una pena”, dijo entre dientes.

Se retiró y aquellos ojos oscuros contuvieron una chispa de humor. Ella lo odiaba aún más. “No lo dices en serio. Después de todo, ¿con quién pelearías entonces?”

El enfado se convirtió en algo parecido a la furia. Ella sintió cómo brotaba pero, antes de que pudiera expresarse, él giró sobre sus talones, con las manos en los bolsillos en su habitual actitud despreocupada y relajada, y se dirigió hacia la sala de reuniones.

No podía hacer otra cosa que seguirle. Odiaba seguir a cualquiera, y menos a un hombre que podía enfadarla tanto que las vibraciones de sus encuentros con él seguían resonando mucho después de que cada uno hubiera tomado su camino.

Tomaron asiento alrededor de la mesa medieval, cuya pátina pulida, junto con la enorme alfombra de ricos colores que cubría el suelo de piedra, daba calidez a la cavernosa sala. En los últimos tiempos, la mesa había tenido que acoger a seis reyes y reinas, en lugar de los tres reyes Havilahi originales. Pero hoy sólo estaban ellos dos.

Elaheh despidió a su criada. Quería ponerse a trabajar. No quería que la reunión durara más de lo necesario.

Xander enarcó una ceja mientras aceptaba una taza de café, un expreso italiano, observó Elaheh con desaprobación. “¿No vas a tomar un café?”, preguntó.

Sacudió la cabeza. “Prefiero que vayamos al grano. Cuanto antes empecemos, antes podremos seguir nuestros caminos”.

Se sentó en su silla y bebió un sorbo de café, sin dejar de mirarla. A pesar de sí misma, sintió que le subía la temperatura. Nunca se sonrojó. De algún modo lo evitó.

“No estás agradecido de pasar tiempo *a solas* conmigo, ¿verdad?”

Cómo se las arreglaba para dar un significado tan cargado a la palabra “solo” la derrotaba. Juntó las manos con calma y lo miró en silencio durante unos instantes. Eso solía bastar. Pero no parecía ser el caso de Xander. Parecía tan tranquilo e imperturbable como si estuviera compartiendo un café matutino con sus amigos en la playa. No es que ella nunca hubiera podido -o querido, se recordó a sí misma- hacer esas cosas.

“No”, dijo ella. “Entonces sugiero que empecemos”.

Se encogió de hombros como si no le importara.

Su falta de seriedad aumentó aún más su irritación. Hizo desaparecer cualquier atisbo de rubor y el hielo que normalmente corría por sus venas regresó. “No parece importarte si nuestras discusiones tienen éxito o no”.

“Por supuesto que tendrán éxito. ¿Por qué no iban a tenerlo? Ambos queremos lo mismo”.

“¿Cuáles son?” Le tocó a ella enarcar una ceja desdeñosa. “Quizá quieras recordármelo”.

“Ambos queremos lo que el otro tiene”.

¿Por qué sintió que hablaba de algo mucho más personal que los proyectos de infraestructuras? Impidió que su mente diera un giro inoportuno.

“Comprendo que necesiten la estabilidad, el poder y el tamaño de mi país para reforzar el

suyo", respondió. "Y he accedido a ayudar en eso. Pero necesitamos poco de ti".

"Estás siendo deliberadamente provocativa". Le había puesto nervioso. Ella sabía que lo había hecho, mientras él volvía a colocar cuidadosamente la taza en su plato. Su postura no había cambiado, pero había tensado la mandíbula. "Puede que ustedes sean un país grande y poderoso, pero Sharq Havilah tiene una infraestructura con la que ustedes sólo pueden soñar".

"¡Phh! Rascacielos, torres de telefonía móvil y boutiques occidentales". Hizo otro sonido despectivo. "No son cosas que mi país necesite".

"Entonces..." Se inclinó hacia ella. "¿Por qué estás aquí?"

Podría haberse pateado a sí misma. Su enemistad con ese hombre exasperante la había arrinconado. Él tenía razón. Ella y su país necesitaban la experiencia de él para llevar a Tawazun a la modernidad. Pero no quería admitirlo.

Decidió tomar el camino más fácil y aceptar sus palabras al pie de la letra. "Estoy aquí por el tratado que firmé con los tres países de Havilah y con Jazira. Estoy aquí porque dije que estaría".

"Estás aquí, Elaheh, porque necesitas mi ayuda. Así que te sugiero que dejes de intentar enemistarte conmigo, cosa que no conseguirás, por cierto".

Se miraron fijamente durante unos instantes. El aire crepitaba entre ellos, pero Elaheh no podía describirlo. Había animosidad, pero mezclada con una serie de sentimientos y emociones que la dejaban confusa y desconcertada. Y ahora no podía permitirse ninguna de esas cosas. Quería apartarle, abofetearle, tirarle al suelo como solía hacer con sus primos. Ese pensamiento perduró y se transformó en una imagen muy poco prima. Elaheh se dio la vuelta primero y abrió el portátil.

Se aclaró la garganta. "El primer punto del orden del día son las telecomunicaciones". Le miró por encima del portátil. "Tengo entendido que usted tiene cierta experiencia aquí".

"En efecto. Y lo necesitas, ¿verdad?". Una sonrisa se dibujó en sus labios, como si hubiera ganado la primera batalla. Puede que sí, pero no iba a ganarlas todas, ella se aseguraría de ello.

Se lamió los labios mientras trataba de pronunciar las palabras de capitulación, de admitir que lo necesitaba. Se negaron a salir.

"Y luego pasaremos al punto dos", dijo. "El acceso de tu país al mío, a través de las montañas".

Se le cayó la sonrisa. Ella lo tenía allí.

"Supongo que la necesidad de su país de acceder al mío y a todo su patrimonio virgen y su riqueza cultural le sigue interesando". insistió.

Asintió con la cabeza. Bien. Volvían a estar en paz.

"Entonces empecemos".

Era imposible. De todas las mujeres que había conocido -y había conocido a muchas-, la reina Elaheh de Tawazun tenía que ser la más obstinada, la más fría, la más furiosa y la más intratable que había tenido la desgracia de conocer. Claro que era inteligente y hermosa. Pero usaba esos dones divinos como armas, y con una puntería dolorosamente precisa.

Estaba cansado de batallar con ella. Al final de otra dura negociación, se levantó.

"¿Adónde vais?", preguntó bruscamente. "Aún no hemos terminado aquí".

"Puede que tú no, pero yo sí. Necesito un descanso".

"Puedes tener uno aquí."

"No, no puedo."

"¿Por qué no?", insistió. Era implacable. ¿Nunca renunció?

Se dio la vuelta, completamente exasperado. “¡Porque, Elaheh, necesito un descanso de ti!”

No había querido decirlo. La grosería no era algo que apreciara en los demás ni en sí mismo.

Cerró el portátil y lo fulminó con la mirada. “¡Tú, Xander, eres grosero y maleducado!”

“¡Y tú, Elaheh, eres una prueba para hacer negocios!”

El silencio estaba cargado de ira. “¿Un juicio?”, dijo entre labios apretados. Se levantó. “¿Un juicio?”, repitió, mientras caminaba alrededor de la mesa hacia él. “¿Quieres saber lo que es realmente un juicio? Es que te obliguen a trabajar con alguien como tú. No tienes ni idea de lo que es ser beduino, ni de nuestra cultura, ni de nuestra vida, y sin embargo vuelves a tu lugar de nacimiento, tomas la corona y finges ser uno de los nuestros. *No* eres uno de nosotros y nada te convertirá en uno”.

Acaba de dar en el blanco con la punta de su estoque. Sintió a distancia la afilada punzada en su dolor más íntimo. Se había pasado toda la vida cubriéndolo con capas y capas de insensibilidad e indiferencia, rematadas con capas visibles de arrogancia y encanto perezoso. Engañaba a todos menos a su hermano. Y no podía creer que no hubiera engañado a Elaheh. Lo que había hecho, lo había hecho sólo por instinto. Instinto asesino.

Entrecerró la mirada, tratando de reducir lo que ella podía ver. Ella avanzó hacia él como si olfateara su debilidad. Ahora estaba cerca, tan cerca que podía ver las motas doradas de sus ojos oscuros, unos ojos que al principio pensó que eran como los de un tigre. Eso fue antes de saber que ella se parecía a un tigre en más de un sentido, y que ninguno de ellos era atractivo. Apretó los dientes, intentando controlar su temperamento.

“Basta, Elaheh, antes de que uno de nosotros diga algo de lo que nos arrepintamos”.

“¡No voy a parar nada!” Sus ojos estaban encendidos y, de hecho, parecía imparable. “¡Me obligan a tratar con alguien como tú, un rey sólo por defecto, un extranjero!”.

“Créeme, Elaheh, tengo un millón de cosas que preferiría estar haciendo ahora mismo, y ninguna de ellas sería contigo. ¡Eres la peor mujer, la más fría y sin encanto que he tenido la desgracia de conocer! No me extraña que ninguno de los otros reyes quisiera casarse contigo”.

La mirada formidable se desvaneció y durante unos largos e interminables segundos vio una mirada de vulnerabilidad y dolor que se mezcló con la suya y lo empeoró todo.

Extendió la mano y le tocó el brazo, instintivamente necesitaba hacer contacto, reparar el daño que le había infligido. “Lo siento, no quise decir eso.”

Sus hermosos ojos brillaban ahora como el oro por las lágrimas que no caían. Sacudió la cabeza. “Lo decías en serio. Eres demasiado honesto para *no* decir la verdad. Al menos eso sé de ti”. Ella apartó el brazo de él, mirándolo como si su contacto la hubiera quemado.

Volvió a tenderle la mano. Necesitaba quitarle el dolor, necesitaba salvar la distancia que se había ensanchado entre ellos como un barranco traicionero. Pero ella apartó el brazo y se lo frotó. “No me toques. Odio que me toquen”. Esto estaba empeorando.

Ella se apartó de él como si tuviera miedo de lo que pudiera hacer. Él levantó las manos. “Elaheh, mira, lo siento mucho. No quería hacerte daño ni asustarte. Debes saber que no soy de los que hacen daño”.

Caminó rápidamente hacia la puerta.

“Por favor, Elaheh, no lo dejemos así. Te pido disculpas por mis estúpidos comentarios. No era mi intención. Es que me vuelves loco”.

Se dio la vuelta lentamente. “Ese no es mi problema”.

Le entró pánico al pensar que ella se marcharía y sus conversaciones se estancarían. “No, tienes razón. Pero podemos superar esto”.

“Por supuesto. ¿Creías que me iba? No antes de que el negocio se haya completado. Yo,

Xander, soy un profesional. No antepongo lo personal a los negocios. Y tú tampoco deberías".

La vio salir de la habitación con un susurro de sus ropas, su aroma persistía en el aire. Inspiró profundamente. Al principio le había parecido demasiado fuerte, no tan sutil como un perfume francés, pero la rica fragancia se había filtrado de algún modo en su organismo y le había provocado una emoción no deseada. No sabría decir de qué tipo, ya que se apresuró a reprimirla.

Tenía que seguir su ejemplo y devolver lo personal al lugar que le correspondía. A ninguna parte.

Elaheh sonrió a su doncella con pesar al entrar en su habitación, dejando que la frágil fachada con la que se protegía desapareciera al instante, mientras aceptaba una bebida fría. Se quitó la túnica, mostrando el holgado vestido que llevaba debajo. Algunas personas llevaban vaqueros y pantalones cortos bajo la túnica, pero ella prefería un vestido elegante basado en lo tradicional. Era blanco, como toda su ropa. Le gustaba.

Pero no bebió ni un sorbo de su vaso. Estaba demasiado nerviosa. Lo que había dicho Xander le había dolido. Sintió un crujido en el bolsillo y sacó la carta doblada. Esta vez la leyó bien y se fijó en la amenaza del final. Pero más que eso, le preocupaba cómo había llegado hasta ella. Nadie, aparte de su círculo íntimo de consejeros, sabía dónde estaba. Miró a su alrededor, a la criada y a los demás que trabajaban cerca de ella, y de repente sintió desconfianza hacia todos. Y, por primera vez en su vida adulta, sintió miedo.

CAPÍTULO 2



"ENTONCES", DIJO XANDER, ALISANDO EL MAPA DE SUS DOS PAÍSES SOBRE LA MESA QUE SE interponía entre ellos.

"Entonces", repitió Elaheh con recelo, mientras miraba a Xander, no al mapa. El mapa lo conocía al dedillo, a Xander no. Necesitaba entenderlo si quería trabajar con él.

Levantó la mirada, sus ojos oscuros impenetrables y fríos. Ella casi se estremeció bajo su mirada, pero sabía que no sería visible para él. Había pasado largos años asegurándose de que nadie supiera lo que ocurría en su cerebro, o en su corazón. Era su única defensa contra el mundo de hombres en el que vivía.

Desvió de nuevo la mirada hacia el mapa y dio unos golpecitos con el dedo índice en un lugar concreto. No pudo evitar fijarse en que tenía las uñas limpias y pulidas. El hombre estaba inmaculado. Apretó los dientes. Le gustaba lo inmaculado. Estaba libre de complicaciones y caos. Normalmente.

"La nueva ruta entre nuestros países seguirá, por supuesto, el antiguo sendero beduino a través de las montañas".

No desvió la mirada. "Será caro y tardará años en completarse".

"Quizá, pero nuestros países pueden permitírselo y serán más ricos por la conexión".

Levantó la vista y le sostuvo la mirada. "Su turismo se beneficiará de nuestra cultura tradicional y nuestros edificios antiguos. Cosas que su país moderno, con sus torres de cristal y su tecnología, no puede ofrecer". Se echó hacia atrás y se cruzó de brazos, convencida de que su mordaz comentario daría en el blanco, que se sentiría en algún lugar detrás de la fría y pulida apariencia de Xander.

"Y el tuyo", dijo con firmeza, inclinándose hacia delante y apoyando los antebrazos en los muslos mientras acercaba su rostro ceñudo al de ella, "tendrás acceso al mar y a nuestro puerto, cosas que nunca has tenido antes".

"Su ausencia nos ha mantenido a salvo durante siglos", espetó, negándose a ser vencida.

"Seguro, porque a nadie le interesaba un país sin acceso al mar". Volvió a sentarse, mirándola fijamente. "Mira, si desprecias la modernidad de mi país, tienes la opción de quedarte en la edad oscura". Se encogió de hombros. "La verdad es que me da igual. Tu país se beneficiará mucho más que el mío".

Una llamarada de ira la recorrió ante la injusticia de esta afirmación. "Mientes, Xander, y no tiene sentido que trabajemos juntos si sigues haciéndolo". Le hizo un gesto con el dedo. "Sabes exactamente lo que obtendrás: un porcentaje de todas nuestras mercancías y del petróleo que circulará por tu puerto, así como del turismo que atraerá mi país".

De repente, alargó la mano, agarró el dedo que ella movía y lo apretó con fuerza. "No lo

hagas. Nunca. Hagas. Eso. Nunca.

Ella se apartó sorprendida. “Haré exactamente lo que quiera”.

“Si me tratas como a un niño, me iré”.

“¡Exactamente como lo haría un niño!”

Se miraron el uno al otro en un impasse ardiente, sólo roto por el insistente timbre del teléfono de Xander. Con un gruñido irritado, Xander deslizó el teléfono de la mesa a su mano, se levantó y se alejó. “¡Sí!”

Elaheh inhaló un tembloroso suspiro de alivio cuando Xander se alejó. Podía soportar la presión de fuerzas contrarias, ya fueran sus ministros, diplomáticos visitantes o familiares, todos ellos empeñados en imponer su voluntad sobre alguien a quien creían una mujer débil. Pero lo que no soportaba era que Xander estuviera cerca de ella. Era personal, intenso y la afectaba como ninguna otra cosa podía hacerlo.

Necesitaba aire. Se acercó a la ventana y la abrió de un empujón, aliviada cuando el calor seco inundó la fría habitación climatizada y le llenó los pulmones. No sabía cómo Xander y los demás reyes podían soportar unas condiciones tan artificiales. Necesitaba sentir el aire del desierto en la cara y en el cuerpo para sobrevivir; necesitaba sentir la esencia del país en las venas para vivir.

Escuchó a medias la conversación de Xander, que consistía principalmente en gruñidos por su parte. Tardó un poco en darse cuenta de que era su hermano, Roshan, el que estaba al otro lado de la línea. Sólo después de que los gruñidos de Xander parecieran ser afirmativos -había accedido a algo, pero ella no sabía a qué-, terminó la llamada, dejó el teléfono sobre la mesa y volvió a sentarse.

Parecía en conflicto mientras se pasaba los dedos por el pelo. Sus labios formaban una línea recta, al igual que su mirada, que se dirigía directamente a ella. Diana. “Siéntate, Elaheh. Tenemos que dejarnos de francotiradores y ponernos a trabajar”.

“¿Es eso lo que te dijo tu hermano?” No esperó respuesta porque sabía que tanto Xander como Roshan tenían razón. Lo que ella hubiera dicho, lo que Xander hubiera dicho, ambos necesitaban que este proyecto fuera un éxito, ya que en última instancia beneficiaría a sus dos países.

Xander no se molestó en responder, sino que abrió el portátil, abrió un documento y se lo giró.

“¿Qué es esto?”, preguntó desconfiada.

“Un informe inicial. Sugiero que aceptemos sus recomendaciones y solicitemos inmediatamente un informe completo que incluya recursos y plazos para que sepamos lo que nos espera y podamos ponernos en marcha. ¿De acuerdo?”

Se limitó a una simple mirada negra. “Todavía no. No lo he leído”.

Cogió el portátil y empezó a leer, consciente de su impaciencia. A pesar de ello, se tomó su tiempo y leyó cada palabra. Asintió con la cabeza mientras cerraba el portátil y lo empujaba sobre la mesa, de espaldas a él. “De acuerdo”, dijo simplemente. Le sorprendió ver un cambio en su actitud. La frialdad había desaparecido, incluso parecía divertido. A ella le hizo menos gracia.

“¿Qué te hace tanta gracia?”, dijo con su voz más altanera.

Se encogió ligeramente de hombros y sus labios se torcieron brevemente. “Tú”.

“*No* me divierte”.

“Cierto. Estás lejos de ser divertido, demasiado severo para eso. Pero *eres* divertido. Sin querer. Y eso es lo que lo hace aún más divertido”.

“Dices tonterías, Xander. ¿Eso es lo que te ha dado tu educación en la Ivy League? ¿Eso es lo

que te hace estar en contacto con todos tus amigos?" Se levantó. "A falta de algo sólido que decir, ¿le das la vuelta a la tortilla e intentas burlarte de mí? ¿Eso es todo lo que sabes hacer? Debería darte vergüenza".

Una vez en la habitación, despidió a sus criadas, abrió de par en par todas las ventanas que daban al patio central y se paseó por la habitación, tratando de calmarse y, al mismo tiempo, excitándose cada vez más al pensar en el rostro de él, en su rostro, en su rostro y en su rostro. Una vez en la habitación, despidió a sus sirvientas, abrió de par en par las ventanas que daban al patio central y se paseó por la habitación, tratando de calmarse y, al mismo tiempo, excitándose cada vez más al pensar en su cara, en sus ojos, riéndose de ella.

Si había algo que odiaba, era que se rieran de ella.

Xander se arrepintió de haber cedido a su impulso de reírse de ella. Había parecido una jovencita absorta en los tecnicismos del informe y había sido eso lo que le había conmovido. Pero cuando ella lo miró y su expresión volvió a ser la máscara feroz de antes, tenía razón: había mentido para defenderse.

Era ridículo, parar y empujar todo el tiempo, como una especie de justa. Además de ser agotador era infructuoso e inútil, exactamente como Roshan había dicho. Tenían que dejarlo atrás y seguir adelante. A pesar de ello, Xander sospechaba que los reyes y Shakira los habían reunido para resolver sus diferencias personales, además de políticas.

Y Xander sabía en el fondo que Elaheh tenía razón. Había recibido un tipo de educación que se basaba más en el juego verbal que en la integridad y la honestidad. Las palabras de Roshan le rondaban la cabeza. A pesar de que su hermano mayor estaba casado y vivía en la isla nación de Jazira, y muy felizmente, no perdía de vista a Xander. Y, a pesar de la irritación inicial de Xander, estaba agradecido por el apoyo constante, constante y vigilante de Roshan. Xander no se había dado cuenta de lo mucho que no sabía sobre ser rey. Pero había sido el último consejo de Roshan lo que más le había costado considerar. Roshan le había sugerido a Xander que imaginara, durante dos días, que Elaheh era la mujer más deseada del mundo y que la sedujera en consecuencia.

Miró el portátil. Había estado revisando la documentación intentando encontrar una forma de no necesitarla tanto como ella a él. Pero no había manera. Lo cerró de golpe y se levantó de un salto. Todos necesitaban que este proyecto se pusiera en marcha y Roshan tenía razón, Xander estaba siendo demasiado obstinado. Pero era ella, Elaheh. Le molestaba. Iría a verla y la seduciría. Podía hacerlo.

Elaheh miró bruscamente a su alrededor cuando llamaron a la puerta. No se movió inmediatamente. Su personal sabía que siempre pasaba esta hora en contemplación. Así había pasado la mayor parte de su juventud. Lo que había empezado como una vía de escape, ahora lo apreciaba como un momento para ordenar sus pensamientos y recargar las pilas. Quienquiera que llamara a la puerta se marcharía, pensó, y volvió a cerrar los ojos.

Pero se repitió. Rechinó los dientes. Debía de ser alguien nuevo. Ya se las arreglaría. Abrió la puerta, dispuesta a darle un rapapolvo, pero se quedó de piedra al ver a Xander con una botella de champán y dos copas y, lo que era aún más sorprendente, una sonrisa en aquellos labios habitualmente severos.

"¿Qué haces aquí?", preguntó, dejando que la puerta se abriera ante su sorpresa.

Agitó la botella y los vasos. “Si me dejas entrar, te lo diré”. Una ráfaga de viento golpeó la puerta y pareció que la había abierto más. “¿Me permites?”

Estaba tan aturdida que cuando él dio un paso adelante, ella retrocedió y le permitió entrar. Se le pasaron por la cabeza varias hipótesis. Quizá había ocurrido algo. No podía haber otra razón para que hubiera aparecido.

Miró en el pasillo a su guardia de seguridad, que estaba sentado no muy lejos. Abrió las manos en señal de pregunta, pero el hombre se encogió de hombros. Era evidente que él tampoco tenía ni idea. Cerró la puerta. Fuera lo que fuese lo que Xander tenía que decir, era importante y era mejor escucharlo sin público.

Miró a su alrededor y se dirigió al aparador, donde dejó las copas. “Es un bonito conjunto de habitaciones. Nunca había estado aquí”. Se volvió hacia ella con una sonrisa que le aceleró el pulso.

“¿Qué queréis? ¿Qué ha pasado?”

Ladeó la cabeza y su sonrisa se transformó en una mueca aún más sexy. “¿Por qué tiene que haber pasado algo para que compartamos una botella de champán?”.

Se cruzó de brazos y frunció los labios. “¿Tal vez el mundo tiene que terminar primero?”

Su sonrisa sexy se desvaneció un poco y pareció momentáneamente inseguro. Ella sintió un arrebato de confianza y se acercó a él. Alargó la mano para coger la botella, pero él fue demasiado rápido para ella y su mano salió disparada y agarró la suya. Se sobresaltó como si una descarga eléctrica la hubiera atravesado. Y, como si la descarga hubiera fundido sus puños, el de él se apretó alrededor del de ella mientras la inseguridad desaparecía, sustituida por una sonrisa de satisfacción muy masculina.

“No puedes esperar, ¿eh?”

Con más insolencia aún, le pasó el pulgar por el dorso de la mano. Pero, por alguna razón, su cuerpo no respondió a sus pensamientos, sino a un instinto que no sabía que poseía. Y ese instinto se concentró en una sensación que viajó como una hilera de fichas de dominó derribándose unas a otras, mientras erizaban los vellos de su brazo y se disparaban a otras partes de su cuerpo. Se sintió desgarrada, rota, incapaz de recordar la última vez que una persona la había tocado de forma tan inocente y a la vez tan íntima. Un grito ahogado se le atascó en la garganta cuando sintió que las lágrimas brotaban de una fuente que creía seca.

Frunció el ceño, pero se mantuvo firme. “¿Qué pasa, Ela?”

Su confusión de sentimientos se vio agravada por el hecho de que él le pusiera un apodo, un nombre que sólo le había puesto su madre. El recuerdo de su madre irrumpió en su cabeza, despejándola, y ella arrancó la mano de su agarre.

Levantó la mano como si le quemara. Intentó hablar, pero no salió nada. Se lamió los labios. “No me llames así”. Su voz sonó ronca a sus oídos. Se alejó de Xander dando medio paso, medio tambaleándose. Sacudió la cabeza, intentando deshacerse de los recuerdos que habían surgido, intentando volver a encontrar a la mujer en la que se había convertido. “No me llames así”, repitió, ahora con más fuerza. Dio un paso adelante una vez más, cogió la botella y cruzó la habitación. Abrió la puerta del cuarto de baño y vertió el champán en el lavabo.

Cuando volvió, vio que Xander no se había movido. Pero cuando ella le llamó la atención, él lo hizo. “¿Y tirar una botella decente de Moet es tu forma de decirme que no bebes champán?”.

Ella asintió. “Parecía lo más fácil”.

Enarcó una ceja incrédulo. “Hubiera sido mucho más fácil, por no decir menos despilfarrador, decir: ‘Yo no bebo champán, Xander’”.

Se encogió de hombros. “Es el mismo mensaje. Nunca he bebido alcohol y nunca pienso

hacerlo".

"Me parece justo. Dime, ¿qué haces para celebrarlo?"

"¿Celebrar?" Sacudió la cabeza, consciente de repente de que no recordaba la última vez que había celebrado algo, no para ella personalmente, al menos. No había habido fiestas de cumpleaños ni para ella ni para su hermana pequeña después de que su madre se viera obligada a marcharse. "¿Y qué celebramos exactamente?"

"El hecho de que, a pesar de un comienzo accidentado de nuestra amistad..."

"*¿Amistad*?", interrumpió.

"Amistad", repitió con firmeza. "A pesar de eso, hemos conseguido pasar un día entero sin matarnos el uno al otro. Seguro que eso es algo que celebrar".

"Estamos celebrando que no nos hemos matado". Sus labios se curvaron de nuevo y fue como si una cuerda se tensara dentro de ella. La sensación no era desagradable. Y entonces ocurrió algo extraño, una burbuja de risa surgió de algún lugar profundo dentro de ella. No sabía quién estaba más sorprendido. Se sonrojó. Otra experiencia nueva.

"Vamos", dijo Xander con una sonrisa. "Empujemos el bote y busquemos agua con gas para celebrar otra cosa".

"¿Qué?"

Xander agachó la cabeza cerca de la de ella y, por una vez, aquellos ojos contenían algo más que fría separación. "Tu sonrisa", dijo. "Es algo digno de contemplar". Se separó. "Y de alguna manera dudo que mucha gente la haya contemplado. Es algo que merece la pena celebrar".

Parecía más fácil seguirle fuera. Además, allí hacía más fresco, se convenció a sí misma. Y necesitaba desesperadamente algo que le quitara el rubor.

Respiró hondo y le siguió hasta el bar nocturno, donde los reyes iban a relajarse al final del día. Era un castillo antiguo, acondicionado para cumplir los requisitos exactos de la realeza visitante, pero nadie vivía allí. Era demasiado importante. Estaba situado en el centro de Havilah y era el único lugar donde se encontraban los tres países de Havilahi. También era un punto intermedio entre Sharq Havilah y su propio país, Tawazun.

El bar no estaba atendido y Xander rebuscó en sus armarios y sacó triunfante una botella de agua con gas y dos vasos.

"Ahora el bar *es* un lugar que conozco", dijo, sirviéndoles a ambos un vaso.

"Estoy segura", dijo ella, aceptando el vaso. Y lo estaba; no cabía duda de que él se sentía totalmente a gusto en aquel espacio social, como ella nunca lo había estado.

Él le indicó un taburete y, a pesar de las protestas que se agolpaban en su mente, ella se sentó. Cuando él se sentó a su lado, su pierna rozó la de ella. Ella se quedó mirando las burbujas que estallaban en su vaso.

"Entonces, Ela, ¿qué haces normalmente un viernes por la noche?"

Frunció el ceño, con la atención aún puesta en el líquido efervescente. Era lo más fácil. Se sentía fuera de sí. "Lo mismo que hago todas las noches. Trabajo, leo, rezo y me acuesto".

Dejó escapar un silbido bajo. "Realmente sabes cómo divertirte".

Ella se erizó y se volvió hacia él. "Soy la reina. No hay tiempo para frivolidades".

"Había supuesto que habría más". Dio un sorbo a su agua mineral e hizo una mueca. "Desde luego, no habría aceptado este trabajo si pensara que ya no podría disfrutar".

"Eso es porque eres un diletante. No naciste para ser rey y, a menos que te tomes en serio tu nuevo papel, no *seguirás siéndolo*."

Para su disgusto, él esbozó una lenta sonrisa ladeada y bebió otro sorbo de agua tranquilamente. "Realmente sabes cómo halagar a un hombre".

“De *verdad que* no”, dijo ella en un tono que se hacía eco del suyo. “Y no *tengo* intención de hacerlo”. Se subió al taburete, en la posición más majestuosa que pudo, y le miró fijamente. “La adulación es para los débiles. Y yo no soy débil”.

Seguía sin parecer perturbado por su respuesta. Se limitó a sacudir la cabeza y a pasarse los dedos por el pelo corto. Soltó una carcajada. “Veo que voy a tener mucho trabajo contigo”.

“¿Trabajo?” Frunció el ceño mientras un aluvión de sospechas se disputaba el espacio en su mente. Se decidió por la más obvia. “¿Roshan sugirió todo esto?” Estudió atentamente su reacción y se dio cuenta de que tenía razón. “Te dijo que flirtearas conmigo, ¿verdad?”. Cuanto más culpable se volvía la expresión de Xander, más firme se volvía su determinación. “Bueno, puedes decirle de mi parte que no soy una mujer con la que se pueda flirtear”.

“No me digas”, dijo Xander con cansancio.

“Yo digo. Así que por qué no hablamos de negocios en su lugar “.

Xander suspiró y se giró para mirarla.

“De lo que creo que no te das cuenta, Ela...”

“No me llames Ela”.

“Es que no soy un lacayo al que puedes dar órdenes. Por si no te has dado cuenta, yo también soy un rey, al que necesitas, te guste o no. Ahora bien, entiendo que no tengas ni la menor idea de cómo hablarme, pero te sugiero que aprendas, rápido, porque tenemos que trabajar juntos. Y yo, por mi parte, preferiría hacer de esto una experiencia placentera”.

Nunca le había oído hablar tanto de una sola vez de cosas que no tuvieran que ver con los negocios. Le vinieron a la mente argumentos para contradecir sus palabras, pero ninguno le sirvió porque se dio cuenta de que él tenía razón.

Una sonrisa brilló en sus labios. “Sabes, a pesar de toda tu severidad, cuando estás confuso puedo ver tus pensamientos tan claramente como las estrellas por la noche. Es realmente muy dulce”.

“Ahora has ido demasiado lejos. No soy, ni seré nunca, dulce. Pero acepto el hecho de que tenemos que trabajar juntos. Y...” Dudó mientras buscaba a tientas la palabra correcta. “Supongo que, a pesar de las apariencias, yo también preferiría una reunión ordenada”.

Su sonrisa se convirtió en una amplia mueca. Levantó su vaso hacia el de ella. “Si no puedo divertirme, me bastará con ser ordenado. Es un comienzo. Brindo por el orden”.

Cuando ella acercó su copa a la de él, él las chocó.

Se inclinó hacia ella. “Y, nunca se sabe, puede que te convenza para que disfrutes”.

Se encontró sonriendo, a pesar de sus mejores intenciones. “No estoy segura de si lo sabría aunque lo fuera”. Las palabras salieron antes de que su cerebro pudiera filtrarlas. Y, al ver su ceño fruncido, se arrepintió al instante de haber hablado sin pensar. Había revelado algo de sí misma.

Con cuidadosa deliberación, Xander empujó su vaso vacío sobre la barra y se sentó erguido, con los brazos ligeramente cruzados mientras la miraba. “Dime, Ela, ¿qué te ha pasado para que no entiendas el disfrute, para que tengas tanto miedo de dejarte llevar?”.

Se mordió el labio y volvió a dejar el vaso sobre la encimera. Le dedicó una breve sonrisa tensa. “Creo que será mejor que me vaya a dormir”.

“¿Y confirmar mis pensamientos? ¿Que estás retrocediendo porque tienes miedo?”

Con su mejor voz imperiosa dijo: “Estoy cansada, Xander, eso es todo”. Habría podido irse si él no hubiera alargado la mano y se la hubiera tocado. Igual que antes, detuvo todos sus pensamientos y estimuló todos sus sentimientos, y ella no pudo hacer nada.

“Ela, no sé qué te pasó, pero ahora eres reina, tienes poder total, y nadie te lo puede quitar.

No soy una amenaza para ti, sólo puedo ayudarte, así que ¿por qué no te quedas y hablamos? Puede que te sientas un poco mejor".

Lo único que pudo hacer fue bajar la mirada hacia la mano de él y el pulgar que acariciaba el dorso de la suya. ¿Cómo podía una simple caricia causar tantos estragos en cada parte de su cuerpo? No se atrevía a mirarle a los ojos, porque entonces él la vería asustada, desnuda y fea. Tragó saliva. Y entonces, desde lo más profundo de su ser, se armó de valor para mirarle a los ojos. La sonrisa se borró de su rostro ante lo que vio.

"Como sabrás, mis padres se divorciaron y mi madre murió poco después".

Xander asintió. "Lo había oído".

"Pero lo que quizá no sepas, Xander, es que mis padres eran opuestos. Mi madre quería diversión. Le gustaba ir de compras, las fiestas y..." Vaciló. "Excederse con el alcohol... y otras cosas. Mi padre era tradicional y no lo aprobaba". Era una descripción suave de cómo se sentía su padre, pero no le importó dar más detalles. "Me dijo que observara y aprendiera. Y lo hice. Aprendí dos cosas. El rechazo de mi madre era absoluto. También su aislamiento. No se le permitía acercarse a mí ni a mi hermana". Aspiró profundamente. "Murió sola... No mucho después". Estuvo a punto de tropezar, pero se obligó a continuar, a admitir la verdad ante Xander. "Sobredosis accidental fue el veredicto. Se silenció, por supuesto. Mi padre me enseñó bien. No hay lugar en la vida para la debilidad, no hay lugar para el error, especialmente si gobiernas un país, especialmente para una mujer. Eso fue lo primero que aprendí".

Le apretó las manos con fuerza. Puso la otra mano sobre la de ella y la apretó suavemente. "Por eso nada de alcohol, por eso un rígido control sobre ti misma".

Se encogió de hombros. "Soy quien soy. Igual que tú eres quien eres. No pienso en los porqués. Sólo soy yo".

Se llevó los puños unidos a los labios y le besó las yemas de los dedos, antes de soltarle la mano. "Y sólo contigo es suficiente. *Me gustas* sólo tú".

El apretado fajo que guardaba en su interior palpitaba como si estuviera a punto de explotar. Ya ni siquiera se daba cuenta de que estaba ahí. La palpitación le subió a la cabeza y a las sienes. Se levantó y, de forma poco habitual, se frotó la frente con los dedos y se apartó. "Tengo que irme ya".

"¿Estás seguro?", preguntó. "¿Por qué no nos quedamos y descubrimos más el uno del otro?".

Hubo algo en la forma en que lo dijo que la hizo detenerse. Por primera vez desde su confesión, le miró directamente a los ojos y no le gustó lo que vio. Parecía como si hubiera ganado.

"Tienes lo que querías, ¿verdad?" Ladeó la cabeza mientras reflexionaba. "Eso fue lo que Roshan sugirió, ¿no? Coquetea conmigo, derríbame. ¿Cuál es ese proverbio chino? "¿Conoce a tu enemigo?"

Al menos Xander tuvo la delicadeza de no mentir descaradamente. "Vamos, Ela. No es así".

"Entonces, ¿cómo es? Dímelo, porque tengo curiosidad por saberlo". Él se encogió de hombros, y ella supo que tenía razón. Ella negó con la cabeza. "Me voy".

"Quédate, por favor. Además no hemos terminado nuestra conversación. No me has dicho la segunda cosa que aprendiste".

Tardó un minuto en comprender a qué se refería. "Ah, sí. La primera era nada de alcohol y moderación total, ¿y la segunda? Eso es fácil. La segunda es no confiar nunca en un hombre".

Frunció el ceño. "No te lo puedes creer. No todos somos iguales, Ela".

"No me llames Ela".

“¿Por qué no? Es tu nombre”.

“Mi madre me llamaba Ela”, dijo, con voz ronca y apenas controlada. “Y yo *no soy* esa chica. *Esa chica*, *Ela*, murió el día que mi madre se marchó, obligada por mi padre, para no volver jamás. Ela no existe. Mi nombre es Elaheh. Y si tú, o Roshan, creéis que podéis doblegarme para controlarme, entonces los dos tenéis otra idea”.

Salió del bar sin mirar atrás. Pero no era la misma persona. Algo se había roto un poco en su interior cuando Xander la había cogido de la mano. Algo que ni siquiera sabía que se había estado obligando a mantener unido. Pero había estado ahí, apretado dentro de ella, enroscado y sólido. Y Xander lo había aflojado. Era el caos. Era miedo. Era todo lo que ella no quería. Y odiaba a Xander por ello.

CAPÍTULO 3



A LA MAÑANA SIGUIENTE, ELAHEH SE LEVANTÓ ANTES QUE XANDER. ESTABA TRABAJANDO EN LA sala de juntas con sus ministros a su alrededor. No habría más tête-à-têtes, ni más oportunidades para que Xander intentara doblegarla. Él podría llamarlo comprenderla, pero ella sabía la verdad. A él sólo le interesaba una cosa: cerrar un trato que beneficiara a su país. Y obviamente estaba dispuesto a ablandarla para lograrlo. Ella había sido débil ayer; no tenía intención de volver a serlo.

Cuando Xander entró en la habitación, enarcó una ceja en señal de pregunta. Señaló hacia sus ministros. "¿Esto es necesario?"

"Sí. No hay nada más que discutir. Hemos llegado a un acuerdo de principio, y ahora es el momento de pasar al siguiente nivel". Sonrió con frialdad. "Por favor, siéntete libre de convocar a tus propios ministros. Cuanto antes empecemos, antes podremos volver a casa".

Xander asintió brevemente, con la boca sombría y los dedos apretados contra el respaldo de la silla, delatando su disgusto. "Claro", dijo.

Elaheh asintió triunfante. Le había puesto en su sitio y, con su personal a su alrededor, se aseguraría de que el resto de la reunión fuera estrictamente impersonal.

Y así fue. Las horas pasaron deprisa mientras se concretaba y aprobaba cada detalle. Al final de la mañana, ya no había nada más que discutir.

"Gracias a todos. Creo que ya hemos terminado". Se levantó para seguir a su bastón cuando Xander habló desde detrás de ella.

"Un momento, por favor, Elaheh", dijo. Se dio cuenta de que usaba su nombre completo. Una prueba más, si hacía falta, de que lo tenía donde quería.

Se volvió hacia él con una mirada imperiosa. "¿Qué es lo que quieres, Xander? Seguro que no hay nada que discutir que nuestros ejecutivos no puedan tratar".

"Sí, lo hay", dijo con firmeza. Se le encogió el corazón. Parecía que seguía resistiéndose a su voluntad. "Quiero hablar contigo, en privado. Sólo unos minutos", añadió.

Dudó antes de asentir con la cabeza. Podía aguantar unos minutos.

Le abrió la puerta y salieron al patio. Su diseño era casi espartano, sin árboles, arbustos ni flores. Su sencillez realzaba su única característica: una perfecta porción rectangular de agua que reflejaba el azul brillante del cielo. Instintivamente, al parecer, él se acercó al agua. Ella tuvo el instinto contrario y se sentó en el asiento de piedra junto a la puerta. Él se dio la vuelta y sacudió la cabeza, como desesperado por su obstinación. Lo que él no entendía era que si ella no se mantenía firme, perdería el respeto de todos los que la rodeaban. Lo había aprendido observando a su madre. No había lugar para la flexibilidad en el mundo de hombres en el que vivía.

"¿Tengo que gritarte a través del patio?", gritó.

“No, puedes presentarte ante mí si tienes algo que decir”.

Se encogió de hombros y se acercó a ella, más cerca de lo que le hubiera gustado. Se arrepintió de haberle pedido que se pusiera delante de ella, mientras ella estaba sentada. Él tenía la ventaja de la altura. Ella no podía apartarse fácilmente, no sin parecer intimidada. Y de ninguna manera iba a parecer intimidada por él.

Cualquier otro pensamiento de intimidación se desvaneció al ver cómo una extraña expresión se dibujaba en su rostro. Fruncía el ceño como si estuviera disgustado, pero parpadeaba y su boca se torcía como si no estuviera seguro de sí mismo. Ella se relajó. Esto iba a ser interesante.

“Deseo disculparme, Elaheh. Tenías razón. Roshan me pidió que suavizara mi postura hacia ti. Pero no me pidió que coqueteara contigo, como sugeriste. Eso fue idea mía, *brillante*”. Su énfasis mostró que ya no la consideraba brillante.

Sonrió. No había pensado que ver a un hombre arrogante y poderoso humillarse ante ella pudiera ser tan entretenido. “Ciertamente. Lejos de ser brillante. Incluso insultante, me atrevería a decir”.

Levantó una ceja, su expresión había vuelto a su habitual frialdad. “¿Lo harías?”

“Sí, lo haría. Coquetear con un colega podría, según tengo entendido, interpretarse como acoso en el lugar de trabajo. Coquetear con una reina podría, estoy seguro, considerarse irrespetuoso en el mejor de los casos”.

“¿Y en el peor de los casos?”

Se levantó y se acercó a él, molesta por tener que inclinar la barbilla hacia arriba para encontrar su mirada directa. “En el peor de los casos, Xander, sería considerado traición”.

Le sostuvo la mirada con firmeza hasta que él se rió. No lo hizo.

“¿Y qué, Xander tienes tan divertido?”

Se metió las manos en los bolsillos, con rastros de risa aún en el rostro, mientras se acercaba aún más a ella. “Tú, Ela, tú. Eres tan...” Se detuvo mientras sacudía la cabeza y su mirada recorría su rostro. “Tan anticuada”.

“¿Anticuado?” No era lo que ella esperaba que dijera, aunque no podía esperar desentrañar el funcionamiento de su mente. “¿Anticuado?”, repitió en voz más alta.

“¡Sí! Toda tu charla de traición y respeto, ¡es como si vivieras en la edad oscura!”

Ella apretó los dientes. “Para tu información, Xander, sí. Mi vida y la de mi gente no han cambiado en siglos”.

“Entonces necesitas cambiar. De verdad. Tienes que entrar en el siglo XXI antes de quedarte atrás”.

Ella apretó los labios mientras intentaba controlar su ira. “Y eso, Xander, es exactamente lo que intento hacer. Por eso estoy aquí, perdiendo el tiempo intentando hablar contigo”.

“Pero eso es todo, Ela. No te esfuerzas lo suficiente. Ni siquiera pareces moderna”.

“Llevo una abaya y un hiyab tradicionales y estoy orgullosa de ello”.

“Por supuesto. No me refiero a eso. Me refiero a cómo te sostienes, como si tuvieras una baqueta clavada en tu...”

“¡Puedes parar ahí mismo!”

Ladeó la cabeza. No pareció inmutarse lo más mínimo. “Ela”, dijo con más suavidad. “No pretendo insultarte, de verdad que no. Creo que eres...” Abrió la boca un par de veces como si fuera a decir algo, antes de suspirar como si no pudiera pensar en la palabra correcta. “Una fuerza a tener en cuenta. Pero, a veces, puedes mover montañas más eficazmente con un poco de encanto, un poco de suavidad, un poco de... *comprensión*”.

“Comprensión”, repitió ella. Él no pareció oír la ira intensa y candente que acompañaba a la

palabra.

“Exactamente. Tienes que entender a la gente que te rodea, en vez de intentar aniquilarla”.

“Y tú, Xander, tienes que dejar de decirme lo que tengo que hacer. Es por culpa de gente como tú -gente que quiere mandarme, gente que quiere controlarme, hombres que desean doblegarme a su voluntad- por lo que tengo que ser lo que he llegado a ser.” No se había dado cuenta de que su voz se había desviado hacia una angustia apenas disimulada hasta que la vio reflejada en su rostro. Había revelado demasiado. Otra vez.

“Lo siento, Ela. De verdad que lo siento. Sospecho que no es a ti a quien debería sugerir ser más comprensiva, sino a mí”.

Sus palabras llegaron hasta ella y conectaron con ella como una línea de vida, de las que nunca antes le habían tendido. A medida que se alargaba el silencio entre ellos, esa conexión también se fortalecía.

Sacudió rápidamente la cabeza. “No tengo ni idea de por lo que has pasado”. Tomó su mano temblorosa entre las suyas. “Pero te prometo una cosa: nadie me ha pedido que te lo diga. Si deseas educarme, si deseas contarme algo, lo que sea, estoy aquí para ti”.

“¿Por qué? Obviamente no te gusto”.

Su ceño se frunció. “Eso no es verdad”.

“Eso es lo que parece. Incluso encuentras desagradable la idea de flirtear conmigo”.

“Yo no he dicho eso. Simplemente dije que era una mala idea. Pero, créeme, Ela, si fuéramos dos personas normales, coquetearía tanto contigo que no tendrías más remedio que enamorarte de mí”.

Le cogió la mano y se la besó. La soltó antes de que ella pudiera protestar. Pero, al sentir su efecto devastador en todo su cuerpo, pensó que tal vez, sólo tal vez, no habría protestado en absoluto.

“Pero no lo somos”, continuó. “Así que lo único que podemos hacer es dejar de enemistarnos. No soy tan malo, ¿sabes? Y ahora sé con certeza que eres mucho más complicada de lo que pensaba”. Le recorrió la cara con la mirada y le acarició la mejilla ligeramente con el dedo. “Tal vez los dos hemos creado máscaras tras las que podemos escondernos. Pero sospecho que eres tan hermosa sin máscara como con ella”.

No pudo evitar balancearse bajo la explosión sensorial creada por el contacto de él con su mejilla y su mano. Su mirada se desvió hacia los labios de él, que se abrieron y, por un largo instante, pensó que estaba a punto de besarla. Por alguna razón, ese pensamiento no la hizo apartarse. Volvió a levantarle los ojos y descubrió que él también había bajado la mirada hacia sus labios. Instintivamente, se los lamió. Y entonces, como si una descarga eléctrica lo hubiera atravesado, soltó las manos y se apartó. Le dedicó una rápida sonrisa. “Le pido disculpas. Me he dejado llevar. Por un momento olvidé...”

Ella asintió, sin querer que terminara, sin querer que pronunciara las palabras que también estaban en sus labios. Por un momento ambos habían olvidado que se odiaban.

De repente, el sonido de un helicóptero que se aproximaba llenó el aire con su bajo zumbido. Rápidamente recobró el sentido.

“Tengo que irme”, dijo. “Debo irme”, añadió, como si tratara de convencerse a sí misma. Retrocedió y dio media docena de pasos antes de detenerse bruscamente. Tenía que decírselo, porque tenía razón. Se volvió y él seguía en la misma posición, mirándola. “Tienes razón. Deberíamos dejar las máscaras cuando estamos juntos, porque creo que ya no son necesarias. Creo -no, sé- que puedo confiar en ti”.

Asintió con la cabeza. “Sí que puedes. Y siento que puedo confiar en ti. Ambos somos

nuevos monarcas, después de todo".

"Y ambos somos producto de nuestras extrañas infancias".

"Huérfanos dañados empujados a posiciones de gran poder. Una extraña combinación".

Ella sonrió y asintió. "Y tal vez, es una combinación que sólo puede ser entendida por alguien en la misma posición".

"En efecto".

Ella asintió, se dio la vuelta y se alejó a paso ligero. Seguían desconfiando el uno del otro, lo sabía, y tal vez siempre lo harían, pero su relación había pasado de ser una relación ofensiva y combativa a una en la que podían trabajar juntos. No iba a ser fácil, pero sería mejor.

~

Y había sido mejor. Mucho mejor de lo que había imaginado. Durante las semanas que habían pasado desde que regresaron a sus respectivos países, Elaheh había estado en contacto diario con Xander. Y, en lugar de enfrentarse, habían trabajado juntos para hacer avanzar sus planes. Además, al final de cada videollamada, empezaban a compartir información, información personal.

Elaheh pensaba en la conversación que había mantenido con Xander mientras apagaba la pantalla del ordenador y dejaba que sus ojos se adaptaran a la luz tenue de su dormitorio. Permaneció unos instantes a oscuras y recordó cómo se iluminaban los ojos de Xander cuando sonreía. Ahora se daba cuenta de que sus labios sólo se movían un poco en las comisuras. El breve movimiento desaparecía antes de que se diera cuenta. Pero la expresión de sus ojos permanecía, no sólo en sus ojos, sino en el sentimiento que despertaba en ella. Frunció el ceño mientras intentaba comprender qué era exactamente ese sentimiento. Calor, fue la palabra que eligió. El calor de sus ojos le calentaba el alma... y todo lo demás.

Respiró hondo para tranquilizarse, se levantó de la silla y se envolvió en su ligera bata. Se acercó a las ventanas francesas que daban a un amplio balcón un piso más alto que el frondoso jardín que había bajo su ventana. Su habitación estaba al mismo nivel que las copas de los árboles y las flores de las plantas trepadoras cuyo perfume llenaba el aire. El aroma de las flores, el calor del aire nocturno y la expresión de los ojos de Xander llenaban su mente y su cuerpo, poniéndole la piel de gallina y dificultándole la respiración. Su reacción ante él la había molestado al principio. Aún le molestaba, pero ahora no sólo le molestaba, sino que no podía dejar de pensar en ello.

Se inclinó sobre la barandilla del balcón y dejó que su mente vagara como nunca se lo permitía durante el día. Xander la hizo consciente de cada centímetro de su cuerpo. Sentía un cosquilleo en la piel cuando él la recorría con la mirada, como si le hiciera cosquillas con una pluma, estimulando su piel y enviando oleadas de sensaciones por todo su cuerpo hasta las terminaciones nerviosas. Flexionó las manos al sentir el cosquilleo en los dedos.

Ridículo. No quería nada que minara su fuerza de voluntad, nada que hiciera que su cuerpo estuviera necesitado. Sólo quería una cosa de los hombres: obediencia. Lo mismo podía decirse de un marido. Se mordió el labio cuando la invadió una oleada de pánico al pensar en un marido. Lo estaba posponiendo, lo sabía. A pesar de la insistencia de su visir, había estado retrasando el asunto. La idea de acostarse con un hombre la aterraba. Pero entonces recordó cómo se sentía cuando Xander la miraba: el revoloteo en el estómago, la respiración entrecortada.

Se agarró a la barandilla y se sacudió mentalmente. Tenía que salir de aquel ridículo estado mental. Dio la espalda al verde jardín y entró en su habitación.

De repente se detuvo y frunció el ceño. Había algo diferente.

"¿Hola?", preguntó tímidamente, mirando entre las sombras. ¿Había entrado alguien en su habitación? Miró a la puerta. Estaba cerrada. La llave seguía allí. Quedaba el cuarto de baño. Se acercó en silencio, abrió la puerta y encendió la luz. Una luz brillante inundó la habitación.

Frunció el ceño y encendió la luz de su dormitorio. No vio a nadie ni nada fuera de lugar. Entonces, ¿por qué se le había erizado el vello de los brazos? ¿Por qué sentía náuseas y le temblaban las piernas? Era una reacción de huida o lucha, la adrenalina corría por sus venas provocada por algún enemigo invisible.

Sus pensamientos se agitaron con rapidez mientras repasaba sus movimientos. Sólo había salido al balcón unos instantes, no lo suficiente para que alguien entrara en la habitación. Y además no podían, porque la había cerrado con llave.

Se estaba volviendo loca. Nada era diferente. Sin embargo, seguía teniendo la sensación de que algo iba mal. Algo había cambiado en la habitación. Su madre solía decir que tenía un sexto sentido para estas cosas. No era algo que le gustara y había hecho todo lo posible por ignorarlo, pero ahora no podía.

Suspiró, se sentó en la cama y se frotó los ojos. Apoyó la cabeza en las manos y entonces lo vio por el rabillo del ojo. Había un trozo de papel cuidadosamente doblado y colocado sobre su almohada. Se quedó helada y volvió a sentir un escalofrío enfermizo. No estaba allí cuando entró en la habitación hacía unas horas. Se habría dado cuenta porque se había quitado el reloj y lo había colocado al lado de la cama, donde el grueso papel color crema yacía como una serpiente, enroscado y listo para atacar.

Si no estaba allí cuando entró en su habitación, ¿cómo había llegado?

Su mente repasaba lo que había hecho desde que se había retirado a su dormitorio. Estaba a punto de ducharse y desvestirse cuando recibió la llamada de Xander. Miró hacia la pequeña alcoba donde había hablado con él. Habría visto fácilmente si alguien hubiera entrado en la habitación, pero la puerta estaba cerrada y nadie había pasado por ella. Pero... Su mirada se posó en las ventanas francesas, aún abiertas al aire nocturno. Siempre era lo primero que hacía al entrar en la habitación: abrirlas de par en par para que entrara el aire. Hiciera frío o calor, odiaba estar encerrada sin aire fresco. Después de abrirlas, se sentó de espaldas al ordenador.

Se lamió los labios, se acercó a las puertas y miró hacia fuera. Quienquiera que hubiera colocado la carta en su almohada debía de haber entrado en la habitación desde el balcón. Miró a su alrededor, pero no vio indicios de que hubieran entrado. Luego miró hacia el jardín, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Entró en casa, cogió el teléfono y encendió la linterna. Con mano temblorosa, la dirigió hacia un árbol cuyas ramas llegaban hasta el balcón. Enseguida vio una rama rota. Se acercó con cautela. La corteza se había desgastado en dos lugares, como si algo de presión hubiera rozado contra ellas. Dirigió la luz hacia el suelo y sus incipientes pensamientos se confirmaron. La maleza estaba pisoteada y había dos claras hendiduras en la hierba elástica que indicaban el lugar donde se había colocado una escalera.

El terror la invadió. Se retiró inmediatamente y cerró las puertas francesas. Con manos torpes corrió las cortinas, se apoyó en ellas y cerró los ojos. Sus aposentos y el jardín se encontraban en el centro de un palacio fuertemente custodiado. Nadie podía entrar sin autorización, sin ser conocido por los guardias. Eso sólo significaba una cosa: quien había dejado el mensaje era conocido por los guardias y, muy probablemente, por ella. O bien los guardias habían permitido entrar a la persona, o bien la habían despedido. En cualquier caso, era vulnerable.

Con manos temblorosas abrió la carta.

Te llevaré a mi cama, con o sin tu consentimiento, porque me necesitas tanto como yo a ti,

amor mío.

Era mucho más explícita que las otras notas que había recibido. El temblor de sus manos se extendió al resto de su cuerpo y tuvo que sentarse para combatir la debilidad y las náuseas. Alguien había estado en su habitación y la había amenazado con violarla. Pero no un cualquiera, sino alguien que debía de pertenecer a su élite de funcionarios.

Cogió el teléfono y una voz respondió preguntando en qué podían ayudarla. Se quedó paralizada. ¿Era él? Se aclaró la garganta y dijo que era un error suyo. Ahora se jubilaría y no necesitaba a nadie.

¿En quién podía confiar?

Con un sobresalto, se volvió hacia el ordenador. Sólo había un hombre que no quería nada personal de ella, lo que le hacía digno de confianza. Xander no quería nada de ella y estaba fuera de su círculo de personas en las que no podía confiar.

Encendió la radio para que nadie pudiera oírla y tecleó en silencio sus datos de contacto. Tardó en contestar y, cuando lo hizo, ella no lo reconoció ni por un momento. Atrás habían quedado las ropas elegantes y el traje occidental; su camisa estaba medio deshecha, dejando al descubierto un pecho más velludo y musculoso de lo que Elaheh había imaginado. Se sorprendió de sí misma por haber imaginado algo. Entonces el papel que tenía en la mano se arrugó, recordándole por qué le había llamado.

“Xander”, dijo con voz ronca. “No tengo a nadie más a quien recurrir”.

Xander escuchó a Elaheh, con la voz ronca por el miedo y la cara blanca. Vio que le temblaba la mano mientras se apartaba el pelo de la cara. Le llamaron la atención dos cosas. Una, su pelo, lustroso y hermoso, y suelto. Nunca lo había visto suelto. Cuando se quitaba el hiyab, siempre lo llevaba recogido y alejado de la cara en un nudo apretado, como si tuviera miedo de perder el control. Siempre le tiraba de la piel, que ya estaba tirante, haciéndola más tensa, y sus ojos almendrados se levantaban un poco en las comisuras. Era como una máscara. Pero esa máscara había caído ahora y tenía un efecto electrizante en él.

Entonces ella habló y su voz, habitualmente firme y clara, tembló. Él olvidó su atracción instantánea y se centró en sus ojos llenos de pánico.

“¿Qué ha pasado?”, preguntó, sentándose ante el ordenador, todo atención.

Volvió a apartarse el pelo de la cara y asomó la cabeza hacia el ordenador, con ojos grandes que buscaban los suyos. Eran todo lo que él podía ver y vio en ellos mucho más de la verdadera Ela de lo que había visto nunca. Le produjo una sacudida que provocó un cambio sísmico en su interior. “I...” Su voz se entrecortó y también lo hizo su corazón.

“Respira hondo”, le indicó suavemente.

Para su sorpresa, ella hizo lo que él le dijo. “De acuerdo”. Ella asintió con la cabeza, abriendo mucho los ojos mientras luchaba por tomar el control. “Terminé de hablar contigo, salí brevemente y luego volví a mi cama, y allí había una nota que no estaba antes de hablar contigo. Alguien había dejado una nota en mi almohada mientras hablaba contigo”.

Frunció el ceño. “¿Y estás seguro de que no estaba allí antes de nuestra llamada?”

Se mordió el labio y negó con la cabeza. “Desde luego que no. Me quité el reloj y recogí la bata que yacía sobre la almohada. Me habría dado cuenta entonces. Mis sábanas son de seda negra, la nota era blanca”.

Se distrajo momentáneamente al pensar en ella tumbada sobre sábanas negras. No la había imaginado durmiendo sobre sábanas negras. Sugería una sensualidad que ella ocultaba tan

eficazmente que él sólo había sospechado que estaba ahí. “Ok. Así que fue colocado allí cuando estábamos en nuestra llamada.”

“Estaba de espaldas a la cama”.

“¿Estaba cerrada la puerta?”

Ella asintió. “Siempre lo cierro”.

“¿Hay alguna otra forma de entrar?”

Miró ansiosa hacia la ventana, ahora cerrada, y asintió. “La única otra forma en que alguien podría haber entrado es desde el balcón. Las puertas estaban abiertas a la noche. Estoy en el primer piso, pero hay árboles y trepadores”. Miró la nota que había dejado caer sobre la mesa frente a ella. “Quien haya colocado la nota ahí, debe haber trepado mientras yo hablaba contigo”.

“¿Está la puerta cerrada ahora?”

Volvió a asentir. “Ambas puertas.”

“Bien. Entonces, ¿qué dice la nota?

Escuchó cómo ella releía la nota dos veces. Pero no necesitó oírla por segunda vez para comprender lo que había en la mente del hombre -pues no cabía duda de que era un hombre- que la había escrito.

“Entonces”, dijo ella, después de que él guardara silencio durante un par de segundos. “¿Qué te parece?”

“Lo mismo que tú, imagino. Si el hombre que escribió eso pudo entrar en tu habitación, sin ser visto, entonces estás en peligro y tienes que salir de ahí cuanto antes. ¿A quién se lo has dicho?”

“Nadie”. Parpadeó. “Sólo unas pocas personas podrían entrar en mi cámara. Y esas pocas personas son las más cercanas a mí. No hay nadie más en quien pueda confiar”.

“Puedes confiar en mí”. Las palabras se le escaparon antes de pensarlas. Pero al reproducirlas en su mente mientras registraba la conmoción y el alivio que se reflejaban en su rostro, supo que estaba en lo cierto. *Podía* confiar en él. Y probablemente era el único.

Ella asintió. “Lo sé. Pensé en ti de inmediato. Puede que hayamos tenido nuestras diferencias, pero siento que puedo confiar en ti; incluso, tal vez, *debido a* nuestras diferencias, siento que puedo confiar en ti. Eres un extraño, sin nada que ganar haciéndome daño”.

Se estremeció ante la idea de que alguien quisiera hacer daño a esta mujer, que era más vulnerable de lo que jamás había imaginado.

“Así que confío en ti”, continuó. “Y por eso te he llamado. Porque no sé qué hacer. Estoy en peligro por las mismas personas encargadas de protegerme. Y tengo miedo. Muy asustada”, dijo con un tono ronco que le desgarró el corazón. Ella no necesitaba añadir esas palabras porque él podía verlo en sus ojos.

“Probablemente sólo corras peligro con una de esas personas”, le recordó con dulzura. “Pero hasta que no sepas cuál, tendrás que tratar a todo el mundo con desconfianza. Y -dijo, acercándose, haciéndose eco de su postura, tratando de tranquilizarla antes de soltar la bomba-, tendrás que irte. No estás a salvo allí, Ela”.

Tragó saliva y entonces la inseguridad desapareció y se sentó en su silla, con sus hermosos labios en una línea recta de intención. “Tienes razón. ¿Pero cómo?”

“En silencio, sin que nadie se entere”.

“¿Disfrazado?”

“¿Puedes hacerlo?”

Ella le dirigió una mirada llana y ardiente. Se sintió aliviado al ver que Ela había vuelto.

“Por supuesto. He pasado mi vida en el desierto con mi gente, sólo conmigo y mi caballo. Sé

cómo ser corriente, cómo encajar, lo creas o no".

Él no, pero no tuvo más remedio que darle el beneficio de la duda. "Bien. ¿Cómo te irás?"

Señaló con la cabeza hacia la ventana. "La misma forma en que se dejó el mensaje. A través de la ventana. Nadie imaginaría que yo haría eso. Puedo bajar del árbol, de niña siempre lo hacía".

"¿Es así como cree que el intruso accedió?"

"No. No es lo suficientemente fuerte. Creo que usó una escalera. Pude ver las marcas que hizo. Puedo usar el mismo árbol, excepto que bajaré al jardín exterior".

"Bien. Vete rápido, Elaheh. Sin retrasos".

"Pero, ¿adónde voy a ir?"

"A mí. Vendrás a mí. Y te mantendré a salvo hasta que averigüemos quién intenta...". Dudó, no quería decir la palabra.

"Viólame", dijo fríamente. "Violación es control y alguien quiere hacerme ambas cosas. Y no puedo protegerme físicamente. Sólo puedo confiar en mi mente y eso no me protegerá de esta amenaza. Tienes razón, tengo que irme".

"¿Dijiste una vez que eras una buena amazona?"

Ella asintió. "Por supuesto. Me crié a caballo en el desierto".

"Entonces te sugiero que vayas a los establos, ensilles un caballo y cabalgues hacia las montañas, hacia mí".

"Está demasiado lejos".

"Te veré de camino".

"No hay pueblo, ni oasis, nada..."

"Allí estaré".

Abrió la boca para hablar, pero no le salió ninguna palabra. Pero, por una vez, él supo lo que ella estaba pensando, sus pensamientos estaban claros en sus ojos.

"Te lo prometo", continuó. "Lo importante es que salgas de ahí. Estás atrapado, eres un blanco fácil. ¿Vendrás?"

Ella asintió brevemente con la cabeza. "No tengo elección. Me cambiaré, recogeré algunas provisiones y agua y me escabulliré a los establos para coger mi caballo".

"¿Puedes hacerlo sin que te vean?"

"Creo que sí. No tengo más remedio que intentarlo".

"Sigue por el antiguo sendero beduino hacia las montañas y te encontraré en unas horas".

"Será mejor que estés allí". Fue lo último que dijo y él casi se rió al ver que volvía a ser ella misma. Y por primera vez desde su instintiva oferta de rescatarla, se preguntó en qué se estaba metiendo.

CAPÍTULO 4



ELAHEH ATERRIZÓ EN SILENCIO EN EL PARTERRE. SE LIMPIÓ LAS MANOS EN LA ABAYA NEGRA, debajo de la cual llevaba unos vaqueros y una camiseta de cuando era adolescente. Aún le quedaban bien. Sólo se quedó el tiempo suficiente para sentir la atmósfera del jardín, para percibir si había alguien más allí. Era una noche tranquila y sus oídos se esforzaron por captar el menor sonido fuera de lugar. No había ninguno. La luna aún no había salido para iluminar el patio. Pero pronto lo haría, y entonces el lugar se iluminaría como si fuera de día. Tenía que marcharse antes de que eso ocurriera.

Manteniéndose en el camino más cercano al muro, protegido por los árboles que bordeaban el jardín, caminó rápidamente hacia la salida. Era como una sombra que se mezclaba con otras sombras más oscuras, hasta que llegó a la puerta que la llevaría a otro jardín. La sucesión de jardines desembocó en una puerta lateral por la que podía acceder a los establos. El lugar era muy tranquilo. No había cámaras de seguridad. Su padre se había negado a una intrusión tan moderna en el palacio, y ella no había tenido motivos para creer que las necesitara. Hasta ahora. Pero debería haber habido guardias. Siempre había habido guardias. Pero no esta noche, al parecer. Quienquiera que hubiera puesto la nota en su habitación era más poderoso de lo que ella había imaginado, si es que tenía autoridad para retirar a sus guardias. Quienquiera que fuese, era poderoso y la quería vulnerable. Aceleró el paso.

Con el corazón palpitante y los ojos atentos, llegó a los establos. El olor del lugar la tranquilizó y rápidamente colocó una brida a su caballo, acariciándole el hocico para aplacar su malhumor por haber sido despertado. Con las riendas en una mano, abrió con cuidado la puerta que daba a la salida trasera del palacio. Volvió a cerrarla y saltó sobre su caballo, manteniéndolo andando entre las sombras antes de que estuvieran a distancia suficiente para alejarse trotando. El trote pronto se convirtió en galope, y luego en galope completo cuando entraron en el sendero que la llevaría en ruta directa hacia el castillo del desierto.

Pronto se dejó llevar por el ritmo del paso ondulante de su caballo y, a medida que la luna se alzaba sobre el desierto, su corazón subía con ella, a pesar del peligro que corría. Este lugar era su vida; era el desierto donde se sentía más a gusto, no en palacio, no como reina, sino como mujer de la tierra, *su* tierra. Se quitó el hiyab de la cabeza y su pelo voló detrás de ella mientras continuaba el camino hacia Xander. No se atrevía a imaginar que él *no* estuviera allí, porque no tenía un plan alternativo.

No fue hasta que llevaba hora y media cabalgando cuando vio la señal reveladora de la arena elevándose a la luz de la luna. Al principio le preocupó que anunciara un viento khamseen que traería cincuenta días de calor y polvo. Pero la columna de aire era contenida, estrecha y se movía en su dirección. Estaba segura de que era Xander. Pero entonces la duda invadió su mente.

¿Y si alguien la había localizado y, en lugar de seguirla, había llamado a alguien para que la adelantara?

Galopó detrás de un grupo de árboles y arbustos espinosos y decidió esperar a ver quién era antes de darse a conocer. La brisa, cada vez más rápida, ocultó las huellas de los cascos de su caballo, se bajó de él y lo llevó detrás de uno de los árboles, desde donde tendría una buena vista del coche que se acercaba.

No llevaba faros, lo que le indicó algo importante: no quería llamar la atención. No fue hasta que se acercó y la luna se alzó más, cuando se dio cuenta de que no era un coche normal, sino un Land Rover que arrastraba una caja para caballos. Exhaló aliviada y se desplomó contra el árbol. Debía de ser Xander. ¿Quién si no viajaría por el desierto con un coche de caballos? Su gente la habría seguido a caballo y la habría traído de vuelta. Pero no Xander. Salió y lo alumbró con la linterna.

Cambió ligeramente de rumbo y se detuvo junto a ella. Bajó la ventanilla.

"¡Su Majestad!", gritó, por encima del sonido del motor del vehículo y el relincho de su caballo. "¿Creo que le gustaría que le llevara?"

Ella rió aliviada. "Confío en ti, Xander", dijo, acercándose a su ventana. Pensó que nunca se había alegrado tanto de ver a alguien en toda su vida.

"Espero que sí, Ela", dijo saltando del vehículo.

"Ya sabes lo que quiero decir. Pensé que *vendrías* a mi encuentro".

"¿Yo, montar a caballo?", dijo, abriendo la caja del caballo. "Ni hablar. Además, es más rápido así. Um, tal vez te gustaría..." Señaló a su caballo con un gesto de inseguridad poco habitual en él. De repente, ella comprendió.

"¿No me digas que no te gustan los caballos?"

"No me gustan los caballos".

"¿Te haces llamar jeque del desierto?", dijo, mientras engatusaba al caballo para que entrara en la caja.

"Yo no. Soy jeque y gobernante de mi pueblo y vivo, muy feliz, en la ciudad".

Cerró la puerta después de que ella hubiera puesto cómodo a su caballo con comida y bebida.

"No creo que podamos ser más diferentes, tú y yo", dijo Elaheh, entrando en el Land Rover mientras mantenía abierta la puerta.

"Tal vez", dijo él, inclinándose para pasarle el cinturón de seguridad. "Pero fundamentalmente, Ela, empiezo a creer que tenemos los mismos valores. Confías en mí, ¿verdad?"

Ella asintió. Había estado tratando de mantenerse valiente, tratando de responder a su conversación desenfadada, pero no podía seguir así. "Sí", dijo en un ronco susurro. "Ahora, salgamos de aquí". Miró temerosa detrás de ella, donde visualizó a unos asaltantes desconocidos dándole caza, decididos a devolvérsela a un hombre para que hiciera lo que quisiera con ella.

Xander debió de captar su estado de ánimo porque cerró la puerta de un portazo, saltó al Land Rover y lo hizo girar con cuidado, antes de conducir directamente hacia las montañas de donde había venido.

No pudo resistir una última mirada a la bruma de luces que indicaba su tierra, su palacio, su hogar. Ahogó un sollozo antes de que pudiera salir, pero no antes de que la rápida mirada de Xander lo captara.

"¿Qué pasa?", preguntó, pisando aún más fuerte el acelerador.

Parpadeó, sabiendo que había llegado la hora de la verdad. "Cuando miré atrás, me pregunté..." Se interrumpió.

“¿Qué?”, insistió.

“Me preguntaba si volvería a ver mi país”.

Se acercó a ella y le apretó la mano. “Lo harás. Te prometo que lo harás. Me aseguraré de ello”.

Al contrario que antes, cuando le había cogido la mano, esta vez no la apartó. Ahora necesitaba toda su fuerza y su seguridad.

Faltaba media hora para llegar a las montañas y otra hora para recorrer la corta ruta que las atraviesa. El paso era tortuoso, accidentado y casi intransitable. Si Xander no hubiera sido un conductor tan experto, pensó, no habría conseguido pasar la caja del caballo.

“Y esto, Ela”, dijo, mientras tomaban otra curva en herradura, debajo de la cual había una precipitada caída hacia un profundo barranco, “es la razón por la que tenemos que poner en marcha nuestro proyecto lo antes posible”.

Xander no sabía si era la luz de la luna o el miedo lo que hacía que la cara de Ela se pusiera blanca. Fuera cual fuera el motivo, el efecto que le produjo fue que se sintiera protector y furioso. Quienquiera que la hubiera amenazado con violarla no era un hombre. Se aseguraría de que lo encontraran y lo castigaran como correspondía.

Ela miró hacia abajo, hacia la empinada caída que se precipitaba en un abismo negro e invisible, y luego hacia él. “Desde luego, no volveré por este paso hasta que la carretera esté mejorada. A caballo, sí. ¿Pero en coche? Es aterrador”.

Xander no apartó los ojos de la carretera. “Ya casi hemos llegado. Y entonces estarás a salvo”.

Por el rabillo del ojo, la vio suspirar y apoyar la cabeza en el asiento. Cuando la vio por primera vez en el oasis, le llamó la atención que se hubiera quitado el hiyab y llevara suelta su hermosa melena oscura, igual que cuando habló con él por videoconferencia. Había perdido ese aspecto rígido y de reina que tanto le desagradaba y, en su lugar, parecía simplemente una chica hermosa, perdida y asustada, y eso le excitó sobremanera.

Se aclaró la garganta. Dio la vuelta a un recodo y miró hacia el valle, su tierra por fin. El paso fronterizo estaba a la vuelta de la siguiente curva. Detuvo el Land Rover con cuidado a un lado de la carretera. “Será mejor que subas atrás con el caballo mientras cruzamos la frontera. Es mejor no dejar rastro de tu entrada en mi país”.

Ella asintió y él la ayudó a subir al coche de caballos. Luego volvió a avanzar con cuidado por la carretera. Se detuvo en el primer control fronterizo, operado por funcionarios de Elaheh. Bajó la ventanilla y pronunció unas palabras. Eran pocas palabras, dado el soborno que habían recibido en el camino. Los guardias fronterizos de Tawazun, evidentemente muy agradecidos por el soborno, que equivalía fácilmente a su salario anual, le indicaron con una sonrisa de oreja a oreja que pasara. Hizo un gesto con la mano y continuó hasta el siguiente control fronterizo, esta vez el suyo.

Hizo un gesto a los guardias, que saludaron y levantaron la barrera. Es posible que se preguntaran qué hacía su rey conduciendo por la noche con una caja de caballos, pero no hicieron ninguna pregunta y no lo divulgarían. Era su rey y habían aceptado de buen grado el mismo soborno que él había dado a los guardias de Tawazun. Nada ganaba más silencio que el dinero, pensó. Pensó en Elaheh. Ella habría tenido demasiados principios como para ofrecer dinero por algo que consideraba que debía hacerse por lealtad. El problema con Ela, pensó, es que era ingenua. Y ése era el eslabón perdido de su armadura, lo que la hacía vulnerable.

Continuó sin detenerse por los suburbios de su ciudad, serpenteando hasta la cresta sobre la que se alzaba el palacio, a través de las tranquilas calles de la ciudad por las que sólo paseaban unos pocos fiesteros trasnochados. Lo miró a través de los ojos de Elaheh. Sería muy diferente a su país tradicional, Tawazun. En aquel país, la única fiesta que se celebraba era alrededor de una hoguera, escuchando música e historias tradicionales. Suspiró mientras un recuerdo borroso y lejano se agolpaba en su mente. Una sola imagen: su familia. Podía verla como una instantánea en su mente: su hermano Roshan, de pie, con las manos en las caderas y el resplandor del fuego parpadeándole en la cara mientras inventaba alguna que otra historia para deleite de sus padres. Su padre, dándose una palmada en el muslo al reírse de algo que Roshan había dicho. Nunca veía a su madre en su imaginación, pero sentía su presencia a su alrededor porque lo tenía en brazos. Estaba sentado en su regazo mirando hacia fuera, sus brazos le rodeaban, envolviéndole en una sensación de seguridad y tranquilidad que buscaba desde entonces.

Aquellos recuerdos dieron paso a otros posteriores, en el mismo oasis del desierto con su familia, pero junto a sus amigos más preciados. Roshan tenía varios, él sólo uno. Sólo había necesitado uno: Selya lo había sido todo para él desde el momento en que la conoció hasta que su mundo llegó a su fin.

Cerró sus pensamientos inmediatamente. Los guillotinó. No tenía lugar en su vida, en su mente, en su corazón, para esos recuerdos salvajes. Le destrozarían, y él se negaba a que le destrozaran.

En lugar de eso, frunció el ceño con una concentración férrea, condujo hasta el garaje y echó el freno de mano con una sensación de finalidad. Pero los recuerdos, que había conseguido reprimir durante tanto tiempo, persistían. Y sabía que había sido Ela quien los había hecho aflorar. Por alguna razón, ella le había provocado un cortocircuito en el cerebro, le había metido la mano y había tirado de cosas que él intentaba olvidar. Apagó el motor y suspiró con fuerza. Y no parecía que pudiera evitarla, ni cómo le hacía sentir. Al menos, no en el futuro inmediato.

Saltó y miró a su alrededor. No había nadie que presenciara su llegada. Sólo sus guardias personales, y una vez más, les habían pagado para que guardaran silencio. Abrió las puertas traseras y Elaheh, vestida de nuevo con su hiyab, condujo a su caballo por la corta rampa hasta los establos.

“Ve adentro. Yo me ocuparé de tu caballo desde aquí”, dijo.

“¿En serio?”, respondió ella con una sonrisa. No creía haberla visto nunca tan natural, a pesar de las tensiones de la noche.

“No pongas esa cara”, respondió con la soltura que era su modus operandi. “Puedo encargarme de un caballo si es necesario”. Tiró de las riendas y, para su sorpresa -y la de ella-, el caballo se movió y le siguió hasta los establos. Miró hacia atrás. “No te preocupes, tengo a alguien aquí que cuidará de ella”.

“Es un él”, dijo ella, con esa sonrisa suya que cortaba el corazón y era demasiado rara.

Volvió a mirar al animal, notando inmediatamente lo que no había notado antes. “Cierto”. Claro que lo era. Una yegua no sería lo suficientemente fiera como para que Ela la montara. Luego volvió a mirar a Ela con aún más respeto mientras se alejaba.

Elaheh esperó en las sombras. A pesar de la travesía del desierto, o incluso a causa de ella, se sentía eufórica. Al principio se había sentido enferma y asustada, pero en cuanto montó en su caballo y empezó a cabalgar por el desierto, fue como si le hubieran soltado los grilletes y se hubiera sentido libre por primera vez en mucho tiempo.

Y Xander había estado allí, tal y como había prometido. No creía haberse alegrado tanto de ver a nadie en su vida. Lo curioso era que ahora estar con Xander era una experiencia completamente distinta. El antiguo Xander, el hombre cuya mera existencia la había irritado desde el primer momento en que lo conoció, había desaparecido. Ahora era alguien que la hacía sentir -buscó a tientas la palabra correcta, pero sólo se le ocurrió una- segura.

A través de la puerta abierta pudo verle hablando con el mozo de cuadra en voz baja. Tenía una autoridad natural, que nada tenía que ver con ser rey. Y entonces la miró y ella apartó la vista.

"¿Ela?", preguntó en voz baja. Ella no se atrevió a mirar a su alrededor. Entonces sintió que el dedo de él le tocaba suavemente la barbilla. No había fuerza que la obligara a moverse, pero giró la cara hacia él y lo miró de todos modos. "Vamos", dijo en voz baja. "Vamos dentro. Ha sido una noche infernal".

Le tendió la mano, ella la cogió y entraron en el palacio. A diferencia del de ella, el suyo parecía estar lleno de cámaras de seguridad que accionaban las puertas, permitiéndoles acceder cada vez más adentro del edificio.

Sólo se detuvieron al llegar a un jardín interior, que se distinguía de los demás por su aire más informal. Las plantaciones estaban menos regimentadas, los árboles y arbustos menos severamente podados. Alrededor del pequeño jardín había habitaciones con ventanas abiertas a través de las cuales ella podía ver luces laterales que iluminaban muebles *que* definitivamente *no eran* de escala palaciega. Le miró. "¿Éstas son sus habitaciones privadas? No se lo había imaginado con menos grandeza.

"Sí". Se aclaró la garganta como si le hubieran pillado. "Esta es la parte más antigua del palacio. Roshan prefería estar más cerca del centro del palacio, pero yo prefiero estar aquí, donde vivían mis padres". Abrió una puerta y la siguió al interior de una de las habitaciones. "Está lleno de recuerdos".

Se sorprendió. A diferencia de las otras partes del palacio por las que habían caminado, ésta tenía un aire más hogareño y confortable. Frunció el ceño al ver el gran sillón frente a un televisor gigante. Parecía una especie de cueva de hombres. Lo miró fijamente, tratando de reevaluar su visión de él.

"Parecía más fácil", dijo vagamente.

"¿Más fácil?", preguntó. "¿En qué sentido?"

Se encogió de hombros. "Supongo que me refiero a que me resulta fácil relajarme aquí. Cuando estoy ahí fuera -señaló la parte pública del palacio con un gesto de la cabeza-, estoy actuando. Pero aquí puedo ser yo mismo. Lo mantengo en privado. Sólo para mí. Normalmente", añadió con una breve sonrisa irónica.

Apartó la mirada, temerosa de repente de estar viendo demasiado de él, de su verdadero yo. Y, además, no era el que ella creía conocer.

Se dio la vuelta y se pasó los dedos por el pelo corto. "Mira, me temo que si te quedas en otro sitio que no sea aquí, donde no permito entrar a nadie, te verán y se correrá la voz".

"Atrás", murmuró. Se volvió de nuevo hacia él. "¿A quién?", preguntó. "Esa es la cuestión. No puedo confiar en nadie, ¿verdad?".

En un instante estaba a su lado. "Puedes confiar en mí", le dijo, agarrándola por los brazos. Ella debería haberse soltado de sus manos. La vieja Elaheh lo habría hecho. Pero supo por la forma en que él la agarraba, por la manera en que sus dedos presionaban su carne ligera pero firmemente, que no se trataba de controlarla, sino de darle fuerza, de apoyarla, de demostrarle que podía confiar en él.

Se preguntó por qué no se había dado cuenta antes de lo finamente dibujados que estaban sus labios. No estaban llenos, normalmente formaban una línea recta. Pero ahora estaban suavemente separados y sus ojos recorrieron sus delicadas líneas. Sabía instintivamente cómo se sentirían si se apretaran contra los suyos. Jadeó y se esforzó por inspirar.

"¿Estás bien, Ela?", preguntó ansioso, con el ceño fruncido. "¿El viaje ha sido demasiado para ti? Sé que han pasado muchas cosas".

Se sorprendió al sentir que se le llenaban los ojos de lágrimas. No recordaba la última vez que alguien la había abrazado y se había compadecido de su situación. Debería apartarse. Abrió la boca para hablar, pero temió sollozar, así que se mordió el labio y volvió a sacudir la cabeza.

Por un momento la miró a la cara, como si tratara de descubrir por sí mismo lo que ella sentía. Y de repente la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Y en ese momento todo cambió. Ella olió los leves rastros de su aftershave, de sudor limpio y de una masculinidad absoluta que nunca antes le habían llegado así. Por separado los había percibido, pero combinados tenían una fuerza que no sabía si podría resistir.

Apoyó las manos en su pecho con la intención de apartarlo, pero no lo hizo. En lugar de eso, sus dedos se extendieron sobre el fino algodón de su camisa, registrando los músculos y el duro pecho que había debajo. Sin pensarlo, apoyó la mejilla en su pecho. Los pelos le hacían cosquillas en la mejilla y, cuando se movía, estimulaban su piel. Podía oír y sentir el latido de su corazón a través de su oído y de su cuerpo. Era como si se hubieran convertido en uno, fundidos por el pulso de su sangre bombeando por sus venas y el contacto de su piel contra la de ella.

Los latidos de su corazón se aceleraron cuando, en lugar de apartar las manos, ella las deslizó sobre su pecho, buscando con las yemas de los dedos los tendones y músculos ondulantes que se movían bajo su contacto.

"¿Qué haces, Ela?", le preguntó, su voz retumbando en su oído, fundiéndose con los latidos de su corazón, haciéndole sentirle como nunca antes había sentido a otra persona.

Movió la cabeza para apoyar la frente en su pecho desnudo y sus pestañas parpadearon sobre su piel. Estaba a un suspiro de besar la parte desnuda que dejaba al descubierto su camisa abierta. No se le pasó por la cabeza ningún pensamiento mientras apretaba los labios contra su carne desnuda.

De repente, sus manos rodearon su cabeza y la obligaron a mirarle. Sus ojos oscuros brillaban de sorpresa y de algo más, algo más peligroso. Durante un largo instante no supo si iba a besarla o a gritarle. Para su amarga decepción, el deseo en su mirada se desvaneció y sus ojos se endurecieron.

"¡Ela! ¿Qué demonios crees que estás haciendo?"

Ella tragó saliva. "Yo... quería besarte".

"¿Besarme?", repitió, negando con la cabeza.

"Nunca antes había besado a un hombre. Nunca he sido abrazada tiernamente por un hombre". Una mirada que ella habría descrito como de decepción apareció en sus rasgos. Era Xander, se recordó a sí misma. Se aclaró la garganta. "Sólo quería saber cómo era".

Su gruñido de sorpresa recorrió todo su cuerpo, del mismo modo que lo hacían los latidos de su corazón, llenándola de sí misma y creando en su cuerpo patrones de sensaciones totalmente nuevos.

"¿Y cómo fue?" Su voz era un poco más baja ahora.

Ella le miró. "Fue... agradable".

"¿Y sabes qué más es bonito?" Ella negó con la cabeza. "Un beso en los labios", continuó. "¿Te gustaría probar eso?"

Era muda. No podía evocar ninguna palabra, aunque quisiera. Y las palabras eran lo último en lo que pensaba en ese momento. Asintió con la cabeza. No había otra respuesta sincera que pudiera dar.

Sus hermosos labios, ligeramente curvados en la comisura, fue lo último que vio antes de que se apretaran contra los suyos y todo cambiara. Lo primero que sintió fue una invasión devastadora, aunque no inoportuna, de su intimidad, cuando el calor de su aliento y sus labios la envolvieron. Al principio, su contacto fue tentativo, pero cuando de repente se dio cuenta de que sus manos se habían deslizado hasta la espalda de él, acercándolo más a ella, el beso se hizo más intenso. Lo sintió gemir en su boca, lo que despertó de inmediato una sensación en su interior que amenazaba con hacer descarrilar sus sentidos.

Oyó su respiración acelerada y se sorprendió vagamente al darse cuenta de que era la suya. Sus manos también la rodeaban y, cuando sintió su lengua en contacto con la suya, su reacción se disparó. Apretó su cuerpo contra el de él, en una reacción puramente intuitiva, puramente animal. Lo único que sabía era que necesitaba ese pecho duro apretado contra ella, esos brazos rodeándola, para poder unirse a él. Se encontró haciendo cosas que no sabía que podía hacer, y que no sabía que quería hacer, alzándose contra él. Sintió que una dureza creciente le oprimía el estómago.

Al final se apartó, arrastrándose como si le hubieran drogado y la lentitud química luchara contra su fuerza de voluntad. “¡Ela!” Maldijo en voz baja.

Una vez más, se puso de puntillas para animarle a besarla de nuevo. Pero él no hizo ningún movimiento para reclamar de nuevo sus labios. Puso las manos detrás de su cabeza y tiró de él hacia ella, tratando de darle órdenes, tratando de usar toda su fuerza de voluntad para conseguir lo que quería de aquel hombre testarudo. Pero él seguía sin ceder.

“Bésame otra vez, Xander, *quiero* que me beses otra vez”.

“No, Ela, no es posible”.

Ella negó con la cabeza. “Te equivocas, *es* posible, claro que sí, me acabas de besar. Quiero que me beses así otra vez”.

“Eso”, dijo él, pasándole los pulgares por las mejillas mientras le sujetaba la cara entre las manos, “no es una buena idea. Te besé una vez porque nunca te habían besado”.

Se sintió sorprendida y desinflada. “¿Sólo me besaste porque sentías pena por mí?”

Otra vez esa ligera mueca de los labios. “De ninguna manera, Ela. Te besé porque quise, y también porque quería que supieras cómo era. Un beso es una cosa, el segundo beso es un asunto totalmente diferente”.

“Tal vez quiero que la materia diferente.”

“Y tal vez yo también. Pero no va a suceder. Estás aquí porque confías en mí. Y muy pronto dejarás de confiar en mí si te vuelvo a besar”.

Sacudió la cabeza. No podía imaginar no confiar en él. “*Quiero* que me beses”. Podía oír su tono imperioso de vuelta, y no le gustaba.

Reaccionó al instante y se apartó. Sus manos le agarraron los hombros como antes, pero esta vez no lo hizo para que confiara en él, sino para alejarla de él.

“Te repito, Ela”, dijo, “esto no va a pasar. Ahora, déjame enseñarte dónde vas a dormir”. La condujo a un dormitorio que era obviamente personal, obviamente masculino. Ella lo miró mientras la confusión de la lujuria se desvanecía lentamente y la comprensión aparecía. “Pero esta es tu habitación, ¿no?”

La soltó y se apartó. “Ahora es tuyo, todo el tiempo que quieras”. Indicó una puerta de interconexión. De momento dormiré en el vestidor. Nadie viene a estas habitaciones a menos que

yo se lo pida". Esbozó una pequeña sonrisa. "Simplemente supondrán que estoy volviendo a las costumbres de estudiante baboso que tenía de niño. Aquí estás a salvo, Ela. Estás a salvo de los demás y estás a salvo conmigo".

"Pero no volviste a besarme como te pedí". No pudo soportar más mirarle a los ojos para ver su burla.

"Ela, ¿no lo entiendes? No podía confiar en mí misma. Una cosa podría llevar a la otra y tu virginidad no es una cosa para tomarse a la ligera."

Sus palabras fueron como un chorro de agua fría en un día caluroso. Jadeó cuando el shock se llevó los últimos restos de excitación y la enfrentó de frente a su realidad. Sintió una ráfaga de ira: contra su pasado, contra lo que le había ocurrido y contra la suposición de Xander.

"No soy virgen, Xander. No. Virgen". Prácticamente escupió las últimas palabras a través de unos labios rígidos, que habían olvidado el beso.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos y, se dio cuenta, comprensivos. "Y, sin embargo, dices que nunca has besado a nadie".

Se quedó en silencio, horrorizada. Había permitido que su ira la abrumara y revelara su secreto, su vergüenza interior. Tragó saliva y sacudió la cabeza, mientras su mente se apresuraba a intentar retirar las palabras que había pronunciado, a formar palabras que las borraran.

"I..." Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Se las enjugó y se apartó de él. No podía dejar que él la viera. "Estoy cansada", susurró con voz entrecortada.

Guardó silencio unos instantes, esperando a que ella hablara, pero no pudo. Sólo había que unir los puntos para formar una verdad que ella se negaba a expresar.

Incluso cuando sintió su ligero toque en el brazo, se negó a volverse hacia él.

"Por favor, vete", dijo ella, con el rostro llameante y empapado de lágrimas torcido, alejándose de él.

Le oyó salir y cerrar la puerta tras de sí.

Estaba sola una vez más. Como siempre. Excepto que ahora, después de la cercanía que había sentido sólo unos minutos antes, se sentía más sola que nunca; después de la casi revelación de una vergüenza que pocos conocían, se sentía más vulnerable que nunca.

Sin desvestirse, se metió en la cama, se hizo un ovillo y lloró como debería haber llorado años antes.

Xander cerró la puerta en silencio y se dirigió al armario de las bebidas. Se sirvió un generoso whisky, frunció brevemente el ceño en su profundidad ambarina antes de beberlo de un trago y dejar el vaso vacío sobre la mesa. Necesitaba aquel potente calor para contrarrestar el fuego que sus palabras habian encendido en su corazon.

Se dio la vuelta y miró por la ventana, por encima de las luces de su ciudad, hacia la cordillera que marcaba la divisoria entre su país y el de Ela, con un solo pensamiento en la cabeza.

¿Qué demonios le había pasado a Ela, que ya no era virgen, y sin embargo nunca había sido abrazada tiernamente por un hombre, nunca había sido besada? Porque él no dudaba de la veracidad de sus afirmaciones. Una cosa segura que sabía de Ela era que nunca mentía. Lo que dejaba una pregunta, cuya respuesta no podía soportar contemplar.

CAPÍTULO 5



"NO TIENES ELECCIÓN, XANDER", CONFIRMÓ ZAVIAN. "ESTAMOS TODOS DE ACUERDO. ELAHEH debe seguir contigo. Las posibilidades de ser detectada son mayores si se muda y, además, nadie sospechará que está contigo, dada vuestra evidente y pública antipatía mutua."

Xander clavó la mirada en la pantalla del ordenador, que estaba dividida en cuatro: una para él, otra para Amir y Zavian y la última compartida por Roshan y Shakira.

"Es imposible", dijo Xander.

Shakira se inclinó hacia delante. "¿En qué sentido?"

La mente de Xander se llenó con el recuerdo del dolor y la vulnerabilidad que había visto en el rostro de Elaheh, y la persistente pregunta que le había impedido dormir: ¿cómo había perdido la virginidad sin un solo beso o una tierna caricia? La bilis se le subió a las tripas y sintió que le subía la rabia al pensarlo. La rabia debió de reflejarse en su rostro, porque cuando se volvió hacia las cámaras, Roshan negaba con la cabeza y los demás parecían preocupados. Pero fue Shakira quien habló primero.

"Xander, tienes que intentar ignorar sus arrebatos". Xander gruñó suavemente en voz baja, consciente de que Shakira y los demás habían malinterpretado su respuesta. "Bajo esa fachada exigente e imperiosa hay una mujer que necesita tu ayuda".

Apretó los dedos contra sus ojos cerrados, tratando de forzar a la ira a retroceder. No lo consiguió. Miró a cada uno de los reyes por turno antes de dejar que su mirada se posara en Shakira. Por un momento pensó en decirles lo que sospechaba. O, al menos, decírselo a Shakira. Pero, ¿qué podía decirles? Nada seguro. Sólo tenía sospechas, al menos por ahora. Pero juró que descubriría la verdad, y la única manera de hacerlo era seguir protegiéndola. "Lo sé", dijo finalmente. "He despejado los próximos siete días de todos los compromisos y reuniones."

"Bien". Shakira se recostó en su asiento, su bello rostro mostraba alivio. No era la primera vez que Xander se preguntaba qué habría pasado si se hubiera quedado la noche del baile de máscaras. Si habría tenido alguna oportunidad con la misteriosa y hermosa Shakira. Lo dudaba. Y se alegró, porque en su lugar había ganado una amiga y una querida cuñada.

"Sé que no te gusta especialmente Elaheh", dijo Amir. "Pero *tendrás* que mantenerla cerca hasta que sepamos quién está detrás de estas amenazas. Xander, no puedes perderla de vista".

"Amir, puedo ser muchas de las cosas que la gente dice de mí, pero una cosa que no soy es deshonroso. Mantendré a Elaheh a salvo porque soy incapaz de hacer otra cosa. Pero" -se inclinó hacia la cámara, mirándolos a cada uno por turno, necesitando volver al Xander que conocían y comprendían, porque era el único Xander *que* conocía y comprendía- "cuando me vuelva loco, ¡quiero que asumas la responsabilidad!".

El tono más ligero rompió el hielo y le devolvieron una sonrisa de alivio. Suspiró, apagó el

ordenador y se levantó de un salto. Tenía que escapar. Y sabía exactamente adónde ir: el único lugar donde podía alcanzar una sensación de paz, donde nadie podía llegar hasta él. Nadaba solo en una playa privada todos los días, normalmente a primera hora de la mañana, pero esta mañana su baño se había retrasado por la conferencia telefónica. A veces pensaba que el baño diario era lo único que le mantenía cuerdo.

Cogió sólo lo imprescindible, pero no había llegado hasta la puerta cuando oyó que le llamaban por la puerta que daba al dormitorio en el que dormía Elaheh. Se detuvo en seco al oír la voz de Elaheh. Era una voz hermosa, profunda para una mujer tan delgada, y más atractiva de lo que parecía en persona. Le afectó, igual que le había afectado la visión de la mujer real y vulnerable de la noche anterior. Una parte de él quería seguir adelante, quería volver a la rutina que conocía, pero una parte mayor de él no podía apartarse de aquella voz.

Llamó a la puerta y ella abrió inmediatamente, como si hubiera estado esperando. Lo primero que notó fue que no llevaba el hiyab para cubrirse el pelo. Su melena oscura seguía apartada de la cara, pero con un estilo más suave. Es de suponer que no estaba acostumbrada a peinarse ella misma, porque tenía algo de entrañablemente desordenado que aflojó aún más el tornillo dentro de él, ablandándolo aún más hacia ella.

"Ela". El apodo se le escapó antes de que pudiera evitarlo. Pero esta vez no vio el ceño fruncido correspondiente más abajo en su cara. Parecía preocupada y vulnerable. Recordó las palabras de Shakira. Esta mujer necesitaba su ayuda, ni más ni menos. "No llevas tu hijab. ¿Está todo bien?"

Apretó los labios y esbozó una breve sonrisa. "Tan bien como puede ser, teniendo en cuenta que estoy escondido".

Él le respondió con una sonrisa. "Esperemos que no sea por mucho tiempo".

"En efecto. Su barbilla se inclinó en un ángulo determinado, pero la sonrisa aún permanecía en sus labios. "No llevo el hiyab porque he tenido una videollamada con mis asesores. Quería que pudieran verme con claridad, que vieran que me encontraba bien. Gracias, por cierto, por prepararme el ordenador".

"De nada. Si el técnico se preguntaba por qué quería que se instalara sin posibilidad de ser rastreado, no me lo preguntó".

Su sonrisa se calentó. "Eres el rey, después de todo. Tus órdenes deben seguirse sin cuestionarlas".

"Cierto. Aunque creo que tardaré algún tiempo en acostumbrarme. ¿Cómo fue la llamada? ¿Les satisfizo?"

"Creo que sí. Es sobre eso que deseo hablar contigo".

"¿Qué pasa, Ela?", preguntó, ahora con voz más suave.

Se arrancó la abaya con una despreocupación poco habitual en ella. La sonrisa se había esfumado, se había convertido en duda e incertidumbre.

"¿Ha pasado algo?", insistió.

"Mi visir me pidió que le dijera dónde estoy. Dice que necesita saberlo por razones de seguridad". Ella lo miró con esos hermosos ojos felinos que se curvaban de una manera que nunca dejaba de excitarlo. Incluso cuando ella le enfurecía, él tenía que luchar contra una excitación igual de fuerte.

Frunció el ceño. "¿Se lo has dicho?"

"No. Pero yo quería. He crecido con el hombre. Lo sabe todo sobre mí. Seguramente no estaría de más tranquilizarlo. Dice que está terriblemente preocupado por mí".

"No se lo digas".

“Pero tengo que decírselo a alguien, en algún momento. No puedo quedarme aquí para siempre”.

“No se lo digas”, repitió. “Hasta que no encontremos a la persona que te envió esa carta no es seguro decírselo a nadie”.

“De acuerdo”, dijo ella, en un tono sorprendentemente manso. Le dolía verla disminuida y viviendo con miedo. Casi deseaba que volviera su actitud imperiosa. Casi. Ella miró la toalla que él sostenía. “¿Vas a alguna parte?” Su tono era tan melancólico como su expresión. Nunca había visto sus ojos tan vulnerables. El consejo de Shakira se repitió en su cerebro.

“Sí”. Hizo una pausa, pero no se atrevió a alejarse de ella. “¿Te gustaría acompañarme?”

A ella se le iluminó la cara y a él se le encogió el corazón. “Sería estupendo. No soporto la idea de quedarme aquí encerrada ni un momento más. ¿Adónde vais? ¿A las montañas?”

Frunció el ceño. “¿Por qué iba a ir a las montañas?”

La luz de su rostro se apagó un poco. Se encogió de hombros. “Es donde siempre voy cuando quiero tiempo libre”.

“¿Por qué?” Se quedó perplejo.

“Porque es tranquilo y hermoso y es mi lugar. Pero... no vas a ir allí”.

Sacudió la cabeza. “No, voy a la playa. Nado todas las mañanas”. Le tocó a ella poner cara de perplejidad.

“¿Por qué?”, preguntó ella.

“Porque”, dijo con firmeza, “es tranquilo y hermoso y es mi lugar”.

Hubo una pausa antes de que ambos estallaran en carcajadas al mismo tiempo. Ela fue la primera en hablar.

“Tú y yo somos opuestos, ¿no?”

“En cierto modo, sin duda. Pero aún eres bienvenido si puedes soportar la playa”.

“Eso me gustaría. Y luego, tal vez, cuando sea seguro, podemos ir a las montañas”.

Habría sido una grosería por su parte negarse, y la mirada de ella definitivamente no le hizo querer hacerlo.

“Por supuesto. Y me gustaría”. No sabía por qué había añadido eso. Las palabras surgieron de algún impulso profundo. “Vamos entonces.”

“¿Estás seguro de que es seguro?”

“Absolutamente. Es privado. Ni personal, ni público, sólo la familia real y sus invitados más honorables tienen acceso a estas habitaciones, y al camino a la playa.”

“De acuerdo”. Ella asintió y le dedicó una media sonrisa. Su inexperiencia le inquietó. “Claro”, repitió ella, tratando de sonar más segura. No lo consiguió.

Abrió la puerta. “Por aquí.”

Se detuvo en el impresionante vestíbulo abovedado, como él sabía que haría. Estaban rodeados por todas partes de azulejos decorativos y columnas y retratos dorados de la realeza anterior, que ella no habría visto en la oscuridad de la noche anterior. Intercambiaron miradas. “Esto es precioso”, dijo ella, arqueando el cuello para mirar hacia arriba, donde la luz de la mañana se colaba por las ventanas del claristorio. “Y fresco”.

Señaló hacia arriba. “Son las rejillas de ventilación. Permiten que la brisa marina entre en los pasillos y las habitaciones. Lo hace más confortable todo el año”.

Respiró hondo. “Y además huele de maravilla”, dijo, mientras seguían caminando.

“Los jardines se establecieron hace siglos y están bien cuidados. ¿Es tan diferente a su propio palacio?”

Ella sonrió y enarcó una ceja. “Nunca has estado allí, ¿verdad?”

Sacudió la cabeza. “No, no he tenido el placer”. No es que lo hubiera pensado en esos términos antes.

Se detuvo junto a una gran maceta rebosante de flores estriadas de color carmesí. Acarició los pétalos aterciopelados de una flor. “Sí, es muy diferente. La dureza del clima de mi país y la dureza de mi pueblo se reflejan en los edificios. Mi palacio es mucho más antiguo y...”. Dudó mientras miraba a su alrededor, como buscando a tientas la palabra adecuada. Luego se volvió hacia él, llevándose la flor a la nariz para aspirar su fragancia. “Y menos decorativa, podría decirse”. Xander supuso que sí. Había oído que su palacio parecía una prisión. “Tampoco podemos cultivar tiernas flores exóticas como éstas”, continuó ella, mirándolo con aire culpable. “Pero, por supuesto, tiene muchas otras cualidades que son magníficas”.

“Por supuesto”. No se le ocurría ninguna. Y parecía que a ella tampoco.

Echó un vistazo a los cuadros y se detuvo en uno. Miró a Xander. “¿Quién es éste?”

No necesitó mirar para saberlo. “Mi bisabuela. Era una belleza”.

Se volvió demasiado deprisa y le sorprendió mirándola *a ella*, no al retrato. Su bisabuela había sido una gran belleza, pero era la propia belleza de Ela la que él no podía dejar de admirar. Ella se sonrojó y volvió a girarse rápidamente.

“Estaba pensando que se parecía a ti”, dijo Ela.

“¿Eso la hace más bella o menos?”, preguntó Xander, disfrutando de jugar con esta versión más vulnerable de Ela.

Enarcó una ceja y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. “¿Buscando cumplidos?”, preguntó.

Se acercó un paso más. “Es agradable pensar que te admira alguien que te gusta”.

Su sonrisa disminuyó, pero no su aire de vulnerabilidad.

“Te gusto”. Había una sensación de asombro en su voz que le sorprendió.

“Eso ni siquiera era una pregunta, ¿verdad?”

Se encogió de hombros. “Estoy sorprendida, eso es todo. Después de todas las discusiones que hemos tenido, después de todos los desacuerdos. Me sorprende saber que te gusto”.

“Entonces te sorprenderá saber que siempre me has gustado”.

“¿Entonces por qué fuiste tan antagónico conmigo?”

“¿Yo, antagonista? Eso es rico. Dejaste bien claro que no tenías tiempo para mí. ¿Cómo me llamaste una vez, ‘un playboy diletante y arrogante’?”

“Pues lo eres. O, al menos, lo eras”.

Sus labios volvieron a pellizcarse de diversión. “Así que ya no me consideras así”.

La confusión se reflejó en su bello rostro.

“¿Qué pasa?”, preguntó, dando otro paso hacia ella.

Ella extendió la mano para detenerle. “No lo hagas.”

“¿No qué?”

“Acércate tanto”. Se encogió de hombros. “Puedo soportar que estés cerca y no hables, y puedo soportar preguntas difíciles si no estás cerca. Pero no puedo con las dos cosas a la vez”.

La idea de que podía perturbar su imperturbable confianza hizo que su libido se disparara. Pero necesitaba concentrarse, no seducir. “Entonces me alejaré, porque realmente me gustaría una respuesta a mi pregunta.”

Apretó la palma de la mano contra el pecho como si tratara de calmarse. Eso también le gustó. “¿Cuál era la pregunta?”

Sonrió. “En realidad no era una pregunta. Más bien una afirmación intrigada. Me sorprendió que ya no me consideraras un playboy arrogante. Supongo que quería oírtelo decir otra vez”.

Ella apretó los labios como si no supiera qué responder. Tras unos largos segundos que él estaba decidido a no interrumpir, sonrió y se acercó a él, aparentemente habiendo superado su inseguridad. “Tú, Xander, estás necesitado. Y no, no voy a extenderme en esa afirmación. Tendrás que hacer de ello lo que quieras”.

Sonrió y sacudió la cabeza con desesperación. La antigua Elaheh acababa de resurgir. Era un enigma. En un momento aterradora, al siguiente vulnerable como el infierno. En un instante pensó que en ambos estados era absolutamente hipnotizante. Se apartó de repente. Lo que necesitaba era un buen baño, largo y refrescante.

Suspiró pesadamente y la siguió hasta el jardín.

Elaheh se sintió aliviada al comprobar que Xander estaba en lo cierto y que el camino a la playa era, en efecto, corto y totalmente privado. El sendero daba paso a una pequeña cala resguardada, bordeada de árboles y protegida de la ciudad por un promontorio rocoso.

En cuanto Xander puso un pie en la arena, inclinó la cabeza hacia el sol, cerró los ojos y suspiró.

“Se siente bien”, dijo. “¿Vas a entrar en el agua?”

“No, gracias. No me gusta nadar. Me sentaré a la sombra”.

Empezó a quitarse la ropa y Elaheh apartó rápidamente la mirada y se dirigió hacia unas sillas y mesas colocadas bajo la sombra de grandes palmeras. A su lado había un bar con techo de paja, sin duda provisto de todo lo necesario, desde el omnipresente champán hasta cualquier otra cosa que un miembro de la realeza pudiera necesitar para relajarse.

“Sírvete una copa”, gritó.

Abrió la nevera de bebidas, dejando que el aire frío abanicara su piel caliente durante unos segundos antes de mirar por encima de la barra hacia donde él se estaba desnudando. No podía apartar los ojos de él. Mientras él se despojaba de la camisa, ella sólo era consciente de una cosa: la forma en que sus músculos se contraían y estiraban al subir y bajar los brazos. Su piel oscura brillaba con una capa de sudor que le hizo la boca agua. El pensamiento la alarmó, pero no le impidió pensar en él. Los rayos de sol y las sombras resaltaban el contorno de sus hombros. Se alegró de que estuviera de espaldas a ella. Podía mirarle sin ser observada. De pie, en bañador, pudo admirar sus musculosas piernas, piernas de corredor, pensó distraídamente. No es que hubiera visto antes las piernas de un hombre, corriendo o andando. Pero si las había visto, sabía que serían así.

Corrió hacia el mar y se zambulló en el agua. Casi podía sentir el frío del agua golpeando su piel caliente. Se estremeció mientras él nadaba con fuerza hacia el mar. Lo observó hasta que le dolieron los ojos y se convirtió en un punto en la distancia.

Con un suspiro, cerró la nevera y abrió una lata de refresco. Apenas había dormido la noche anterior y de repente se sintió agotada. La tensión que la había mantenido en pie toda la mañana se disolvió de repente bajo el sonido del rítmico balanceo y arrastre del océano en la playa de arena. Se tumbó en la tumbona, cerró los ojos ante el parpadeo de las sombras creadas por las hojas de las palmeras y se perdió en sueños con Xander, mientras el sueño se deslizaba sobre ella como un edredón suave y ligero.

Xander miró a Ela con el ceño fruncido. Estaba profundamente dormida en la tumbona, protegida del sol por las hojas danzantes de una palmera. Tenía un aspecto tranquilo que nunca

tenía cuando estaba despierta. También parecía joven e intensamente vulnerable. Odiaba eso porque sabía que sacaba lo mejor de él. Y lo mejor de él le haría la vida muy difícil.

Cogió la toalla y empezó a secarse de espaldas a ella. No quería que ella pensara que la había estado mirando. Sacó una botella de refresco de la nevera y se tumbó en una tumbona a su lado. A media mañana soplaba la brisa marina y las hojas de las palmeras se mecían sobre sus cabezas. Mientras sorbía su bebida y miraba con determinación al mar, y de vez en cuando a Ela, no podía evitar pensar y sentir un millón de cosas que nunca antes se había permitido sentir.

Cuando ella se despertó y se volvió para mirarle, con las nubes del sueño aún presentes en sus ojos, él supo que estaba haciendo algo más que cuidarla: se estaba enamorando de ella y no estaba seguro de poder salir de su hechizo.

“He estado durmiendo”, dijo sorprendida, sentándose. “Nunca duermo durante el día”.

“Tal vez tu sueño nocturno ha sido perturbado”.

“Siempre lo es. Simplemente duermo mal”.

“En ese momento no lo estabas”, le dijo, tendiéndole una copa.

“Es extraño”, dijo, su estado de ánimo relajado todavía prevalece. “Hay algo en este lugar que me hace sentir...”. Frunce el ceño. “Tranquila y...”

“A salvo”, le preguntó. Ella se volvió hacia él y asintió.

“No recuerdo la última vez que me sentí así”.

“Eso es bueno.” No añadió que le hacía sentir bien poder protegerla, poder hacerla sentir segura. Él no pensó que ella apreciaría ese conocimiento. Al menos, todavía no.

“¿Lo es?” Su hermoso ceño se frunció. “¿No debería sentirme segura y tranquila en mi propia tierra?”.

Asintió lentamente. “Deberías, y lo harás. Una vez que te hayas quitado esto de encima”.

“Incluso antes de esto siempre me sentí... en guardia”.

Recordó las palabras de Shakira. “A la defensiva”.

“Sí, he tenido que serlo”.

Instintivamente, alargó la mano y se la puso en el brazo. Ella levantó la cabeza bruscamente. “No necesitas defenderte de nadie aquí, ni de nadie en el futuro. Me aseguraré de ello. No habrá nadie que te ataque”.

“¿Cómo puedes estar tan seguro?”

“Porque me aseguraré de ello”.

Ella sonrió. “Gracias. No sé *cómo te* asegurarás de ello, pero aprecio el sentimiento”.

Ella levantó las piernas del sillón reclinable y él vislumbró unos tobillos delgados y unos pies estrechos al levantarse brevemente la abaya. Su delicadeza le impresionó. Levantó la vista y la encontró mirándole. Ella se levantó y se cubrió las piernas con la abaya.

Se levantó y miró con determinación hacia la línea azul marino del horizonte. Entrecerró la mirada como si estuviera mirando algo en particular. Pero lo único que hacía era pensar en *alguien en particular*: la mujer que permanecía, insegura, a su lado.

Ambos empezaron a hablar al mismo tiempo.

Xander se pasó los dedos por el pelo corto. “Tú primero”.

“No, por favor.”

“Sólo quería disculparme, Ela. Nunca debí haberte besado anoche”.

Entrecerró sus hermosos ojos. “¿Y eso por qué?”

Se encogió de hombros. ¿Cómo podía expresar sus pensamientos con palabras? “Fue un impulso, y no debería haberme dejado llevar. Lo siento”.

Su rostro se tornó pálido e impasible, carente de emoción. Gruñó y se encogió de hombros.

“No tiene importancia”.

Le tocó a él sentir cómo la emoción se convertía en escalofrío. Él sintió lo contrario. Se había disculpado porque se *había* sentido importante. Y oír de ella que no significaba nada le hizo sentirse un idiota.

Tenía la boca firme y los labios fruncidos mientras se alisaba la abaya, mirando a todas partes menos a él. Sus acciones reforzaron el hecho de que él no era más importante para ella que alguien que la protegiera en ese momento de necesidad. Y él sabía que en cuanto esa necesidad terminara, ella se iría.

“Ya es hora de que volvamos”, dijo tajantemente. “Puede que haya noticias”.

“Claro”, dijo. “Además de mis averiguaciones, los otros reyes y Shakira también están investigando”.

“Bien. Entonces estoy seguro de que no tendré que ser tu invitado no deseado por mucho más tiempo”.

Giró sobre sus talones y cruzó la playa en dirección al sendero. Lo único que él pudo hacer fue seguirla y pensar que no había tardado mucho en volver a sus viejas y frías costumbres.

Se estaba enamorando de ella y no quería. Se pondría en contacto con Roshan y los demás y hacerles saber que ella definitivamente no podía quedarse aquí por más tiempo. Tenía que irse. Pero, incluso mientras pensaba esto, sabía que sólo la dejaría ir si estaba a salvo. Puede que no tuvieran futuro juntos, pero eso no hacía que dejara de preocuparse por ella.

Elaheh caminó rápidamente por la pista hacia el palacio. No se atrevía a mirarle por si su frialdad exterior se arrugaba, y él se daba cuenta de la verdad: que ella le había mentido. Le había dicho que su beso no era importante, y lo era. Porque su beso le había hecho darse cuenta de que lo deseaba como nunca antes había deseado a un hombre. Porque por primera vez en su vida pensó en un hombre sin miedo y sin aversión.

Pero se había equivocado. El beso la había engañado hasta casi hacerle creer que podía tener lo que tantas mujeres de todo el mundo tenían: el amor de un buen hombre, tanto físico como emocional. Y no podía. Porque aunque Xander tuviera algún interés en ella -y desde luego no parecía que lo tuviera-, ese interés desaparecería rápidamente en cuanto supiera la verdad sobre ella.

CAPÍTULO 6



AL DÍA SIGUIENTE, ELAHEH SE DESPERTÓ CON LA LLAMADA A LA ORACIÓN DEL ALMUÉDANO desde la gran mezquita de la ciudad. El aire fresco de la brisa marina acarició su piel desnuda y sintió una paz inusual. Entonces recordó dónde estaba. *No era* su país. *Ni en* su palacio. Un golpe en la puerta le hizo coger las sábanas y darse cuenta de que había sido el sonido lo que la había despertado de su profundo sueño. Se incorporó sobresaltada.

Se deslizó por la cama. "¡Ven!"

Xander abrió la puerta despacio y miró hacia dentro con recelo. Apartó la mirada bruscamente. "Lo siento -dijo, mirando la puerta-, no creí que aún estuvieras en la cama. Volveré más tarde".

"¿Has encontrado algo?", preguntó.

Se detuvo a medio camino de cerrar la puerta, con la mano agarrando el picaporte como si fuera un salvavidas. "No", dijo, con los ojos todavía firmemente desviados de ella. "Desgraciadamente, no. Nuestras investigaciones no han revelado nada. Pero tenemos una pista sobre el papel utilizado y la estamos investigando".

"¿El papel de carta?"

"Sí, cometió el error de utilizar un papel con sello de calidad que procedía de un solo fabricante. Tengo a alguien en París comprobando los minoristas que lo almacenan. Por supuesto, las ventas en línea serán difíciles de rastrear. Pero no imposible".

Ella asintió lentamente, su mente corriendo para tratar de recordar si conocía a alguien que hubiera regresado de París en el último año. "Olvidas que mi país no se prodiga mucho en ventas por Internet". Ella lo miró, congelado en el camino de la puerta, hablándole a la puerta. "¡Xander! Pasa. No creo que necesitemos hacer ceremonias con todo lo que está pasando".

"De acuerdo", dijo cerrando la puerta y entrando en la habitación, con los ojos aparentemente fijos en la vista que había fuera de la ventana. "Bien", dijo como si tratara de convencerse a sí mismo de que realmente estaba bien.

Ella gruñó de impaciencia. "Quédate ahí, y me pondré la bata".

Cuando él le dio la espalda, ella saltó de la cama y cogió una bata, atándosela firmemente. "Ya puedes darte la vuelta".

Pero cuando él se volvió, ella se ruborizó, pues la expresión de sus ojos no era tan seria como ella había previsto.

Carraspeó y apartó las manos de la faja anudada, que era lo único que ocultaba su desnudez. Le miró fijamente a los ojos. "Como ya te he dicho, las compras por Internet no están muy extendidas en mi país.

"Eso lo hace más fácil. Esperemos tener noticias pronto. Pero, mientras tanto". Apretó los

labios como si se resistiera a hablar.

"¿Mientras tanto?", preguntó ella. "¿Qué? ¿Quieres que me vaya?"

"Sí. Tenerte aquí, está resultando... difícil."

"¿Para quién? Eres el único que sabe que estoy aquí".

Asintió con la cabeza. "Para mí. Nuestra relación nunca ha sido fácil y, me temo..." Se interrumpió, como si se quedara sin palabras. Nunca se quedaba sin palabras.

Levantó la mano como para detener un flujo de palabras que ya se había detenido. Era evidente que se arrepentía profundamente de su breve beso. Eso la enfadó, porque no podía arrepentirse. "Está bien. No hace falta que digas nada más. Lo que quieres decir está muy claro. Quieres que me vaya, y lo haré".

Suspiró y puso las manos en las caderas, la ira de ella derrumbando los últimos jirones de incomodidad que le quedaban. "¡No hagas eso, Ela!"

"¿Hacer qué?"

"Hazte la reina conmigo. Saca conclusiones".

"Pensé que te gustaría que accediera a tus demandas. Pensé que te haría la vida más fácil".

"Nada que tenga que ver contigo me hará la vida fácil". Se miraron fijamente en un callejón sin salida. Fue Xander quien rompió el silencio. "Mira, no quería decir eso. Lo que quiero es que me escuches. No te estoy diciendo que me dejes. Digo que deberíamos irnos los dos juntos. He hablado con Roshan y ha sugerido que nos mudemos al palacio del desierto donde se reúnen los reyes. Allí estaremos menos... uno encima del otro. Habrá más espacio físico y, creo que estarás más cómodo en el desierto".

Inclinó la cabeza hacia un lado. "¿Y tú vienes conmigo?"

Asintió con la cabeza. "Está acordado".

De repente lo entendió. "Los otros te han convencido para que vengas conmigo".

Él asintió brevemente y ella lo comprendió todo. Estaba impaciente por deshacerse de ella. Una punzada de dolor la invadió, seguida rápidamente por una emoción desconocida que se negó a nombrar. La sofocó tan rápido como había surgido.

"No me había dado cuenta de que te caía tan mal. Cuando me besaste, no lo parecía". En el momento en que soltó las palabras, se arrepintió.

"¡Ela! Tienes que entenderlo. No me desagradas y disfruté de nuestro beso", añadió. Ella no sabía si estaba intentando persuadirse a sí mismo o a ella. "¡Pero eso es exactamente lo que hace que toda esta situación sea imposible! Eres vulnerable y no tengo intención de aprovecharme de esa vulnerabilidad. Y, para serte sincero, temo que las cosas se te vayan de las manos. A título personal", dijo, sin ocultar nada con su vaguedad.

Exhaló un fuerte suspiro de comprensión. "Ah. Puedes estar segura de que nada se te irá de las manos. No me entusiasma que mi futuro incluya a un hombre".

"¿Y eso por qué?" No había nada casual en el tono de su pregunta. Era evidente en el tono, en sus ojos y en la forma en que dejó de moverse y se quedó inmóvil, esperando su respuesta.

"Un hombre no me traerá ninguna alegría, y ciertamente no podré hacer feliz a un hombre".

"¿Y por qué?", repitió. Parecía decidido a llegar a la raíz de su dolor.

Se miraron fijamente durante unos instantes, en un impasse pétreo, mientras el secreto que ella guardaba en su interior empezaba a doler, como si quisiera encontrar el alivio de la apertura. Inspiró como si fuera a hablar, pero negó con la cabeza.

"¿Y eso por qué?" repitió Xander una vez más. Entonces dio un paso hacia ella y ella supo que su secreto estaba en peligro, mientras la coraza protectora con la que se había rodeado tan competentemente empezaba a resquebrajarse. El latido de su corazón se hizo más fuerte. Le

llenaba el cuerpo, los oídos, la cabeza. Creyó que iba a estallar cuando los latidos aumentaron de intensidad. No podía respirar.

¿"Ela"? repitió Xander. "¿Estás bien?"

No podía hablar. Si lo hacía, pensaba que el corazón se le saldría literalmente por la boca. O eso, o lanzaría un grito. E instintivamente supo que ese grito no sería un sonido femenino de alarma, sino que tendría toda la intensidad primitiva de un animal acorralado.

Entonces Xander hizo algo que ella deseaba no haber hecho: le tendió la mano tentativamente. Ella se quedó mirándole la mano y luego a él, y él retiró la mano hacia el costado.

Pero seguía sin poder moverse, consumida por los latidos de su corazón y el pánico creciente que había surgido de algún lugar profundo de su interior. Le recordó el momento y el lugar en que había sentido lo mismo. Después de aquello, lo había enterrado profundamente, lo había envuelto en un sólido tejido cicatricial y lo había embalsamado para que fuera hermético, hermético a las emociones, invulnerable. Pero ahora, de algún modo, después de tantos años, aquel hombre que tenía ante sí había resquebrajado su superficie dura y brillante con un leve golpecito de su mano y se había producido una fisura, que había dejado salir aquello que yacía en su interior.

"¿Ela? Tienes que decirme qué está pasando". Se puso de pie con las manos en las caderas, la ansiedad grabada en su expresión. Sus ojos recorrieron su rostro antes de suspirar pesadamente. "No iré a ninguna parte hasta que me digas qué pasa". Volvió a tenderle la mano y esta vez nada de lo que ella pudiera decir o hacer le haría detenerse. Le rodeó los hombros con las manos, bajó la cabeza y la miró fijamente a los ojos. "Sea lo que sea lo que escondes, tienes que decírmelo".

Intentó apartarle las manos, pero no se movían; trató de arañarle los dedos, de arrancárselos de la carne, pero sólo se los clavó más.

"No puedes apartarme esta vez, Ela. Es hora de que me digas qué demonios está pasando dentro de esa hermosa cabeza tuya. Dime qué te ha pasado, dime qué te ha hecho tener tanto miedo de los hombres. Dímelo -repitió.

Aterrorizada, apretó los labios y sacudió la cabeza, pequeñas sacudidas apretadas, pero los latidos de su corazón no hacían más que aumentar. Empezó a sentirse mareada, mientras el mundo se movía, se desplazaba, como si se partiera por la mitad, dejaba de tener sentido. Las lágrimas que habían empañado sus ojos se acumularon y resbalaron por sus mejillas. Ahora temblaba. Sus labios temblaban por el esfuerzo de mantener la boca cerrada. Entonces no pudo más y cerró los ojos con fuerza, con la esperanza de poder controlar el torrente de emociones que amenazaba con consumirla.

La acercó a él y la abrazó con fuerza. Fue como si la ola de emoción se transfiriera a él, aliviándola de la presión. Puede que no le hubiera contado su secreto, pero, de algún modo, él había aliviado su dolor.

Al final se apartó y la sujetó por los hombros con suavidad, escrutando sus ojos. "Ela, pase lo que pase, dímelo, por favor". Su voz también era suave ahora. Ya era hora.

Se mordió el labio y asintió. "Todos desean que me case. Pero..."

"Vamos", me instó.

"Tengo miedo. Del matrimonio. Me da miedo porque no hay forma de que pueda hacer feliz a ningún hombre". Se volvió hacia él, con las mejillas encendidas como un faro y los ojos brillantes por las lágrimas.

Frunció el ceño y ladeó la cabeza. "¿De qué estás hablando? Claro que puedes. Eres guapa, inteligente y" -suspiró- "muy sexy. Así que no entiendo por qué crees que no puedes hacer feliz a

un hombre".

No había querido decirle a nadie cómo se sentía. Era su secreto, encerrado en su interior junto con todos los demás traumas que había sufrido. Sellado con una patada.

"Quítamelo, no puedo".

"No, no aceptaré nada excepto la verdad. ¿Cómo puedo entender si no me lo dices?"

"La comprensión no es necesaria. El matrimonio no es para mí, y ya está".

"No me iré hasta que me des una respuesta adecuada. Dime por qué no deseas casarte".

Frunció el ceño ante su insistencia. ¿Por qué le importaba si se casaba o no? No era algo personal para él, ¿verdad?

"Por favor, Ela. Dime de qué tienes tanto miedo".

Se lamió los labios. "Relaciones, entre un hombre y una mujer". Su ceño se frunció. "Por el amor de Dios, Xander, me da miedo el sexo. Algo pasó, ya ves, y no puedo soportar la idea".

Sus manos se congelaron en sus hombros, al igual que sus ojos se congelaron en los de ella. Ella sintió el cambio en él como sabía que lo sentiría. Esperaba que él comprendiera, o al menos aceptara lo que estaba a punto de decirle. Pero en el fondo de su corazón sabía que no lo haría. Después de todo, era un hombre. Y a los hombres no les gustaban las cosas usadas, no les importaban las cosas desagradables.

"¿Qué ha pasado?", le preguntó con la voz ronca por la emoción. Esta vez ella no se resistió y levantó la barbilla para mirarle. De repente, toda la lucha la había abandonado.

"Fui violada. Era joven..." Tragó saliva. "Fue un extraño. Un nómada beduino. Loco, creo. Me llevó, hizo lo que hizo y luego me dejó en el campamento".

Vio cómo Xander se tragaba un nudo. No le quitó los ojos de la garganta mientras se convulsionaba. Era más fácil que ver el inevitable asco y lástima en sus ojos.

"¿Lo sabía tu padre?", preguntó finalmente.

"Él nunca lo supo. Mi madre lo mantuvo en secreto, se inventó una historia para tapar mis visitas al hospital". Él no habló y ella se dio cuenta de repente de que el ruido de los latidos de su corazón había cesado, y la invadió una inesperada sensación de paz. Lo peor había pasado. Su vergonzoso secreto había salido a la luz. Suspiró y levantó los ojos hacia los de él. Parpadeó mientras intentaba conciliar sus expectativas con la visión de Xander llorando.

No se trataba de un simple brillo en los ojos, sino de lágrimas que rodaban por su rostro y sus ojos... la expresión que había en ellos revelaba una profundidad de dolor y agonía, como ella no habría soñado que había en el interior de Xander.

Le acarició la mejilla con la palma de la mano. "¡Xander! Lo siento."

"¿Perdón?" No hizo nada para secarse las lágrimas, sino que la abrazó con fuerza. Apoyó la mejilla en su cabeza. Ella podía sentir la humedad de sus lágrimas penetrar en su pelo. No lloró. Pensó que nunca volvería a llorar. "¿Por qué lo sientes?"

"Por haber cambiado tu opinión sobre mí. No soporto la idea del sexo, nunca pienso tener sexo. Nunca podré hacer feliz a un hombre, y nunca podré ser feliz por un hombre. Es así de simple".

"Esto no tiene nada de sencillo". Maldijo en voz baja y le apretó la cara entre las manos. "Escúchame, Ela. Te equivocas. Te hicieron algo horrible y no fue culpa tuya. Te causó daños, que tampoco fueron culpa tuya. Y tu miedo al sexo, eso, tampoco es culpa tuya. No puedes seguir castigándote por algo que no fue tu culpa".

"Simplemente expongo los hechos".

"Vale, acepto que son hechos tal y como los ves ahora. Pero quiero que me prometas algo".

"¿Qué?"

“Quiero que me des una oportunidad, para mostrarte cómo puede ser el amor entre un hombre y una mujer”.

“Has sido muy bueno conmigo, Xander, pero no sé si puedo hacer eso por ti”.

“No quiero que hagas eso por *mí*. Quiero que lo hagas por *ti*. Mereces saber la verdad sobre la vida, sobre el amor. Te mereces un futuro feliz. Con o sin mí. ¿Lo harás?”

“¿Quieres infligirme lo que más temo? ¿Por qué debería prometerte algo que temo? ¿Por qué me harías eso?”

“Porque estás herido y quiero curarte”.

Ella negó con la cabeza y emitió un sonido burlón, pero él le puso el dedo en los labios.

“Espera, dame la oportunidad de explicarme. Digamos que tienes miedo a volar, ¿cómo lo tratas?”

“No volando. Eso sólo lo empeoraría”.

“Tienes razón. Pero mostrándote, poco a poco, que no tienes nada que temer, y todo que ganar. Te mostraré cómo cambiar tu forma de pensar al respecto”.

“¿Y cómo lo harás?”

“Haciéndote sentir bien”. Le apartó el pelo de la cara, y cuando su mirada recorrió su rostro y le sonrió tan amablemente, algo se derritió en su interior. El miedo. Ya no le tenía miedo. “No habrá dolor, ni incertidumbre, ni miedo. ¿Confías en mí?”

Asintió con la cabeza. No podía hacer nada más. En ese momento se comprometió con él como nunca lo había hecho con nadie. Le confió lo que más veneraba: sus miedos más íntimos.

“Bien”. Se apartó de ella. “Empezaremos esta noche, después de llegar al castillo del desierto.”

“¿Esta noche?” De repente, Miedo levantó la mano y la agarró de nuevo.

“Esta noche, Ela. Dormiremos juntos y, si quieres, te abrazaré. Y eso es todo lo que haré. ¿Esta noche entonces?”

A pesar de sus planes, ella sabía que le estaba pidiendo permiso para continuar.

Asintió y esbozó una breve sonrisa. “Esta noche”, confirmó.

Pero mientras lo veía alejarse, se preguntó en qué demonios se estaba metiendo. Pero, incluso mientras se lo preguntaba, sintió calma en su interior. La calma se mantenía. Al menos por el momento.

CAPÍTULO 7



EL CIELO DEL DESIERTO POR LA NOCHE SOLÍA RECONFORTAR A ELAHEH, PERO ESTA NOCHE NO.

Esta noche, todo era demasiado brillante, desde el cielo salpicado de estrellas hasta la luna menguante, que ya no estaba llena pero seguía brillando con demasiada intensidad en las llanuras abiertas que conducían al castillo desértico de Havilah.

Elaheh se mordió el labio y miró por la ventanilla del coche, deseando que las llanuras pedregosas, de un plateado bruñido bajo la luz de la luna, se hundieran en el oscuro olvido de las sombras de tinta que se acumulaban bajo los afloramientos rocosos y quedaran ocultas al mundo. Y a ella con él.

No quería que nadie la viera.

No quería que el mundo fuera testigo de sus miedos.

Miró a Xander, que conducía en silencio, con la mirada entrecerrada hacia delante o, de vez en cuando, hacia el espejo retrovisor, para comprobar que su equipo de seguridad le seguía. Las luces de sus coches confirmaban su presencia. Más luces en un mundo que parecía conspirar contra ella.

Volvió a mirar por la ventana. A pesar de que estaban sentados uno al lado del otro, se sentía distante de Xander, que era como ella quería mantenerlo. Pero sabía que su intención era la contraria y eso la asustaba.

Había sido fácil mantener a raya sus miedos a lo largo de los años, enterrados en lo más profundo de su ser, cubiertos por la tapa de cemento de su fuerza de voluntad, pero esa tapa de cemento había sido destrozada por Xander. Había repasado una y otra vez su conversación, intentando averiguar cómo había conseguido Xander que le contara su secreto. Decidió que habría sido capaz de guardar su secreto si él no la hubiera tocado.

Cerró los ojos al recordar cómo aquel simple toque en su brazo -una caricia tan suave y a la vez tan insistente- había enviado una carga invisible que había roto sus defensas y había hecho que la verdad saliera a borbotones, dejándola asustada y con ganas de arrastrarse hacia la oscuridad, donde nadie pudiera llegar hasta ella.

Tragó saliva y cruzó los brazos sobre el estómago, intentando calmar los rápidos latidos de su corazón y el malestar estomacal.

Entonces sintió su rápida mirada sobre ella y se sintió tan expuesta como si yaciera desnuda en la llanura iluminada por las estrellas. Sus miradas se enredaron brevemente antes de que ambos apartaran la vista bruscamente.

“No hay nada que temer, Ela”, dijo Xander en voz baja, mientras se acercaban a la silueta del castillo. “Nunca te haría daño, ni haría nada que no quisieras hacer. Lo sabes, ¿verdad?”.

Ella asintió. Él también tenía una extraña forma de saber cómo se sentía ella. Xander, el

arrogante playboy, tenía profundidades ocultas de las que ella no sabía nada.

"¿Verdad?" Repitió la pregunta, sin ver el movimiento de su cabeza en la sombra del coche.

"Si", dijo ella, porque era verdad. A pesar de sus profundos temores, confiaba en Xander, de lo contrario no habría venido. Se aclaró la garganta. "Sí", repitió, más alto. "Sí, confío".

"Bien", dijo él. Ella podía oír su alivio en la palabra exhalada. "Llegaremos en cinco minutos".

El miedo volvió a revolotear en sus entrañas cuando levantó la vista hacia el castillo, que se hacía más grande a cada kilómetro que pasaba. Era tan oscuro como brillante era el cielo. Pero sabía que era una oscuridad que no podría ocultarla, que estaría más expuesta que nunca una vez que entrara.

Los orígenes fortificados del castillo del desierto eran imposibles de ocultar. Se cernía sobre las llanuras desérticas como una amenaza, que era exactamente lo que era. Representaba un antiguo poder del reino de Havilah cuando había sido una sola tierra, un poder que Xander tenía a raudales. Un poder que utilizaba tanto para protegerla como para desafiarla. Parecía que uno iba con el otro y ella no podía detenerlo aunque quisiera. Porque, en el fondo, sabía que él tenía razón. Seguía castigándose por algo malo que le habían hecho hacía mucho tiempo. Lo sabía, pero no lo sentía. Y parecía que Xander quería ayudarla a sentirlo.

Xander atravesó las puertas, que fueron abiertas por personas invisibles y enseguida volvieron a cerrarse. Nunca había entrado en el castillo por la puerta. Sus visitas siempre habían sido en helicóptero, lo que significaba que nunca había visto el poder del castillo.

Las puertas del coche se cerraron con un eco metálico en el patio, aparentemente desierto. Había polvo en el aire desde la entrada del coche y sombras oscuras, proyectadas por los altos muros de piedra, se alzaban por todos lados. Se detuvo un momento y miró a su alrededor. Aquí estaba a salvo de amenazas externas: el autor de las notas amenazadoras. Lo sabía. Ya no corría peligro físico, pero ¿emocional? Lanzó una rápida mirada a Xander, que la esperaba junto a la puerta, con los ojos fijos en ella, como si leyera su corazón.

Tomó aire lentamente y se acercó a él, fijándose en sus zapatos. Estaban muy pulidos y las luces del exterior brillaban en ellos. Se detuvo frente a él.

Le levantó la barbilla con el dedo y ella levantó la vista. Él asintió. "Así está mejor. Odio cuando miras hacia abajo".

"¿Por qué?"

"No eres tú. No es mi temible Ela".

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida por sus palabras posesivas. "¿Te gusta que sea temible?"

Acercó su cabeza a la de ella. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. "Me gusta *que* seas *tú*".

Parpadeó mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Era un cumplido extraño, que no había leído, pero le llegó y le pareció lo más valioso que nadie le había dicho nunca.

Se hizo a un lado y le indicó que entrara en el castillo. Entró en el gran salón, brillantemente iluminado con antorchas parpadeantes clavadas en antiguos apliques de pared, y de repente pensó que la próxima vez que cruzara esas puertas, sería una mujer diferente.

Cuanto más tiempo pasaba Xander con esta versión diferente de Ela, más creía que estaba haciendo lo correcto. Cuando algunos miembros de su personal se acercaron a Ela, ella lo miró en busca de consuelo. Se estremeció por dentro. Odiaba verla así.

“No pasa nada. No tienes que esconderte de nadie dentro del castillo. Después de todo, para eso hemos venido. Es totalmente seguro. Nadie puede entrar o salir a menos que yo lo diga, y todas las telecomunicaciones están vigiladas”.

Ella asintió, todavía insegura, y él la vio seguir al ama de llaves y a la doncella escaleras arriba hasta su habitación. En cuanto desapareció, se volvió hacia su mayordomo.

“Whisky, por favor. Que sea doble”. Se pasó los dedos por el pelo corto. “Pensándolo mejor, tráeme la botella”.

“Desde luego, Alteza. ¿Dónde desea que lo lleve?”

“La biblioteca del primer piso”.

A pesar de sus orígenes como fortaleza y de sus usos más recientes como pabellón de caza, algunas habitaciones del castillo del desierto habían sido reformadas hacía más de un siglo como un club londinense. Incongruente, tal vez, pero Xander nunca se había sentido tan agradecido como cuando cerró la puerta del vestíbulo y se vio rodeado por el familiar olor a cuero, libros y betún. Las estrechas ventanas con marcos de piedra miraban hacia el lejano horizonte, una gruesa línea azul marino marcaba la división entre el cielo estrellado y las llanuras de hamada, más oscuras, cuyos contornos resaltaban con la luz plateada. Miró brevemente hacia las estribaciones de la cordillera antes de descorrer las cortinas. Odiaba mirar aquel lugar donde había estado el antiguo campamento beduino, ahora desierto. Era un lugar que no quería volver a visitar y que le traía recuerdos que aún conseguían calarle hasta los huesos.

Levantó la vista cuando su criado entró en la biblioteca con el whisky y una bandeja de aperitivos.

“¿Su Alteza Real, la Reina Elaheh se unirá a usted, señor?”

Dudó. Ela no era la única que estaba fuera de sí. Sacudió la cabeza. “No. Cenaremos dentro de una hora”. Una hora en la que ordenar sus pensamientos para la tarde -y la noche- que se avecinaba.

Elaheh se giró frente al espejo y frunció el ceño ante el hermoso vestido de noche de satén color cereza que había elegido del armario de ropa que Shakira había enviado al castillo desértico antes de su visita.

No era tan recatada y conservadora como la que solía llevar, pero tenía todas las características del gusto más extrovertido de Shakira. Elaheh rara vez llevaba ropa occidental, pero Xander le había dejado claro que se vestirían para cenar, así que sabía que ninguna de las otras prendas elegantes para el día sería adecuada. Al menos Shakira había elegido la ropa más conservadora, de largo completo, escote alto y mangas largas. Pero hasta que no se dio la vuelta y echó un vistazo por el retrovisor, no se dio cuenta de que el vestido no era tan recatado como había pensado.

El satén captaba la luz y realzaba sus pequeñas curvas de una forma con la que no se sentía del todo cómoda. Pero era demasiado tarde para cambiar. Tendría que asegurarse de no mostrar su retaguardia a Xander. Entonces la luz captó sus pechos y cerró los ojos avergonzada. Este vestido, se dio cuenta tarde, estaba diseñado para seducir, a pesar de la poca piel desnuda que mostraba, o incluso, a causa de ella. No culpaba a Shakira. Shakira respiraba seducción, era instintivo en ella, y no habría sido consciente de que el vestido haría que Elaheh se sintiera tan incómoda.

Se mordió el labio, indecisa, y llamó la atención de la criada, que le devolvía la mirada. Tenía que confiar en alguien.

“No estoy seguro, tal vez debería ponerme otra cosa”.

“Lo siento, Majestad, pero me han informado de que Su Alteza espera un traje formal de noche”.

Ella sabía por qué. Él había dejado claro que esta noche sería una noche especial en la que comenzaría a seducirla. Y ella había aceptado, ¿verdad? Miró a unos ojos que no delataban nada del valor que Xander le había atribuido. Parpadeó. Aquello era ridículo. Ella había aceptado y nunca renegaba de un acuerdo. Nada había cambiado. Seguía estando de acuerdo en que era el camino a seguir para ella. Así que vestido de noche era.

Se tocó tímidamente el pelo recién rizado, que le colgaba suelto, como una capa, proporcionándole al menos cierta protección. Se estremeció al sentirlo contra su piel. La hacía sentir una persona diferente, que era lo que quería ser, ¿no? Asintió para sí misma como si la persona del espejo hubiera respondido a su pregunta y, con un movimiento de la larga falda cortada al bies, Elaheh dio la espalda a su imagen y se dirigió a la puerta.

Elaheh se sintió inexplicablemente nerviosa mientras bajaba las amplias escaleras que conducían al gran salón. El movimiento del vestido de satén al rozar la piedra pulida le hizo sentir escalofríos de anticipación. Si había personal, estaba oculto tras las puertas de madera y los muros de piedra, en zonas remotas del castillo, atendiendo las necesidades de los dos jefes de Estado coronados, pero invisibles. Por eso, Ela estaba agradecida. Quería que el menor número posible de personas fuera testigo de su seducción.

Las puertas dobles del comedor se abrieron como si la hubieran observado acercarse y, sin embargo, no pudo ver a nadie. Xander se levantó del extremo opuesto de una gran mesa preparada para sólo dos personas. Supo que se había levantado porque lo vio con el rabillo del ojo. Por alguna razón, parecía incapaz de mirarle directamente.

Las luces de las antorchas parpadearon, reaccionando a la apertura de las puertas, pero volvieron a calmarse cuando éstas se cerraron tras ella y los sirvientes desaparecieron, dejándoles sólo a Xander y a ella en la habitación.

“Ela”, saludó Xander, con su voz grave provocando nuevos escalofríos en su piel.

Caminó hacia el primer retrato y lo miró con determinación. “Xander”, respondió, mirando un retrato muy diferente al de su bisabuela. Este hombre era austero y autocrático. “Te pareces a él”, dijo ella, absorbiendo las fuertes líneas del rostro del hombre, y los penetrantes ojos.

Él no respondió, pero ella oyó cómo apartaba una silla y sus pasos se acercaban a ella. Se detuvo en seco. Ella respiró profundamente el aroma de su aftershave y de algo indefiniblemente suyo. No sirvió para calmar sus nervios.

“Debería hacerlo. Era mi bisabuelo. Parece que he heredado lo mejor de mis dos bisabuelos”, dijo con una sonrisa. “Los otros retratos son de las familias de Amir y Zavian. Un castillo compartido”.

“Una vez fue una tierra compartida”, murmuró antes de volverse hacia él.

“Una tierra compartida que palidecía en comparación con vuestras grandes y antiguas tierras de Tawazun”.

Ella asintió, complacida por su reconocimiento de la superioridad de su país. Parecía que intentaba seducirla de más formas que la física.

“Mi país es ciertamente grande en tamaño, pero su crecimiento se ha estancado durante generaciones”.

Él se acercó un paso más a ella y ella se volvió hacia el retrato. “Ya no, Ela. Trabajaremos juntos para que Tawazun entre en una nueva era de prosperidad.

Sonrió al pensar en el nuevo mundo que estaban creando para su país y, sorprendida, se

volvió hacia él. Estaba más cerca de lo que había imaginado. Su sonrisa cayó.

Alargó la mano y le rozó un lado de la boca. “Tienes una sonrisa preciosa. No sonríes lo suficiente”.

Parpadeó al compás de los rápidos latidos de su corazón. “¿No?” No reconoció su voz. Sonaba entrecortada y ronca al mismo tiempo, nada que ver con su habitual tono franco y sin tonterías.

Su dedo se detuvo en la mejilla de ella, trazando los paréntesis creados por una sonrisa, que inexplicablemente había encontrado el camino de vuelta a su cara. Su sonrisa se amplió.

“No, no lo sabes. Pero espero que lo hagas en el futuro”.

“¿Por qué?”, volvió a preguntar con aquella voz nuevamente ronca. “¿Quién puede decir lo que ocurrirá en el futuro?”.

“Yo. Yo puedo. Al menos en el futuro inmediato”.

Y antes de que pudiera reaccionar, le levantó suavemente la barbilla y la besó. La vida pareció cambiar a una velocidad diferente, más lenta, y ella fue plenamente consciente de cada matiz, de cada movimiento de sus labios sobre los suyos, de su cálido aliento contra su mejilla. Iluminó su cuerpo como la chispa de una vela.

“Cuando él se retiró, sus dedos aún se posaban en su mejilla.

Suspiró y dio un paso atrás. “Ah, sí”. Frunció el ceño y se dio la vuelta, y ella se sintió despojada, como si el sol se hubiera ocultado tras una nube negra, dejándola en una fría sombra. Instintivamente, colocó su mano donde la de él había estado segundos antes.

Le dedicó una breve sonrisa. Señaló la mesa. “Por favor, siéntese. La cena ya está servida. Deseaba que estuviéramos solos, sin criados merodeando”.

Ella recobró el sentido y asintió, también brevemente. “Por supuesto. No queremos que se corra la voz”.

Le acercó la silla y ella se sentó, observando cómo él caminaba por el otro lado de la mesa, justo enfrente. No habría forma de escapar a su intensa mirada.

Hizo una pausa y luego se arrellanó en la silla, con las manos sobre la mesa de roble ennegrecido, que era aún más hermosa por las marcas del tiempo que llevaba. “No se correrá la voz, puede estar seguro. El personal ha sido seleccionado para esto, y no hay posibilidad de que se comuniquen sin nuestro conocimiento. Cada comunicación está siendo rastreada. Usted está a salvo. No, la razón por la que deseo que estemos solos es totalmente personal”.

Enarcó una ceja pero no se atrevió a hablar por si delataba sus nervios.

Sus ojos se oscurecieron y la miraron fijamente. “Porque voy a seducirte”, continuó. “Y pensé que preferirías intimidad”.

Asintió brevemente con la cabeza.

Sus labios esbozaron una breve sonrisa. “No hay nada por lo que estar nervioso, lo único que hay que anticipar es...” Vaciló mientras sus pensamientos se unían en una sola palabra. “Un placer”.

Se aclaró la garganta, cogió su bebida y bebió un sorbo. Volvió a dejarla sobre la mesa antes de responder. Ella también juntó los dedos, apoyó los codos en la mesa y se dio golpecitos con los dedos en los labios. “Pareces muy seguro”.

“¿Sobre darte placer? Por supuesto”. Volvió a sentarse y pasó un brazo por encima del respaldo de la silla.

“Y lo sabes a ciencia cierta, ¿verdad? Asumes que todas las mujeres con las que te has acostado han estado en éxtasis de placer”.

“Sí. Porque, Ela, yo no soy como los demás hombres. Para mí, no hay más placer que dar

placer a una mujer. Yo escucho, ya ves. Averiguo lo que les gusta a las mujeres y me aseguro de dárselo".

Realmente deseó no haberla presionado, porque cada palabra que él pronunciaba era dicha en un tono que acariciaba sus nervios, porque cada palabra que él pronunciaba decía una verdad que ella sabía que era cierta, porque cada palabra que él pronunciaba traspasaba sus defensas y la acariciaba, en lo más profundo de su ser, enviando aleteos de anticipación a lugares en los que siempre se había negado a pensar. Parecía que ser seducida por Xander no requería pensar en absoluto.

Se acercó el vaso frío a la mejilla, que se sonrojó de anticipación. "Así que... Aspiró un suspiro que no hizo nada para calmar su corazón palpitante. "¿A todas las mujeres les gusta lo mismo?"

"No, te sorprenderías".

Ella estaba segura de ello. "Entonces, ¿cuándo comienza esta seducción?"

"Ya ha empezado". Bebió un sorbo de vino. "No subestimes el poder seductor de las palabras.

No pudo evitar preguntarse que si sus palabras tenían ese efecto en su cuerpo, en qué estado estaría cuando él la tocara. Su rubor aumentó.

"Pero", continuó, "también tenemos que comer". Señaló los platos de plata repletos de coloridos aperitivos de verduras rellenas y ensaladas especiadas, y las bandejas coronadas con elaborados manteles de plata bajo los que ella podía oler pollo y arroz. "Siguiendo el espíritu del caravasar, pensé que disfrutarían de una cena tradicional. Por favor, sírvete. Debes mantener tus fuerzas".

Le miró con las pestañas bajas. Parecía que sus instintos seductores también estaban actuando. "¿Y eso por qué?"

"Porque, Ela, no tengo intención de detenerme en las palabras esta noche. Y comer también forma parte de la seducción". Puso un poco de comida en una cuchara y se la ofreció.

"¿Me estás infantilizando? ¿Es eso la seducción?"

"En absoluto. Te aseguro que no es así. Simplemente te estoy dando algo, y tú lo estás recibiendo. Seducción 101."

"Seducción 101", repitió. "¿Y crees que estoy aprendiendo de esto?"

"No", dijo él para sorpresa de ella. "Yo sí".

Debería haberse resistido, de verdad. Pero su respuesta le pareció tan irresistible como su mirada, así que abrió la boca, con el carmín rojo brillante que se había aplicado antes ligeramente manchado por el beso.

Sus ojos se entrecerraron. "Más abiertos", dijo él y, con sólo un momento de vacilación, ella abrió más la boca. "Bien. Él deslizó la cuchara sobre su lengua y ella cerró los labios sobre ella. Era su turno de comprobar lo excitado que estaba. Sus labios se abrieron y emitió un leve jadeo. Y, por primera vez, se dio cuenta de que poseía un poder del que había sido completamente inconsciente. Tragó saliva y se lamió los labios lenta y deliberadamente, sin dejar de observarle. Él se echó hacia atrás como si lo hubieran empujado.

"Más", dijo ella, sin añadir ninguna palabra de cortesía. Necesitaba que él supiera que ella también podía exigir.

Tomó otro pequeño bocado y se lo pasó por la lengua. Esta vez ella cerró los labios en torno a la cuchara mientras se deslizaba lentamente. Notó con satisfacción que la mano de él temblaba un poco.

Con cuidadosa deliberación, le arrastró la cuchara vacía por los labios y ella se lo permitió.

Cuando se retiró, ella se relamió y él depositó la cuchara vacía en el plato con un ruido seco y se sentó.

Cruzó los brazos y los apoyó en la mesa, consciente de que el satén transparente que se ceñía a sus curvas se hundía hasta dejar al descubierto la parte superior de sus pechos. Se inclinó hacia él, con los ojos entrecerrados. “Quiero más.

Esta vez, se pasó un poco de comida por el dedo y se lo tendió a ella. Ella cerró la boca en torno a su dedo, con los ojos tan cerca de los suyos que pudo ver que estaban oscuros de deseo.

Sacudió la cabeza con sorpresa al verla tragar.

“¿Y qué has aprendido, Xander?

“Cosas que ya debería haber sabido”.

Se inclinó hacia delante y le lamió el dedo. “¿Cómo qué?”

“Que eres exigente, que quieres el control”.

Enarcó una ceja. “¿Y me lo darás?”

“Por supuesto que no. Tendrás que trabajar para ello”.

“¿Y cómo propones que lo haga?”

“Si han terminado de comer, sugiero que pasemos a otra habitación más adecuada”.

Ella se levantó primero. La comida era lo último en lo que pensaba ahora. “¿Adecuada? ¿Para qué?”

Le tendió la mano y ella la cogió. Se inclinó y le susurró al oído. “Para que te dé un placer como nunca antes has experimentado”.

Una burbuja de deseo estalló en su interior y se sorprendió al verse mojada. Se sintió hinchada y necesitada en el lugar que había jurado que ningún hombre conocería jamás. Pero eso fue antes de conocer a Xander, antes de confiar plenamente en él.

Le apretó la mano, como si percibiera su sorpresa. Luego la atrajo hacia sí, le levantó la barbilla y apretó los labios contra los suyos. Deslizó la lengua entre sus labios y la recorrió. Ella jadeó y abrió más la boca para permitir que su lengua la explorara. Oyó un gemido y, para su sorpresa, se dio cuenta de que era el suyo. Antes de darse cuenta, sus manos rodeaban la nuca de él, asegurándose de que no pudiera retirarse del beso, y había apretado sus caderas contra las de él. Las sensaciones avivaron aún más el fuego de la necesidad que anidaba en las partes más secretas de su cuerpo.

Se apartó demasiado pronto. Agarró sus manos y las arrastró entre ellos. “Despacio, Ela.”

Ella negó con la cabeza. “¡Claro que no! Quiero más, ¡ahora!”

“Ela”. Tú no vas a mandar. Seré yo quien mande”.

“¿De verdad esperas que te entregue mi voluntad?”

“Sí, porque confías en mí, y porque me aseguraré de que el acto de entrega te proporcione mayor placer del que te proporcionaría de otro modo”.

“No lo entiendo.”

“No, pero lo harás”.

“Ven. Le tiró de la mano y, a pesar de su imperiosa lentitud, salió rápidamente por la puerta, y ella tuvo que medio correr para seguirle el ritmo. Al pie de la escalera, tiró de ella y ella cayó con fuerza contra él. Él respondió con un beso tormentoso que la hizo jadear de necesidad.

“¿Y ahora qué?”, preguntó.

“Quiero que te quites ese fino vestido y me permitas explorar tu cuerpo”.

Su sexo palpitaba con un deseo que no sabía que poseía. ¿La quería desnuda en el pasillo? No lo dudó, pero empezó a juguetear con los tirantes de la bata.

Sonrió y volvió a colocarse la correa. “Aquí no, ahora no. Quizá en otra ocasión. Pero ahora

deseo intimidad".

Ella se recogió las faldas del vestido y subieron corriendo las escaleras. En la puerta, él la atrajo hacia sí y se besaron una vez más. Luego la levantó en brazos, empujó la puerta con el pie y entró en su suite.

La dejó a los pies de la cama.

"Y ahora, deseo que te quites el vestido para mí."

Un estremecimiento de algo distinto al deseo la inundó. Él pareció comprenderlo porque le acarició los hombros. "No te tocaré a menos que tú quieras. Te lo prometo. Estás a salvo. Debes entenderlo. A menos que lo hagas, me iré inmediatamente porque todo esto se trata de confianza, y nada de miedo. ¿Entiendes?"

Y en ese momento el miedo la abandonó. Hubo un silencio en el que las cosas podrían haber girado en un abrir y cerrar de ojos, podrían haber ido en cualquier dirección. Sabía que su vida cambiaría para siempre, dependiendo de su respuesta. Pero, antes de que pudiera pensar en la gravedad de su decisión, asintió. "Sí". Y habló. Parecía que sus procesos mentales habían sido superados por algo mucho más fuerte, mucho más exigente, mucho más antiguo y persuasivo que la simple lógica. "Sí", repitió, más alto, más segura.

Relajó su agarre y la hizo girar en sus brazos. "Bien. En ese caso, es hora de que te desnudes".

Debió de delatar sus nervios porque él le apretó los hombros tranquilizadoramente. "Todo depende de ti. Todo depende de ti. Tú tomas el control". Sonrió. "Seguro que no te importa hacerlo". La sonrisa cayó. "Empezando por quitarte la ropa".

CAPÍTULO 8



Con manos temblorosas y el corazón palpitante, Elaheh se quitó los tirantes del vestido de noche de los hombros. Le sostuvo la mirada, negándose a apartarla, a pesar de que sabía que sus mejillas estaban tan encendidas como otras partes de su cuerpo.

Dejó que los tirantes se deslizaran hacia abajo, con el vestido apenas sostenido por la turgencia de sus pechos. Se preguntó si debía moverse o si él lo haría. Él no se movió. Dependía de ella, como él había dicho. Ella tenía el control. Al menos por ahora. Podía hacerlo.

Sus ojos oscuros recorrieron sus hombros y la parte superior de sus pechos, antes de volver a atrapar su mirada, insuflando de nuevo vida caliente a su cuerpo helado.

Sí, podía hacerlo, pero más que eso -a pesar de la sensación de náuseas que le acechaba en la boca del estómago, a pesar de los temores que le atenazaban la cabeza- quería hacerlo. La necesidad estaba viva en cada fibra de su ser, coexistiendo con su ansiedad. Su mente luchaba contra su cuerpo, advirtiéndole que se detuviera, pero su deseo cargaba su cuerpo con una corriente eléctrica que anulaba los pensamientos que luchaban por protegerla de cualquier daño.

Sin dejar de mirarla, se quitó los tirantes de los brazos y el vestido de satén se deslizó por encima de sus pechos y cayó formando un volante alrededor de sus caderas, dejando al descubierto su sujetador y su vientre. Respiró hondo cuando el aire caliente le acarició la piel desnuda.

Cuando sus ojos descendieron una vez más, apretó los dientes al recordar el lamentable estado de su ropa interior. ¿Por qué nunca le había prestado demasiada atención? Tenía los pechos pequeños y su sujetador era blanco, sencillo y transparente, y nada seductor. O eso pensaba ella. Pero entonces lo vio tragar saliva y se dio cuenta de que no necesitaba un sujetador negro de encaje para seducir. Ese pensamiento le dio confianza.

Le devolvió la mirada. "¿Puedo tocarte?"

Ella asintió. Cuando la yema de su dedo le acarició el omóplato, recorrió lentamente la clavícula hasta la garganta y rodeó el pliegue de ésta, ella aspiró con fuerza. Sus ojos volvieron a posarse en los de ella.

"¿Estás bien?", le preguntó, con una voz más ronca que nunca. Revelaba un cambio en él que ella no había previsto. Era como si algo de su exterior se estuviera rompiendo, algo que ella había provocado. Su confianza aumentó un poco más.

"Sí", dijo ella. Podría haber añadido algo más. Pero estaba demasiado concentrada en el siguiente movimiento de su dedo como para pronunciar más de una palabra.

Siguió trazando una línea invisible por su pecho antes de rodear la suave turgencia de un pecho y luego otro. Ella cerró los ojos brevemente mientras intentaba controlar la intensa excitación que su tacto le provocaba. La piel por la que se movía su dedo nunca había sido

tocada por un hombre y se sintió increíblemente desnuda, a pesar de que el vestido aún le colgaba de las caderas y el sujetador le cubría los pechos. Esperaba tener miedo, pero se sintió encantada.

"Tú, Ela", dijo él, empujando un poco el material del sujetador para revelar el borde de su pezón, "eres tan hermosa que me duelen los ojos". El deseo se apoderó de ella.

"Ciérralas, entonces", dijo, con un ronroneo ronco que ella no reconoció. Parecía que, a pesar de su falta de experiencia, algunas cosas eran instintivas.

Sus labios se torcieron en las comisuras. "Vale, estoy en tus manos".

A pesar de los nervios, Elaheh se sintió triunfante. No había duda, le gustaba tener el control. Aunque no supiera qué hacer con él. Debió de percibir sus dudas.

"Haz lo que te dé la gana, Ela. No hay nada que puedas hacer mal, créeme".

Se acercó a él, apretó la nariz contra su pecho e inhaló.

"¿Qué estás haciendo?"

"Olerte. Me gusta cómo hueles". Ese fue el eufemismo del año. Se le hacía la boca agua. Siempre lo había hecho, aunque ella se negara a aceptarlo. "Hueles bien."

Dejó caer un beso sobre su cabeza y también respiró hondo. "Y tú también. Sabes, siempre supe cuando estabas cerca por ese olor a limón. ¿Qué es? Su mirada sexy y entrecerrada se clavó en la de ella.

Tragó saliva y se encogió de hombros. "Loción, supongo. De fabricación local".

"Exótico, eclipsando todo lo demás a su alrededor, como tú".

"Vuelve a cerrar los ojos".

"¿Por qué?"

"Me gusta así. Puedo comportarme más instintivamente si no me miras".

Cerró los ojos. "Tus deseos son órdenes."

"Hm." Lo había olido, ahora quería saborearlo. Se puso de puntillas y le lamió el cuello. Pudo ver el efecto cuando los músculos alrededor de sus ojos se contrajeron aún más, mientras él trataba de controlarse. "Me gusta mandar a un rey".

"Creo que te gusta mandar a todo el mundo".

Sonrió mientras seguía su impulso y deslizaba la lengua desde el cuello hasta el pecho, hundiendo la nariz todo lo que podía con la camisa abotonada, e inhaló profundamente. No habría podido describir la masculinidad innata del olor, pero le llegó a un nivel tan fundamental, tan animal, que supo que necesitaba más. Le desabrochó la camisa hasta el ombligo y se obligó a concentrarse en lo que había dicho. "Claro, a quién no le gusta mandar a todo el mundo".

"No todos, Ela, no todos. Te sorprendería saber que..."

Sus palabras se interrumpieron cuando él tomó aire bruscamente y ella le pasó las manos por el pecho y las extendió hacia abajo, extendiendo los dedos para sentir cada pliegue y contorno de su cuerpo. Era algo prohibido, como si estuviera derribando algo más que las barreras que los separaban, algo dentro de sí misma.

De repente, metió los dedos bajo la cintura del pantalón y sintió la punta de su erección. Se detuvo un momento y luego rodeó la cabeza con el dedo. Parecía hincharse visiblemente bajo su contacto. Poder. Lo tenía.

Se apartó e hizo lo que él había hecho: mirarle de arriba abajo. Le gustó lo que vio. Sonrió ante su intensa expresión. "¿Qué decías?"

"Nada. No decía nada. Tú sigue, haz lo que quieras, porque, por una vez, creo que seré yo el mandado y lo disfrutaré mucho más."

"¿Entonces me complacerás?"

“Sí.”

Se dio la vuelta para quedar de espaldas a él y se pasó el pelo por encima de los pechos. “Desabróchame el vestido”.

Sus dedos rozaron su piel desnuda mientras tanteaba brevemente la cremallera, que era lo único que mantenía el vestido sobre sus caderas, antes de bajárselo. Ella se quitó el vestido y volvió a ponerse nerviosa cuando se dio la vuelta, vestida sólo con sus tacones y su ropa interior, que no era ni lujosa ni estaba a la última moda. Si a él le divirtieron su sujetador y sus bragas, no lo demostró.

“Eres tan hermosa”, murmuró.

Respiró hondo, intentando calmar los latidos de su corazón. No podía creer que estuviera semidesnuda ante él. Pero, aún más, no podía creer lo mucho que eso la excitaba. Siguió su mirada hacia sus pechos, donde dos pezones necesitados se erizaban de deseo. Menos mal que no podía ver entre sus piernas, donde su excitación también era evidente.

“Ahora, es tu turno. Deseo que te desnudes delante de mí”.

Después de una breve sonrisa, sacudió la cabeza con desconcierto e hizo lo que ella le ordenaba. Con un rápido movimiento, se quitó la camisa por encima de la cabeza y la tiró a un lado. Por un momento se quedó de pie con las manos en las caderas, observándola con el ceño fruncido, como si la desafiara. Ella asintió, agradecida por aquellos instantes de quietud en los que podía admirar su pecho y sus fuertes brazos. Los músculos planos de su cuerpo y el vello de su pecho se deslizaban hacia abajo en una línea tentadora. Miró hacia abajo, hacia la bragueta, y luego hacia arriba, hacia él.

“Puedes quitarte los pantalones ahora, si quieres.”

“Sí, quiero”. Con su mirada de respuesta igual de firme, se desabrochó los pantalones y luego se bajó la cremallera. Su erección se liberó y salió de sus calzoncillos. Ella parpadeó ligeramente, tratando de dominar un repentino estremecimiento de miedo. Era más grande de lo que había imaginado. Pero antes de que pudiera imaginar nada más, él se había quitado los pantalones y los calzoncillos con un rápido movimiento.

No pudo evitar llevarse la mano a la boca. “¡Oh!”, jadeó.

“Espero que sea un buen ‘oh’, y no una decepción”, dijo, con una sonrisa confiada que demostraba que no estaba acostumbrado a decepcionar.

Ella negó con la cabeza. “No, decepcionada no. Más bien sorprendida. Es bastante... grande”.

Su sonrisa se desvaneció como si de repente comprendiera su preocupación. “No te preocupes. No irá a ningún sitio al que no quieras que vaya. Recuérdalo. Aquí tienes el poder y el control. Al menos por ahora”, añadió, con un atisbo de sonrisa en los ojos.

Ella asintió, pero por su vida que no podía averiguar lo que quería hacer a continuación. Su visión parecía estar llena de una sola cosa, muy erecta. Se apoderó de su intención, y presionó recuerdos no deseados contra su conciencia, empujándolos, queriendo que se diera la vuelta y huyera.

Frunció el ceño, como si percibiera algo de su ansiedad. “Volveré a ponerme los calzoncillos. ¿Sí?”

Ella asintió. “Sí, por favor. Es que...” Se interrumpió.

“No tienes que explicar nada”. Fue tan bueno como su palabra y pronto fue cubierto. “Ahora, ¿quieres proceder?”

“Sí, es que” -se encogió de hombros- “no sé qué hacer”.

“Vale, ¿quieres que tome la iniciativa?”

“Sí, por favor”.

“Bien”.

Le encantaba cómo sus labios formaban la palabra “bien”. Intentó besarle, pero él negó con la cabeza.

“Todavía no. Tal vez dentro de un rato. Después de que te haya dado algo de placer”.

Le gustaba cómo sonaba eso.

“Ahora, recuerda, puedes parar en cualquier momento.”

“¿Parar qué?”

“Impídeme hacer lo que estoy a punto de hacerte”. Le puso el dedo en los labios abiertos. “Y antes de que puedas preguntar lo que estoy a punto de hacerte, recuerda, confía en mí.”

Se mordió el labio, pero asintió. Se sentía en guerra consigo misma, pero las necesidades de su cuerpo ganaban una vez más.

Le levantó mechones de su espesa cabellera y se los frotó entre los dedos. “Tienes un pelo precioso. Deberías llevarlo siempre suelto cuando estamos juntos, así”.

Ella volvió a asentir. En ese momento se sintió como si estuviera sometida a él y fuera capaz de hacer cualquier cosa. Demasiado para tener el control. Parecía que ceder un poco -o mucho- de ese control le producía un placer sorprendente.

Entonces todo pensamiento se desvaneció en un soplo de aire cuando él bajó los labios, no a los de ella, que esperaba, sino a su cuello. Sus labios y su aliento eran cálidos en contacto con la piel de ella y le hacían cosquillas mientras la besaba por debajo de la oreja. Él gimió y levantó la cabeza. “Hueles delicioso.

Le habría devuelto el cumplido si hubiera sido capaz de formar palabras. Pero lo único que pudo hacer fue levantar la barbilla y volver a ofrecerle el cuello. Parecía que había transmitido su mensaje lo suficiente cuando sus labios descendieron una vez más. Esta vez sintió el suave recorrido de su lengua cuando, en lugar de dirigirse a su otra oreja, bajó hasta sus pechos, que se elevaron con una aguda respiración para encontrarse con sus labios. Cerró los ojos mientras absorbía la sensación de sus labios y su lengua contra su delicada piel. Las sensaciones eran inesperadas y envolventes. Acunó su cabeza y besó la parte superior de su oscuro cabello mientras su astuta lengua seguía haciendo magia.

Sintió el dedo de él moverse por el borde de su sujetador y deslizarse bajo su borde. Levantó la vista. “¿Me permite?”, preguntó, como si estuviera a punto de rellenar su copa. Ella asintió. “Sí”, suspiró.

No necesitó más estímulo y deslizó el dedo por debajo del sujetador. La yema del dedo le tocó el pezón erecto, haciéndola jadear. Sus ojos se clavaron en ella para evaluar su reacción. Ni siquiera él podía prever que ella reaccionaría de una manera tan extrema.

El jadeo se hizo más ruidoso cuando él le tocó el pezón por debajo del sujetador. Al mismo tiempo que las exquisitas sensaciones se centraban en sus pechos, en lo más profundo de su ser se agitaban las mismas sensaciones, humedeciéndola y enviándole ondas de placer como si él la estuviera acariciando de algún modo por dentro. Se entregó al placer sólo unos instantes, porque cuanto más ganaba, más deseaba.

Tanteó detrás de ella para desabrocharse el sujetador. No quería nada entre sus dedos y su piel. Gruñó de frustración.

“Permíteme”, dijo Xander con una sonrisa. Con un hábil movimiento, que era mucho más práctico de lo que Elaheh quería considerar, se liberó del sujetador. Pero, en lugar de prestar atención inmediata a sus pechos liberados, se apartó. Por un momento, Elaheh pensó que no iba a continuar, como si todo lo que fuera a hacer fuera quitarle el sujetador. Pero entonces, con un rápido movimiento, se encontró en sus brazos, siendo llevada a la cama. Se sentó con ella en su

regazo y la besó de una forma que le demostró que no tenía intención de parar.

Gimió cuando sus lenguas se encontraron en una danza cuyo ritmo se aceleraba con cada latido de su corazón. Quería estar más cerca y se desplazó sobre su regazo, pero aún así quería su carne apretada contra la de él. Rompió el beso y abrió las piernas, arrodillándose a ambos lados de las caderas de él para poder frotar sus pechos desnudos contra el pecho de él mientras volvía a apretar los labios contra los suyos.

Ella jadeaba mientras se besaban y sus pezones se estimulaban contra el vello del pecho de él. Y, mientras se movía contra el pecho de él, sus caderas también se movían en un movimiento circular, acariciando la erección que, aunque cubierta, seguía siendo muy evidente. Todos los temores se olvidaron.

Ella se apartó del beso con un jadeo y arqueó el cuello hacia otro lado, mientras se concentraba en las intensas sensaciones que crecían a medida que se frotaba contra él, ajustando su postura mientras averiguaba qué parte de ella le estaba proporcionando placer.

Besó y saboreó su cuello mientras ella cerraba los ojos, entregándose a las sensaciones que la inundaban en oleadas, acelerándose. Luego, le cogió los pechos con las manos y le frotó los pezones. Un jadeo salió de sus pulmones cuando las sensaciones se amplificaron en su interior. No sabía lo que le estaba pasando, no tenía ni idea de qué hacer aparte de lo que su cuerpo le dictaba. Sentía que la empujaban, pero no tenía ni idea del destino.

Sólo cuando sintió el calor húmedo y cálido de su boca alrededor de su pecho y su pezón, las tensiones se intensificaron y supo que necesitaba liberarse de la esclavitud que la retenía. Se frotó contra él con más fuerza y le metió el pecho en la boca. Podía sentir la humedad de sus bragas empapando los calzoncillos de él, pero no le importó. Necesitaba más, necesitaba seguir obteniendo lo que fuera que había al final de esta sensación.

Pasó de un pecho al otro. Ella seguía jadeando y moviéndose contra él, presa de un deseo febril, pero sin saber adónde ir a continuación.

Entonces se lamió el dedo y la tocó, y ella se detuvo a medio movimiento. La tocó allí, en ese lugar que parecía el centro de su deseo. Deslizó el dedo por debajo de sus bragas empapadas, la frotó y la acarició. Era todo lo que ella necesitaba para llegar al lugar al que quería ir.

Gritó mientras la invadían destellos, pulsaciones y aleteos. Luego gritó su nombre cuando el movimiento resplandeciente de su interior se ralentizó y la agotó. Se desplomó contra él, repentinamente agotada, pero dulcemente agotada.

“Oh, Xander,” respiró. “No tenía ni idea.”

Le cogió la cara y la besó. “¿Ni idea?”

“Que ese placer existía. Pensé...” Se interrumpió y tragó saliva al darse cuenta de lo que había pensado durante tanto tiempo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. “Creía que el sexo era dolor, no placer”.

Torció los labios y sacudió la cabeza como si intentara negar lo que ella acababa de decir. “No”, dijo.

Ella asintió con la cabeza: “Sí”. Y entonces se apoyó en él, acunada entre sus brazos, y las lágrimas, tanto tiempo retenidas, fluyeron contra su pecho, mientras él le acunaba la cabeza y le besaba el pelo y murmuraba palabras tranquilizadoras.

Ela había tardado mucho en llorar. Y Xander no se había movido hasta que ella hubo terminado. No quería romper el hechizo, porque parecía un hechizo curativo e instintivamente sabía que era lo que ella necesitaba.

Pero ahora, mientras Xander estaba tumbado escuchando cómo el viejo reloj de pie de la biblioteca daba la una, con Ela acurrucada en sus brazos dormida, como un pájaro delicado y dañado, sabía tres cosas.

Uno, poco podía hacer con su erección sin despertarla y eso no lo haría.

Dos, algo había sanado para Ela esta noche.

Tres, ver curarse a Ela había roto el sello que había puesto sobre sus emociones. Había despertado algo en lo más profundo de su ser que le dio un susto de muerte.



Xander se despertó a la mañana siguiente con la cama vacía y de mal humor. Podía lidiar con su excitación física de la forma acostumbrada, pero sabía que no le satisfaría.

Ela. Puede que algo se hubiera curado para Ela anoche, pero a él le había abierto una caja de Pandora.

Bajó las piernas de la cama, se pasó los dedos por el pelo que no necesitaba apartarse de la cara y se levantó con paso decidido, se puso los pantalones cortos y se dirigió al gimnasio. Si no podía tener una mujer, tendría que sudar la gota gorda de otra manera.

Pero incluso después de hacer ejercicio, darse una ducha fría y reunirse con sus asesores, su humor seguía siendo negro. Se encontró en una videollamada con la única otra persona en el mundo que lo entendería.

“Xander”, dijo Roshan, inclinándose para ajustar su configuración antes de sentarse, con los antebrazos sobre los muslos mientras se sentaba alerta y mirando directamente a Xander, como si quisiera evaluar su estado de ánimo. “¿Qué pasa?”

“Ela es lo que hay”.

Roshan suspiró, sacudió la cabeza y se sentó de nuevo en su silla. “¿Qué ha pasado ahora?”

Xander abrió la boca para hablar, pero no pudo continuar. ¿Qué iba a decir? ¿Sentía lástima por ella? ¿Era más de lo que había imaginado? “Ella sólo... me exige demasiado”.

“Por supuesto que lo es. Así es ella. Ignórala”.

“Es difícil cuando es...” Se interrumpió. ¿Cómo podía describir lo que había pasado anoche?

“¿Es qué?”

“Cuando es algo personal... supongo”, añadió con desgana.

Roshan se inclinó hacia delante, y a Xander no le gustó la chispa de interés que encendió su mirada. “Personal, ¿eh? No me digas que has sucumbido a los encantos de Elaheh”.

Xander gruñó, pero no pudo negar la afirmación de Roshan. Nunca le mentía a su hermano, desde que perdieron a sus padres habían hecho un pacto para ser siempre sinceros el uno con el otro. “Es guapa, lo reconozco, y de vez en cuando vislumbro a la mujer que hay detrás de esa máscara irritable. Pero lo importante es que me está volviendo loco”. Xander esperaba que desviando a Roshan de su afirmación lo evitaría. Pero la mirada de Roshan indicaba lo contrario.

Roshan asintió. “Ya veo.”

Xander frunció el ceño.

Roshan apretó los labios y negó con la cabeza. “Fue hace quince años, Xander. Tienes que seguir adelante”.

Xander sintió que su rabia se derrumbaba y que las lágrimas se le agolpaban en los ojos cuando Roshan fue directo al meollo de la cuestión. Se lamió los labios e intentó hablar, pero no le salieron palabras. Parpadeó.

“Selya era mi amigo, Roshan. Más que mi amiga. Siempre fuimos el uno para el otro. Ella

fue la única chica que he amado, la única chica para mí. Yo todavía ... “ Se apagó, incapaz de expresar cómo seguía viviendo a diario con la sensación de que había un agujero en el lugar donde debería haber estado su corazón. Su corazón, que había sido arrancado de su cuerpo y arrojado a un lado para que el sol del desierto y los cuervos se lo comieran el día en que su amor había sido asesinado ante sus ojos, junto a sus padres. Incluso ahora se frotaba inconscientemente la mano donde había salpicado su sangre.

“Lo sé, Xander, pero no puedes vivir en el pasado”.

“Para mí no es el pasado”.

“Tiene que ser así. A menos que lo dejes atrás, no tendrás futuro. Xander, escúchame, puedes hacerlo”.

“Es difícil, Roshan. *Muy duro.*”

“Lo sé. Siempre fuiste el blando, siempre el tierno, el sensible, el vulnerable. Y parece que tu amor por Selya se plantó profundamente a una edad temprana. Lo comprendo. Pero todavía tienes un corazón amoroso”.

Xander hizo un sonido de burla.

“No descartes eso, Xander. Sé que lo haces. Si no lo hicieras no me habrías hecho esta llamada. Lo entiendo, probablemente más de lo que crees. Y -miró hacia donde Xander suponía que estaba Shakira-, ahora que comparto mi vida con mi amor, lo entiendo de *verdad*. Volverá a ocurrirte. No dejes que el pasado se convierta en una barrera para tu felicidad”. Le dedicó a alguien una sonrisa de infarto y Xander sintió un vuelco en su propio corazón. Entonces Roshan se volvió hacia él. “Y, sabes, creo que Elaheh puede ser la persona que te obligue a encontrar tu corazón”.

“No voy a dejar que Elaheh suelte mi corazón. Quién sabe dónde acabará”.

“Puede que sí, puede que no, pero seguro que tiene la fuerza para derribar tus defensas, y eso es lo que se necesita ahora mismo. Y sospecho que es un proceso que ya ha comenzado. De todos modos, me tengo que ir. Cuídate, y llámame pronto”.

Xander se desconectó y se sentó en su silla, miró al techo y parpadeó. Fue bueno hablar con Roshan. Alivió un poco el dolor de su pérdida. Pero, ¿y el resto? No tenía sentido, salvo que Elaheh había sido lo bastante enérgico como para derribar sus defensas. Tendría que vigilar eso.

CAPÍTULO 9



"NO", DIJO XANDER A LA MAÑANA SIGUIENTE. "NI HABLAR".

"Pero", hizo un mohín Elaheh, volviendo a colocar su taza de té y tendiéndole la mano a través de la mesa del desayuno. "Me preguntaste qué quería hacer, e ir al desierto es lo que quiero hacer". Él le cogió la mano, pero su ceño fruncido no desapareció como ella esperaba. Ella tiró la servilleta sobre la mesa y se levantó, observando cómo sus ojos eran atraídos hacia ella como por un imán. Podría acostumbrarse. Caminó alrededor de la mesa y se inclinó sobre su hombro, presionando sus pechos contra su espalda, y le besó la mejilla. "¿No lo decías en serio cuando dijiste que podíamos hacer lo que yo quisiera?".

Soltó un suspiro frustrado. "Claro que sí". Se dio la vuelta y atrapó sus labios en un beso breve pero devastador. Fue casi suficiente para hacerla olvidar lo que quería. Casi, pero no del todo. "Pensé que querrías algo razonable, hacer algo dentro del castillo, donde es seguro".

"Mi petición *es* razonable. A ti te encanta el mar y pasamos una mañana en la playa. Y a mí me encanta el desierto y me gustaría pasar un tiempo allí. Es razonable y justo".

"*Estamos* en el desierto".

"Estamos en un castillo-" interrumpió Elaheh.

"Un castillo medieval-" corrigió Xander.

"Un castillo medieval con todos los adornos de un lujoso palacio".

Xander se encogió de hombros. "¿Qué tienes en contra del lujo? Yo, por mi parte, lo disfruto".

Deseaba desesperadamente que él quisiera lo mismo que ella. Pero, al parecer, eran polos opuestos. Él amaba el agua y el mar, ella lo odiaba. Ella amaba el calor seco del desierto, y parecía que él lo odiaba. Por la noche habían encontrado placer mutuo pero, al parecer, sus diferencias eran demasiado evidentes a la fría luz del día.

"Soy una simple mujer beduina que se siente más a gusto en el desierto. Eso es todo".

Xander gruñó. "No hay nada simple en ti, Reina Elaheh".

Volvió a hacer un mohín. Le gustaba la forma en que su mirada se deslizaba hacia sus labios como si quisiera besarlos. "Me llamas por mi nombre completo y mi título cuando te enfadas conmigo".

"No estoy enfadado contigo. Es sólo..."

"No es nada. Obviamente no tienes ninguna objeción real, así que ¿por qué no dejamos de discutir y nos vamos?" Sonrió. "He dado instrucciones para que alisten los caballos y preparen el campamento antes que nosotros. Y no te preocupes, aunque *nos sentiremos* solos, me he tomado la libertad de asegurarme de que estaremos a salvo. Tus hombres no estarán lejos".

"¿Qué has hecho qué?" Xander explotó. "¡Ela!"

Ella apretó el dedo contra sus labios. “No pasa nada. Estaremos a salvo”. Le pasó el dedo por los labios y supo que lo tenía cuando se lo lamió. No hacía falta leer la mente para darse cuenta de por dónde iban sus pensamientos. Respiró tranquilamente. Por muy tentada que estuviera, no iba a desviarse de sus planes. Además, habría tiempo de sobra para experimentar todo lo que Xander tenía que ofrecer en el desierto. “El desierto será sólo eso: desierto, o casi. Podemos hacer lo que queramos”. Enarcó una ceja sugerente.

Sus ojos se oscurecieron en una peligrosa y seductora advertencia. “¿Y dónde, exactamente, es nuestro destino?”

“El Shuruq Alshams Wahah”.

“Oasis del Amanecer”, dijo Xander, dándole su nombre occidental. “¿Y nada más?”

“Tal vez. Tal vez no”. El Oasis del Amanecer no era su destino final, pero decidió no decirle dónde pasarían la noche. Estaba más lejos y sin duda provocaría una respuesta aún más negativa. No tendrían más remedio que continuar si querían una tienda para dormir.

“Vale, pero nada más”.

“¡Genial! Lo disfrutarás, ya verás”, añadió. Y realmente esperaba que lo viera, porque añoraba la intimidad de la noche anterior. El placer que le había proporcionado se estaba convirtiendo en una droga: una vez probado, las ansias no hacían más que aumentar, exigiendo satisfacción. Bueno, ella tenía la perspectiva de un día y una noche completos a solas con él y sabía que Xander no sería capaz de rechazar esas demandas en particular.

Xander podría haber detenido la expedición al oasis del desierto. Claro que podía. Pero parecía incapaz de negarle nada a Ela. Ver surgir sus pasiones naturales la noche anterior había tenido un efecto en él que no deseaba considerar. Mientras caminaban por el castillo para prepararse para la cabalgata que les esperaba -intentó no estremecerse ante la idea del paseo-, el rostro animado de ella era recompensa suficiente por su sacrificio. Al menos no se aventuraron más allá del oasis de Shuruq Alshams.

Ela podría creer que no tenía ninguna razón válida para no entrar en el desierto, pero él sí tenía una. Sólo una. Pero una lo bastante grande como para hacerle descarrilar por completo si volvía al lugar donde había comenzado su pesadilla.

~

Elaheh sintió la emoción del viaje en cada célula de su cuerpo recién despertado. El viento del desierto le había quitado el hiyab de la cara y su pelo volaba detrás de ella. Por una vez, no le importaba su aspecto. El sol de primera hora de la mañana le calentaba la cara y su semental estaba en su mejor momento. Galopaban al unísono, el golpeteo de sus cascos acompasado con los latidos acelerados del corazón de ella. Estaba relajada, pero plenamente consciente, viviendo el momento de una forma que no podía hacer cuando estaba en el ojo público. Y siempre lo estaba.

Miró a Xander, quien, a pesar de sus protestas, parecía sentirse muy a gusto sobre su montura. Puede que no lo estuviera disfrutando, pero sin duda lo hacía bien. De repente se le pasó por la cabeza que no sabía nada que no se le diera bien. Si le hubieran pedido que nombrara un punto débil de él, no habría sido capaz. Pero seguramente nadie era tan fuerte. A veces percibía un malestar en él, pero no tenía ni idea de su origen. Pero tal vez, sólo tal vez, sacándolo

de su zona de confort podría conocerlo un poco mejor. Sobre todo si evitaba el oasis de Shuruq Alshams y se dirigía directamente al lugar al que realmente quería ir. Sospechaba que él no se daría cuenta del cambio de itinerario.

Y acertó. Aunque el desierto carecía aparentemente de rasgos característicos, ella conocía su camino instintivamente, atraída por la mancha en el horizonte que indicaba su destino. Y Xander no dijo nada, simplemente cabalgó en silencio a su lado.

Poco a poco, la mancha fue tomando forma. Primero las hojas puntiagudas de las palmeras, sus puntas oscuras contra el cielo azul intenso del horizonte. Después, los distintos tonos de marrón y verde, después los pájaros que vivían allí. Sólo cuando se acercaron, el espejismo de agua brillante se convirtió en el agua real del oasis.

El terreno era una especie de tierra de nadie, por lo que sólo los beduinos más tradicionales lo utilizaban. Pero no en esta época del año. Sabía que estaría vacío y había tomado precauciones para asegurarse de que así fuera antes de partir. El lugar había sido asegurado y preparado para su llegada. Aunque había protestado contra el lujo del castillo, estaba ansiosa por asegurarse de que Xander estuviera cómodo. Tanto para él como para ella. Cuanto más a gusto estuviera, más satisfacciones podría darle, pensó con una sonrisa.

En cuanto llegaron a los primeros árboles, bajó de un salto y acarició a su caballo para calmarlo tras el rápido galope.

Xander saltó de su caballo y miró a su alrededor. “Extraño, recuerdo el oasis de Shuruq Alshams como más pequeño”.

Elaheh sonrió, repentinamente inquieta. No debería haberle engañado, pero este oasis era tan hermoso que seguramente él la perdonaría en cuanto comprendiera dónde estaban realmente.

Fruncía el ceño mientras miraba a su alrededor. Empezó a caminar hacia las ruinas romanas, ocultas por los frondosos árboles, que delatarían la identidad del oasis. El corazón de Elaheh latió rápidamente presa del pánico al darse cuenta de que su estancia se vería truncada a menos que hiciera algo rápidamente. Estiró la mano y le agarró la suya. Parecía que tendría que empezar donde había pensado terminar.

“Déjame enseñarte dónde nos alojaremos”.

Por un momento no supo si él estaría de acuerdo, pero entonces la miró y su expresión se suavizó: pasó de la desconfianza a la calidez.

“Parece que no puedo negarte nada”, dijo con una sonrisa.

“Y eso es”, sonrió, “como debe ser”.

Elaheh le guió a través de las altísimas palmeras que ocultaban las aguas del oasis y subió por un estrecho sendero hasta una tienda que se había levantado en el lugar privilegiado, con vistas al verde oasis, completo con las ruinas romanas del antiguo balneario, ahora ocultas por la tienda.

Corrió hacia delante y abrió la cortina trasera de la tienda. Hizo una exagerada reverencia. “Mi jeque”, dijo con la cabeza inclinada.

Xander se dirigió a la tienda y ella lo siguió, observando cómo él absorbía todos los accesorios que ella le había indicado, principalmente la cama. Todo lo demás era mínimo, pero la cama estaba revestida de exuberante seda de todos los colores que Elaheh adoraba en secreto: berenjena, cobre, morados, rojos... Parecía una joya engastada en los tonos blanqueados del desierto. Lo siguió al interior y dejó caer la cortina. Se sintió aliviada al ver que la entrada principal seguía cubierta. Su ubicación seguía siendo un secreto. Ya se ocuparía de eso más tarde. Después de conseguir lo que quería.

Se volvió hacia ella. “Parece una escena para una seducción”, dijo, con el ceño ligeramente

fruncido. Por un momento dudó de su capacidad para seducir. “Pero, ¿quién seduce a quién?”, murmuró. Se acercó a ella, le pasó los dedos por el pelo y le acarició la mejilla con el pulgar. Sus dudas se disiparon de inmediato. “Parece que mi pupila ha superado sus miedos”.

Ella asintió, disfrutando de la forma en que sus dedos se movían contra su cuero cabelludo. “Lo he hecho, gracias a ti”. Le besó la palma de la mano. “Me enseñaste lo que era el verdadero placer”. Le sostuvo la mirada oscura. “Y quiero más.

Sonrió, esa rara sonrisa. “Entonces, Ela, te daré más”.

“Bien, porque quiero... mucho más”.

Enarcó una ceja. “¿Algo en particular?”

Se lamió los labios, repentinamente nerviosa por lo que estaba a punto de preguntar.

“Vamos”, dijo suavemente. “Todo lo que quieras me parece bien”.

“Quiero sexo. Sexo completo”. Ella hizo una pausa, pero él no respondió. “Te quiero dentro de mí”, dijo ella para aclarar las cosas, por si él no lo había entendido. Pero sus ojos no se oscurecieron.

“No.”

“¿No?” No estaba segura de haber oído bien.

“Así es, la respuesta es no. Tienes que guardar eso para tu marido”.

Ella rechinó los dientes, frustrada. “No sabía que eras tan anticuado”.

“Lo soy cuando se trata de ti”. Suspiró y le acarició el hombro. “Mira, quiero ayudarte. Sufriste una experiencia que ninguna mujer -ciertamente ninguna niña- debería soportar”.

Sus palabras picaron. “¿Sólo haces lo que haces para ayudarme? ¿No porque quieres?”

Soltó una carcajada. “No te tenía por inseguro”.

“No lo soy, pero aun así...”. Apartó la mirada y se alegró cuando él le cogió la barbilla y la inclinó de nuevo hacia él.

“Aun así, eres una mujer que desea ser deseada. Y, créeme, lo eres. Quería ayudarte. Quería mostrarte que no todos los hombres son iguales, no todos los hombres quieren herir, algunos quieren dar, otros quieren dar placer. Pero en medio de todo eso, mis sentimientos han cambiado”. Hizo una pausa como si le costara encontrar las palabras adecuadas. Ella decidió apiadarse de él.

“¿Y si fuera una mujer que ya no necesitara ayuda?”.

Sonrió. “Te seguiría deseando”. Dejó de sonreír. “Aún querría darte placer, ver tus ojos cerrarse mientras te entregas a tu pasión”.

“Me gusta cómo suena eso”. Se puso de puntillas y le besó. Cuando bajó de nuevo, su mirada se había calentado y decidió que valía la pena intentarlo de nuevo. Esta vez decidió que un acercamiento más físico podría funcionar.

Le bajó la mano por el pecho hasta rozarle la parte delantera de los pantalones. Sus ojos se entrecerraron. “Ela”, dijo en tono de advertencia.

Abrió mucho los ojos. “¿Qué?”

“No estamos teniendo sexo completo, no importa lo que puedas pensar”.

Se cruzó de brazos. “¡De verdad! Todo lo que quiero es sexo contigo. No sabía que fuera tan difícil conseguirlo. Tenía entendido que a los hombres les encantaba metérsela” -miró su evidente erección- “donde fuera”.

“No sé con quién has estado hablando, pero puedo asegurarte que soy exigente con lo que hago -para usar tu encantadora expresión-”.

Se sintió herida, y parpadeó cuando la extraña sensación la invadió. “Realmente no soy lo bastante atractiva para ti, ¿verdad?”. Su voz sonaba extrañamente débil y ronca. Intentó aclararse

la garganta, pero tenía un gran nudo que no cedía. Intentó levantarse el pañuelo que se le había soltado del pelo durante el trayecto, pero él la detuvo y se lo apartó aún más del pelo y la cara. Le cogió las mejillas con ambas manos y la miró a los ojos.

"Te equivocas, Ela. Te encuentro muy atractiva".

Ella tragó saliva. "¿Incluso cuando te estoy arengando?"

Se encogió ligeramente de hombros. "Me enfureces entonces, pero aún así no puedo evitar que mi cuerpo responda, como ahora. No, te encuentro muy atractiva. Acércate y te mostraré cuánto".

No habría podido negárselo, ni a sí misma, aunque hubiera querido, y desde luego no quería. Así que se echó en sus brazos y él le acarició la espalda y luego la parte inferior, antes de quitarle cuidadosamente la abaya. Luego la llevó a la cama y la tumbó. Le levantó el ligero vestido que llevaba bajo la abaya y le subió por la pierna, acariciándole el muslo. Ella se estremeció y cerró los ojos. El efecto de su caricia fue sorprendente, más que sorprendente. Era como si hubiera pulsado un interruptor que encendía otros interruptores, recorriendo su cuerpo, encendiéndolos uno a uno. Seguía sin abrir los ojos porque tenía miedo de ver lo que ese encendido había hecho en su cuerpo. Cada parte de ella se sentía hiperconsciente, como sintonizada en una frecuencia superior.

Luego, su otra mano subió por la otra pierna. Sus pulgares se curvaron alrededor de sus muslos y tocaron su parte más íntima. Esta vez abrió los ojos y se encontró con los ojos oscurecidos y excitados de Xander. Cuanto más la tocaba, más lo deseaba completamente dentro de ella. Deseosa, abrió las piernas y se levantó el vestido. Él no necesitó más invitación y le bajó las bragas. Cuando la tocó, ella jadeó mientras él jugueteaba con su piel húmeda.

"Ves", jadeó de nuevo, "estoy lista para que estés dentro de mí".

"Puede que estés preparado, pero no voy a entrar en ti".

"Por favor", pidió ella, incapaz de negar lo que latía en su interior.

"Me gusta cómo dices 'por favor'. Tal vez..."

"¿Sí?", preguntó esperanzada.

"Tal vez haya una manera".

"¿Cómo?"

"Te daré lo que deseas sólo si me entregas tu voluntad. Sólo entonces te complaceré".

¡Ha ido demasiado lejos! "¡No entregaré mi voluntad a nadie!"

Retiró los pulgares que la habían estado acariciando de un modo muy excitante. Ella apretó las manos de él para impedir que se moviera.

"Entonces no tendrás lo que quieres", replicó él, con los labios torcidos en una sonrisa sexy, como si supiera que ella se negaría, como si él hubiera querido que se negara. "Y tendrás que conformarte con un pequeño aperitivo".

"¿Qué vas a hacer?"

"Ya verás".

"Pero..."

"Ela, cállate."

No dijo ni una palabra más porque no había nada más que quisiera decir cuando las manos de él reanudaron su exploración. Ya no se detuvo en su sexo, sino que sus manos recorrieron sus caderas hasta llegar a su vientre plano. Luego bajó la cabeza y le besó el ombligo. Ella se retorció de placer.

"¿Por qué me ha sentado tan bien?", preguntó ella, consciente de repente de que su respiración se había acelerado.

“Cállate, Ela”, le ordenó de un modo despreocupado, con su aliento caliente sobre su piel desnuda. Y, aparte del grito ahogado cuando su lengua bajó por ella, lo hizo.

Se preguntaba qué iba a hacer y la expectación la tenía en vilo. Jadeó cuando su lengua encontró la fuente de su necesidad y la lamió como si fuera la bebida más exquisita y él se estuviera muriendo de sed en el desierto.

Agarró la ropa de cama con ambos puños y se arqueó hacia atrás, acercando sus caderas al rostro de él. En respuesta a su intensa reacción, él la chupó y al instante ella se sintió inundada por dentro con una intensa combinación de calor y calidez e intenso placer, como nunca había experimentado.

“¡Oh, Xander!”, jadeó. “Eso es maravilloso.”

Levantó la cabeza para mirarla. “Ela”, gruñó. “¿Quieres dejar de hablar?”

Ella cerró la boca, no quería discutir por si él dejaba de hacerle esas cosas. Él reanudó sus ministraciones y ella pronto se olvidó de hablar mientras las sensaciones enroscadas se intensificaban de nuevo y todos sus pensamientos y sentimientos se centraban en la oleada de placer que recorría su cuerpo. Y entonces el dedo de él rodeó el lugar que ella deseaba, provocándola, y ella abrió más las piernas. Deslizó el dedo en su interior y ella gritó inundada por poderosas sensaciones que la recorrieron repetidamente en oleadas, haciéndola jadear y concentrarse en el placer que le proporcionaban la lengua y los dedos.

Le hormiguearon los dedos y por dentro... bueno, por dentro le voló no sólo el aliento sino la mente, y en ese instante conoció una libertad que nunca antes había conocido. Y supo que siempre trabajaría para volver a poseer esa libertad.

Cuando los ecos de su orgasmo desaparecieron, se tumbó en la cama parpadeando, como si hubiera entrado en un mundo completamente nuevo. Y su primera visión de ese nuevo mundo fue el rostro de Xander.

“Deberías acostarte conmigo ahora”, dijo sin poder contenerse.

Su expresión de satisfacción masculina se desvaneció. “Normalmente se llama hacer el amor. Al menos cuando dos personas se encuentran en esta situación”. Le pasó las manos por las piernas y se sentó.

“Deberías hacerme el amor ahora”. Después de todo, estaba dispuesta a ceder hasta cierto punto. Bajó los ojos a sus pantalones. “Está claro que quieres”.

“Lo es”, dijo poniéndose de pie. “Y también debería quedarte claro a estas alturas que no es mi intención”.

No recordaba la última vez que no la habían obedecido. Se levantó, se acercó a él y deslizó las manos sobre su erección. Él cerró los ojos y aspiró entre los labios cerrados. Luego abrió los ojos y la miró fijamente. “¡Ela! No te vas a salir con la tuya”. Le quitó las manos. “A menos que quieras entregarme tu voluntad, aquí y ahora, y hacer todo exactamente como yo te diga. ¿Eh?”

Por un momento sintió el impulso de acercarse a él y ser la mujer sumisa que él quería, de poner las manos sobre sus hombros y bajarlas por sus brazos y apoyar la mejilla en su amplio pecho. Aquella idea de entregarse a alguien que era fuerte para alejar sus preocupaciones la aliviaba. Entonces le vino a la mente la imagen de su madre, alguien dócil que había sido superada por otras mujeres. Si eras débil, perdías, se recordó a sí misma. Sacudió la cabeza.

Volvió a sonreír. Había ganado y lo sabía. Ahora estaba claro que no quería que ella le rindiera su voluntad. “Entonces sugiero que comamos el festín que puedo oler que nos han proporcionado.”

“¿Y luego a la cama?”

“Sí, por supuesto”.

Mientras caminaba por la tienda recogiendo su ropa de donde había caído y poniéndosela de nuevo, se dio cuenta de que se sentía diferente. Era más consciente de su cuerpo, pensó en abstracto. Antes era algo que albergaba su voluntad y su cerebro. Ahora... no podía describirlo, lo que le molestaba. Le gustaba poder analizar las cosas y las personas. No fue hasta más tarde, cuando se tumbó en la cama después de haber recibido un gran placer, que se dio cuenta de que su cuerpo había despertado una voluntad tan exigente como su mente. La batalla había comenzado, no sólo entre ella y Xander, sino entre su mente y su cuerpo.

Al final, Xander había decidido que comer estaba sobrevalorado. Parecía que Ela estaba decidida a distraerlo. No iba a faltar a su palabra, pero cuando ella quiso complacerlo, como él la había complacido a ella, decidió que había que transigir un poco.

A veces, consideró -mientras Ela le acariciaba y acariciaba con las yemas de los dedos, con toda la mano y luego, sorprendentemente, con la boca-, una mujer proactiva y dominante podía ser exactamente lo que un hombre necesitaba.

Sólo más tarde, después de que Ela lo hubiera satisfecho y complacido tanto como él a ella, y ella yaciera acurrucada en sus brazos, profundamente dormida, como drogada de dar y recibir placer, se dio cuenta de que algo había cambiado dentro de él.

Se sentía diferente. Cerró los ojos mientras pensaba qué era lo que había cambiado. Podía oler su dulce fragancia, podía sentir su delicada piel y sus huesos bajo las yemas de los dedos, y podía sentir el latido de su corazón y el suyo, como si estuvieran fundidos, como si fueran una sola cosa.

Se congeló. *Una cosa.* Ella lo había destrozado, eso era lo que había hecho. Pero él no quería sentir nada, ¿verdad? Porque ese camino le abría a lo contrario del placer: le exponía al dolor. Algo que él conocía demasiado bien.

Se separó suavemente del cuerpo de Ela y se sentó en el borde de la cama, cuyas coloridas sedas y satenes estaban ahora desordenados y medio tirados sobre las alfombras tejidas que cubrían el suelo de la tienda. Apoyó la cabeza en las manos y cerró los ojos. ¿Qué había hecho? El corazón le latía con fuerza mientras se apretaba las sienes con las manos. La sangre bombeaba alrededor de su cuerpo, burlándose de su creencia de que había conseguido extinguir la vida en lo más profundo de su ser. Había pensado que sus emociones estaban tan reprimidas que las había extinguido. Parecía que estaba equivocado.

Se levantó, se dirigió a la tienda y agarró las cortinas, que apenas se movían en la quietud de la mañana. Necesitaba acabar con ese sentimiento, apagarlo antes de que lo destruyera. Necesitaba aire y luz.

Con un rápido movimiento apartó las cortinas y salió, esperando no ver nada más que el vacío del desierto para calmar su alma. En su lugar, se encontró con las ruinas del balneario romano y la belleza del oasis que se le grabó en la mente. Antaño había sido la escapada favorita de la familia real y sus amigos más íntimos. Y así había sido aquella noche en la que sus padres y su querido amigo fueron asesinados ante él y Roshan. La noche en que su vida había terminado. La noche en que su nueva vida, sin emociones, había comenzado.

De repente, sintió una mano en el hombro.

"¿Qué pasa?" preguntó Ela. "¿Qué pasa?"

No se volvió hacia ella, sino que siguió mirando, sin ver, la belleza y el dolor que se extendían ante él. Era como si el sudario que había envuelto su miedo y su tristeza se hubiera disuelto de repente, sin dejar nada más que el latido palpitante de un corazón sangrante, un

corazón sangrante a través del cual sentía dos cosas.

En primer lugar, la tristeza no había disminuido con el tiempo, sino que, en todo caso, se había vuelto más dolorosa. Y dos, su necesidad de esa mujer -esa mujer exasperante, testaruda y arrogante- se había agudizado. Y ambas cosas estaban inextricablemente unidas. Parecía que no podía tener una sin reconocer la otra. Y sabía por qué. Porque ambos sondeaban y pinchaban esa pobre cosa a la que solía llamar corazón.

Tenía que elegir. Podía ignorar a ambos o abrazarlos. Y, en ese momento no tenía ni idea de qué hacer.

Entonces sintió que su mano tocaba la suya. Cerró los ojos en respuesta, como si intentara que nadie viera en sus ojos dónde podrían verse los sentimientos. Se mordió el labio, mantuvo los ojos cerrados y no respondió a su mano. Pero, de todos modos, se enroscó alrededor de la suya. Si ella hubiera hecho algo más -hablar de nuevo, rodearlo con los brazos, exigirle un beso hambriento-, pensó que podría haberse negado. Habría sido capaz de responder a su energía con una fuerte dosis de la suya propia. Pero no lo hizo.

"Xander". Pronunció su nombre en un susurro, como el viento entre los árboles. Apretó los ojos con más fuerza, mientras sentía la atracción de su voz a través de su cuerpo. No podía dejar que ella lo afectara. No podía. Ese camino conducía a la locura. "Xander". La palabra volvió, un poco más fuerte, pero esta vez con duda. Fue la duda lo que lo hizo. Abrió los ojos y se volvió para mirarla.

Tenía un aspecto diferente, literalmente desnuda, pero no sólo en su cuerpo, cuyas pequeñas curvas se veían realzadas por las sombras que brillaban entre las palmeras. Sino también en sus ojos. Como si al hacer el amor se hubiera despojado de todo lo que la cubría, dejando a la verdadera Ela desnuda y descubierta ante él. Frunció el ceño y le apartó el pelo de la cara.

"Eres tan hermosa".

Esbozó una pequeña sonrisa. Parecía tan joven. Él le devolvió la sonrisa y la besó suavemente en los labios. No de la forma ardiente y sensual en que se habían estado besando, sino con ternura. De repente se dio cuenta de que todo había cambiado con aquel acto. Frunció el ceño.

Ella frunció el ceño. "¿Pasa algo?"

Tenía que hablar. Tenía que ser sincero con ella, lo sabía. "Habría estado bien si no hubiéramos venido aquí". Señaló fuera de la puerta el hermoso oasis lleno de recuerdos.

"Lo siento, fui egoísta, tenía tantas ganas de venir. Es tan bonito. Yo... no pensé que te importaría una vez que lo hubieras visto".

Hizo una mueca, pero su mano no se apartó de su cara, sus dedos se introdujeron entre su pelo, manteniéndola firme mientras su pulgar le barría la mejilla. "No es eso". Miró al exterior, viendo su belleza pero sin apreciarla. ¿Cómo iba a hacerlo si lo único que veía eran las manchas oscuras de la sangre derramada por sus padres y su amada sobre la arena blanca?

"¿Qué pasa, Xander?" preguntó ella "¿Qué pasa...?"

Sacudió la cabeza, intentando deshacerse de imágenes arraigadas en su mente y su corazón, imágenes que creía haber olvidado. "Contiene recuerdos... malos".

"Dímelo".

Tragó saliva mientras intentaba expresar el dolor con palabras que no dolieran.

"Fue aquí donde murieron mis padres. Fue aquí donde los mataron. Y, junto a ellos, la chica a la que amaba desde niño, la chica con la que iba a casarme". Se volvió hacia ella. "Murieron al instante. No sufrieron".

Extendió la mano para tocarle, para tranquilizarle con una simpatía instintiva.

“A diferencia de ti y Roshan”, dijo Ela con suavidad.

“Roshan era más duro que yo. Se lo tomó muy a pecho. Lo interiorizó y eso le hizo más fuerte. Pero yo”, sonríe apenado, “no soy tan duro y huí en cuanto pude. Me moría de ganas de irme de Sharq Havilah, pero parece que el amor por mi país no se puede evitar. Creí que había logrado escapar de sus garras por un tiempo, pero era más fuerte de lo que imaginaba”.

“Eras más joven, pasaba menos tiempo con tu familia. Usted estaba más perdido que Roshan “.

Xander se encogió de hombros. “Da igual, eso es el pasado. Prefiero hablar del presente”.

“No es el pasado”, dijo Ela sacudiendo la cabeza. “Sigue formando parte de tu presente y, por lo que parece, influyendo en tu futuro”.

Xander se sacudió la mano y apartó la mirada, incómodo. “No intentes psicoanalizarme. Por un lado, no lo necesito y, por otro, no sabes nada de mi pasado”.

“Sé lo suficiente para entender que aún estás dolida”.

“Por supuesto que sí. Y siempre lo haré. La única chica que amé, o amaré alguna vez, murió ese día, y también mi corazón”. Respiró hondo. “Creo que es hora de irnos, Elaheh.”

El silencio llenó la tienda. Por una vez, parecía que Ela no tenía nada que decir. Lo cual era bueno. Porque él tampoco. Lo que había dicho siempre lo había creído. Y aún lo creía, ¿verdad? Pero a medida que pasaban los segundos, a medida que Ela retiraba su mano de él, dejando aún más vacía la soledad de su dolor, la duda se deslizaba, rápidamente sofocada por el frío rigor de su voluntad, tal y como venía haciendo desde aquella noche fatal. No, era mejor así. Permaneció donde estaba, incluso cuando oyó a Ela moverse por la tienda detrás de él, vistiéndose, ocultando la pasión de su noche juntos.

Durante los diez minutos que Elaheh tardó en vestirse y recoger sus cosas, Xander no se volvió hacia ella ni la miró a los ojos. Había dicho lo que pensaba y ella sabía que lo decía en serio. Había puesto fin a su relación antes de que empezara por culpa del pasado. Pero era demasiado tarde para ella. Xander la había cambiado y ya no había vuelta atrás. Ella lo quería, la amara o no.

Y, ahora, miraba, una vez más, por encima del oasis que tenían ante ellos hasta el lejano horizonte. Ella comprendió que era más fácil que enfrentarse a su dolor. Sus ojos se fijaron en los planos de su rostro, sombreado por el sol bajo que se filtraba entre los árboles. Hacía unas semanas, miraba aquel rostro arrogante y apuesto y se indignaba. Aún quedaban rastros de aquello, pero ahora, con su creciente intimidad, algo había cambiado en lo más profundo de su ser. Y ahora, cuando le miraba, sentía algo totalmente distinto. Se esforzaba por encontrar la palabra que lo describiera. La única palabra a la que volvía una y otra vez era “querido”. Su rostro le resultaba querido. Se apartó de repente al darse cuenta de que se había enamorado de él. Tragó saliva.

“Xander”, dijo finalmente. “Antes de irnos, debo preguntarte una cosa.”

“¿Sí?”, preguntó brevemente.

“Dices que no volverás a amar, pero aún así te casarás, ¿no? Con alguien a quien no ames, tal vez. ¿Pero aún así te casarás?”

“Por supuesto”, dijo.

“Entonces, tal vez”, dijo ella con su rotundidad habitual, “podríamos...” Él levantó la mano para que dejara de hablar. Pero no era necesario, su confianza había disminuido al instante ante la expresión de su rostro.

“Creo que deberíamos abandonar este lugar. Ahora”, dijo con voz fría y autoritaria. “No ganamos nada quedándonos. Ya hemos hecho lo que íbamos a hacer”.

Ella se agarró el estómago, donde le habían dolido sus palabras, pero él no se dio cuenta; no se volvió. Si le hubiera dado una bofetada, no habría podido sentirse más herida. Y, ¿qué hacía ella cuando se sentía herida? Retirarse a la frialdad, como él había hecho, como ella debería haber hecho antes.

“Por supuesto”.

“Volveremos a Sharq Havilah donde podrás quedarte hasta que identifiquemos al hombre que te amenazó. Sólo serán unos días. El último informe fue prometedor. Lo estamos buscando”.

“No volveré a Sharq Havilah. Como dices, la amenaza casi ha pasado. He huido y me he escondido lo suficiente. Soy reina y volveré a mi país desde aquí”.

“¿Estás seguro?”

Ella asintió, sintiéndose de repente muy segura. “Sí. Ya no tengo miedo”.

“¿Porque casi hemos atrapado al autor?”

No, pensó, pero no lo dijo. Porque me has quitado el miedo a los hombres. Porque vuelvo a estar completa. “Sí, exactamente eso”, mintió.

“Bien. Dejaré a algunos de mis hombres aquí para escoltarte de vuelta al palacio”.

Ella asintió, aunque no tenía intención de permitírselo. Tenía sus propios planes.

Xander no tardó en seguir su camino. No habían vuelto a hablar y ella no lo vio marcharse. Habría sido demasiado doloroso. En lugar de eso, se limitó a esperar. Y cuando se dio cuenta de que se había ido, cogió el teléfono.

Mensaje tras mensaje de su visir llenaban la pantalla. Él, al menos, era fiel. Él era su camino a seguir. Esta vez no dudó, pulsó el botón y le dio instrucciones claras.

CAPÍTULO 10



ELAHEH HABÍA DESPEDIDO A LOS GUARDIAS RESTANTES EN CUANTO SUPO QUE SU VISIR IBA A recogerla. Con cada minuto que Xander se había ido, su rabia había ido en aumento: rabia por haber bajado la guardia y haber permitido que Xander entrara en su corazón. Rabia porque él la había rechazado.

Ni siquiera sabía que *tenía* corazón hasta que Xander se propuso ayudarla. ¡Ayudarla! Como si necesitara ayuda. Recuperó el aliento al ver desvanecerse la polvareda que indicaba la partida de Xander y sus hombres.

Se dio la vuelta. Pero, por supuesto, había necesitado ayuda. Y él había hecho precisamente eso: ayudarla a aceptar lo que le había ocurrido, lo que había cambiado el curso de su vida hacía tantos años. La había convertido en una mujer nueva que podía esperar un futuro como el de cualquier otra mujer.

Pero, en el proceso, le había robado el corazón y se lo había devuelto, no deseado, abierto y herido.

Tendría que enfrentarse a su futuro sin Xander a su lado, o en su cama. Se le antojaba un largo camino gris y vacío que debía soportar en lugar de vivir como es debido. Al menos antes de que Xander despertara su corazón, su vida se había llenado y había cobrado sentido gracias al deber. Pero ahora el deber se desvanecía en la insignificancia al lado del amor que Xander había despertado en ella.

Su desesperación se vio repentinamente interrumpida por el ruido de un motor que venía de la otra dirección. Sería su visir, que venía a recogerla. Estaría sola, pero podría ser reina del país para el que había nacido, y podría casarse y tener hijos para continuar el largo y orgulloso reinado de su familia. Aún no parecía suficiente, pero lo sería. Haría que funcionara. Era la Reina de Tawazun y lo *conseguiría*. *Y*, pensó, si me lo digo a mí misma lo suficiente, puede que empiece a creérmelo.

Al acercarse el Range Rover, Elaheh se fijó en el hombre con aspecto de oso que era su visir. Era hijo del visir de su padre, pero no se parecía en nada a éste, que había sido obsequioso. Abzari era un hombre orgulloso y había sido un buen consejero para ella. Fue el único de sus consejeros que coincidió con ella en que no debía casarse demasiado pronto. Siempre la había apoyado y la protegería en estas últimas horas hasta que encontraran al hombre que había escrito las cartas amenazadoras. El propio Xander había dicho que lo sabrían al final del día. Cuando llegara a su país y a su palacio, todo habría salido a la luz y ella estaría a salvo. Sola, tal vez, pero a salvo.

"Alteza", la saludó el visir.

"Abzari", dijo, contenta de ver su cara familiar después de una semana fuera. "Me alegro de

verte”.

¿Se lo imaginaba o su expresión era diferente? Le recordaba a la de su padre: distante, desaprobador y... ¿qué era eso? Algo hirviendo a fuego lento detrás de sus ojos. ¿Podría ser ira? Luego pareció serenarse y la expresión impasible y amanerada de siempre volvió a su rostro.

“Me alegro de verla bien, Su Alteza. Yo... todos estábamos muy preocupados”.

“No era necesario”, dijo ella, dándose la vuelta para recoger sus cosas personales. “Te dije en la videollamada que estaba a salvo”.

“Pero no dijiste de qué se trataba”.

Ella le lanzó una mirada aguda. “No, no lo hice”. Y no tenía intención de decirle nada al respecto. Apartó la mirada. “Ahora, tal vez podamos seguir nuestro camino.” Ella miró alrededor de la tienda y trató de no pensar en lo que había encontrado aquí. Una felicidad efímera en los brazos de un hombre que le era indiferente.

“Por supuesto, mi reina. Me tomé la libertad de proporcionarle algunos refrescos para el viaje”.

“¿Crees que me faltaba refresco aquí?” Suspiró pesadamente. “Que así sea, si te hace feliz y podemos seguir nuestro camino”. Realmente, no sabía por qué Abzari se quejaba tanto, pero al menos alguien lo hacía. Se bebió el vaso de un trago y se lo devolvió. “Ahora, tal vez podamos continuar”.

Subió a la parte trasera del Range Rover y se acomodó la túnica a su alrededor, observando que le habían añadido cojines. Una vez más, parecía que Abzari estaba decidido a hacerla sentir cómoda en el corto viaje de regreso a su país.

“Acomódate, mi reina”, dijo, sus ojos se encontraron en el espejo retrovisor. “Y te devolveré a donde perteneces”.

Suspiró mientras una peculiar languidez la invadía. De repente, los cojines le parecieron más acogedores.

“Tal vez”, murmuró. Apoyó la cabeza en el cojín y sintió que se deslizaba hacia un lado. Se sentía demasiado cansada para sorprenderse cuando la luz se desvaneció rápidamente y cayó en un sueño sin sueños en el que ni siquiera Xander podía alcanzarla.

“¿Qué demonios estáis haciendo?” Xander se levantó las gafas de sol y miró a los hombres a los que había dicho que se quedaran con Elaheh. “¡Les dije que se quedaran con ella hasta que yo diera la orden!”

Los hombres murmuraron y miraron con recelo, no dispuestos a decir que aceptaban la palabra de una mujer antes que la de Xander.

Se puso de pie con las manos en las caderas, observando a sus hombres. “No me lo digas. Ya lo sé. Supongo que te despidió y no tuviste elección”.

Los hombres asintieron y volvieron a murmurar. Xander se dio la vuelta, exasperado. ¡Esa mujer! ¿Por qué no podía hacer lo que él quería por una vez? Se mordió el labio, aún de espaldas a sus hombres. No quería que vieran lo preocupado que estaba al pensar en ella sola, en el desierto, con la única compañía de unas pocas empleadas domésticas hasta que llegara su propio personal.

Había supuesto que ella haría lo que él le había sugerido y esperaría a estar segura de la identidad del autor de la carta para volver a casa. Pero, ahora que lo recordaba, se dio cuenta de que ella nunca había dicho que estuviera de acuerdo. Él lo había supuesto.

Y, al parecer, tras una rápida llamada al esquelético personal doméstico que se había quedado

para atenderla, sólo había acudido a recibirla una persona, no su equipo de seguridad habitual. Y no habían salido en dirección a Tawazun, sino que se habían adentrado en el desierto, hacia el Barrio Vacío.

¿A qué estaba jugando? ¿Quizá le había pedido a su visir que la llevara a un lugar más seguro, lejos de los demás? ¿Quién sabía con Ela?

Jugueteó con las llaves del coche en el bolsillo, la intuición le pedía desesperadamente que volviera con Ela. Esto era ridículo. Era una mujer adulta que podía cuidar de sí misma. Pero aun así, la imagen de ella -los ojos muy abiertos, la boca respirando su nombre mientras respondía a sus caricias íntimas, el alma y el corazón heridos por el pasado- se le metió en la cabeza. Tenía que saber que ella estaba bien. No podía volver a casa hasta que supiera que ella estaba a salvo.

"¡Su Alteza!" Uno de sus hombres extendió su teléfono. "¡Noticias de palacio!"

Xander no tenía ni idea de qué tipo de noticias, pero presentía que no serían buenas.

Cogió el teléfono. "¿Sí?"

"Es el Gran Visir de Tawazun, Alteza", dijo uno de los miembros del equipo de seguridad al que había encargado averiguar la identidad del autor de la carta. "Hemos tenido un avance. Parece que se había vuelto descuidado al desesperarse por encontrarla".

"¿De qué estás hablando? ¿Qué tiene que ver el gran visir con el acosador?".

"Todo, señor. Él *es* el acosador. Abzari escribió esas cartas amenazadoras".

Xander sintió que se le salía la sangre de la cara mientras maldecía en voz baja. "¿Lo sabe ya?"

"No, señor. Usted me dio instrucciones de venir directamente a usted con cualquier noticia".

"Bien", dijo Xander, con el cerebro dándole vueltas a los distintos escenarios. Si Elaheh no lo sabía, su Gran Visir no sabría que iba tras él. Eso le daba una ligera ventaja. Terminó la llamada y emitió nuevas órdenes. De ninguna manera iba a arriesgar la vida de Elaheh haciendo lo que quería: perseguirla solo y arrebatársela a su visir. Necesitaba refuerzos; necesitaba lo que fuera para asegurarse de que Ela estaba a salvo.

Dio la vuelta a su vehículo y, con un convoy de coches de seguridad siguiéndole, volvió sobre sus pasos, pero no hacia el castillo, sino hacia el Barrio Vacío, hacia el lugar donde se había visto a Elaheh dirigirse por última vez.

La primera vez que despertó, el mundo se le reveló a Ela en fotogramas desenfocados, uno tras otro, inconexos y confusos. No sabía dónde estaba ni si estaba soñando. Al final, cerró los ojos y volvió a caer en la inconsciencia.

La segunda vez que se despertó, su visión se centró más rápidamente en un hombre sentado al otro lado de una hoguera, cuyo rostro le resultaba familiar a través de las llamas de un naranja intenso. Sus ojos estaban fijos en ella.

"¡Abzari! ¿Qué está pasando? ¿Dónde estamos?"

"El lugar donde te sientes más en casa, Elaheh. El desierto, donde ambos pertenecemos".

Lo único que le llamó la atención al instante fue el uso de su nombre de pila. Nunca la había llamado por su nombre. Y que lo hiciera ahora le produjo una profunda punzada de miedo.

Se levantó tambaleante y se agarró la cabeza, que le dolía como nunca.

"Por qué..." Entonces ella le miró de nuevo, y se dio cuenta de lo que había hecho. "¿Qué había en esa bebida que me diste?"

Se levantó y se acercó a ella. El fuego crepitaba y estallaba junto a ellos. "Algo que te facilite tener lo que quieres".

Ella sacudió la cabeza palpitante. “¿De qué estás hablando? ¿Qué demonios está pasando, Abzari? ¿Por qué me has drogado? ¿Por qué me has traído aquí? Miró a su alrededor en la oscuridad que había descendido mientras ella había estado en su propia oscuridad personal. “¿Y dónde estamos?”

“Eso no importa. Lo que importa, Elaheh, es que por fin estamos juntos, sin gente que pueda interrumpirnos”.

Antes de que ella pudiera replicar, él le cogió las manos con las suyas, unas manos que nunca antes se habían atrevido a tocarla, y la empujó, no más lejos, sino más cerca de él. Ella chocó contra su pecho y pudo oler el empalagoso aroma que él usaba, y por un instante pensó en lo diferente que era el olor de Xander. Xander que ella quería inhalar totalmente, pero el olor de Abzari le provocaba arcadas.

“¿Qué crees que estás haciendo? Repito, quítame las manos de encima inmediatamente”.

Su labio se curvó y negó con la cabeza. “No. No volverás a escaparte de mí”.

“Fuiste tú, ¿verdad? Tú eres la persona que dejó las notas”.

“Por supuesto. ¿Quién más te quiere como yo? Ni siquiera consideraste que sería yo, ¿verdad? Tú y tu familia siempre habéis sido tan superiores. Pero yo siempre he estado ahí para ti. Tu futuro está conmigo, a mi lado”.

Elaheh tuvo que luchar contra el miedo que amenazaba con convertir sus piernas en gelatina. Piensa, se dijo, piensa. “Por supuesto, tienes razón. Siempre has estado a mi lado. Pero lo que no entiendo es por qué tenías que escribirme. ¿Por qué las notas? ¿Por qué no decirme simplemente cómo te sentías?”.

“No fue tan fácil. Me veías sólo como tu visir. Quería que me vieras como un hombre que te quería por tu pureza, alguien que haría cualquier cosa por ti”.

“No quiero que hagas nada por mí. Todo lo que quiero es que trabajes para mí, como lo has estado haciendo. Nada más”.

“¿Trabajo?” Le apretó las muñecas. “¿Sólo me quieres para eso? Te demostraré que soy más que eso”.

Él la atrajo hacia sí y ella sintió su aliento en la cara. Su respiración se aceleró. Se sentía como un pájaro atrapado. Bastaría con que él flexionara la mano para que ella se sintiera como si fuera a estallar.

Luego frunció el ceño y sacudió la cabeza. “No tengas miedo, Elaheh”. Ella palideció. “Será hermoso, y luego, después, serás mía, y llegarás a amarme como yo te amo”.

Ella se apartó, aprovechando que él la dejaba marchar. “Te olvidas de ti mismo, Abzari.”

Frunció el ceño. “No, te equivocas. Por primera vez en mucho tiempo, me recuerdo a mí mismo. He sido el mayor apoyo de tu familia durante años y ahora es el momento de vengarme”.

“No creí que trabajaras para recibir una retribución. ¿Crees que te debo algo?”

“*Sé* que lo sabes”.

Con cada afirmación daba un paso atrás, su mente buscaba un modo de alejarse de su visir y volver a ponerse a salvo. Pero entonces sus talones se estrellaron contra la pared de una cabaña en ruinas y se dio cuenta de que no tenía otro lugar donde moverse. Xander... El nombre resonaba en su cerebro, burlándose de ella. Le había dicho que se quedara donde estaba hasta que se pusiera en contacto con ella. La había mantenido a salvo hasta que ella lo había alejado. Pero Xander no podía salvarla ahora. No tenía idea de dónde estaba y sin duda él estaba a salvo en su propio palacio. Pero su nombre podría salvarla.

Ladeó la cabeza. “¿Y qué, Abzari, consideras que te debo?”

Volvió a acercarse, presionando las palmas de las manos contra las paredes de adobe, a

ambos lados de los hombros de ella. Estaba atrapada. Sus ojos furiosos e inteligentes se habían transformado en lujuria. Al menos ahora podía reconocer cuando un hombre estaba excitado.

"Tú", dijo, con sus labios carnosos formando la forma de un beso.

Ella golpeó su mano contra su pecho mientras él intentaba quitarle ese beso. "¡Alto ahí! ¿Qué esperas ganar atacándome a mí, tu reina?"

Frunció el ceño, como herido. "¿Atacando? No te estoy atacando". Entonces el ceño se frunció, sustituido por una mirada lasciva. "Estoy a punto de hacerte el amor".

Incluso mientras por dentro se revolvía aterrorizada, su mente trabajaba horas extras. Piensa. Piensa. "¿Y después qué? ¿Te has parado a pensar en lo que haré cuando volvamos? ¿Realmente esperas salirte con la tuya?" Ella se detuvo de repente, dándose cuenta de que él no podía esperar salirse con la suya, en cuyo caso él debía creer que ella nunca volvería a su país, nunca vería a nadie... nunca volvería a ver a Xander. Se mordió el labio intentando que no le temblara mientras el terror la invadía.

"Por supuesto. Porque llevarás a mi hijo-heredero a Tawazun. Mi heredero. Estarías demasiado avergonzada para admitir lo que te ha pasado. No, nos casaremos y ocuparé el lugar que me corresponde a tu lado". Le agarró el hombro. "Sé que tienes miedo porque eres pura, pero pronto te acostumbrarás".

"¡No tengo miedo, porque esto no va a pasar!". Las lágrimas corrían por su rostro, delatando su miedo.

"Sí, lo hará". Sin esperar a que ella respondiera, apretó los labios contra los suyos y le levantó la túnica.

Gritó y se apartó. "¡Detén esta locura inmediatamente, Abzari!"

"¡No es una locura! ¡Serás mía! Seré el primero y el único en tenerte".

"¡No! ¡No lo estarás!"

Le agarró la barbilla, pero al menos se apartó del beso. "¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que el rey de Sharq Havilah y yo hemos decidido casarnos".

"No."

Una sola palabra se interponía entre ellos.

"Eres pura", continuó. "Nadie puede apreciarte como yo".

"Ya no soy puro."

"¿Qué quieres decir?"

Respiró hondo para decir la mentira. "Quiero decir que Xander y yo hemos hecho el amor".

"No. Eso está mal. No creo que me deshonrarías de esa manera ".

De repente se dio cuenta de que estaba completamente loco. En algún lugar de las profundidades de su mente retorcida, siempre había creído que estarían juntos.

Sacudió la cabeza con incredulidad.

"No", repitió. "Sigues siendo pura. Sólo lo dices para intentar apartarme de ti". Le pasó los dedos por el pelo y la apretó hasta que se le humedecieron los ojos. "No me alejarás de ti, Elaheh. No importa lo que digas".

"Vendrá aquí por mí. No puedes hacer esto, Abzari."

Gruñó. "Te estás tirando un farol. Nadie sabe que estamos aquí. Y nadie lo sabrá. Tengo la intención de quedarme aquí hasta que tengas a nuestro bebé. Sólo entonces volveremos a casarnos".

Se le fue el color de la cara y se sintió enferma y débil al darse cuenta de que él podía llevar a cabo su plan. Abrió de una patada la puerta de la cabaña y tiró de ella hacia el interior. Con sólo echar un vistazo, se dio cuenta de que el destartalado lugar había sido amueblado y estaba bien

provisto de provisiones para al menos un mes, suficiente para que él llevara a cabo sus planes.

"¡Ahora, a la cama!"

Y en ese momento se dio cuenta de que no podía hacer nada. Nada, excepto luchar, con su cuerpo y su mente. Y seguiría luchando mientras le quedara aliento en el cuerpo.

Xander conducía con el pie apoyado en el suelo, instando al vehículo a ir cada vez más deprisa, deseando que el creciente viento no cubriera las huellas de los neumáticos del coche que le había precedido. Había dejado atrás sus tierras, y las de Tawazun, y se había adentrado en los vastos confines de los desiertos rojos del Rub' Al Khali, o el Barrio Vacío, como lo habían llamado tan prosaicamente los europeos. Hace miles de años, las caravanas del comercio del incienso podían atravesar estas tierras. Pero ahora eran más secas e inhóspitas que antes y pocas tribus habitaban la zona. Si las arenas se movían, cubriendo las huellas, Xander sabía que no tenía la menor esperanza de encontrar a Ela.

Siguió adelante mientras el cielo se oscurecía, pero no mostraba estrellas, señal de que les esperaba mal tiempo. Entonces parpadeó y se dio cuenta de que las huellas habían desaparecido. Detuvo el coche y, por un momento, la desesperación se apoderó de él. Salió al exterior, se subió las gafas de sol y miró a su alrededor, donde la luz se hacía cada vez más intensa, como un moratón aplastado por los elementos y descolorido por la tormenta que se avecinaba.

"¡Ela!" Llamó al desierto mudo de arenas anaranjadas y nubes negras. "¡Ela!", volvió a gritar, antes de llevarse las manos a la sien, casi desesperado. Giró primero en una dirección y luego en otra, buscando señales de vida en la oscuridad cada vez más densa. Detrás de él sabía que su gente le seguía. Pero fue delante de él donde forzó la vista, buscando cualquier cosa fuera de lo común, cualquier cosa que pudiera revelar su paradero.

No fue hasta que volvió al coche, fuera del aire azotado por la arena, y sacó un mapa, que lo supo. Nadie se aventuraría lejos con este tiempo. Sería un suicidio. Y definitivamente sabía que el suicidio no era la intención del visir. Su dedo se movió por el lugar en el que se encontraba hasta detenerse en un pequeño punto negro. Y se quedó allí. Eso indicaba que allí había existido una vez un pequeño asentamiento... y tal vez siguiera existiendo, por lo que él sabía. Se conectó al anticuado dispositivo de comunicación que utilizaban en el desierto y dijo brevemente a su equipo adónde se dirigía y que le siguieran. Pero no podía esperarles. Cada segundo contaba.

Puso pie a tierra y, sujetando la brújula, se dirigió hacia el pequeño punto del mapa que era su única esperanza.

"¿Cómo te atreves a hablarme así?". Elaheh decidió que luchar con su ingenio era lo más efectivo. "Soy tu reina".

Sacudió la cabeza. "Una vez, tal vez. Pero ahora eres la mujer que amo y a la que pretendo convertir en mi esposa".

"¿Amor? ¿Amor?", repitió, incrédula. "¿Es así como tratas a alguien a quien amas?"

Él dio un paso hacia ella y ella tuvo que luchar para no apartarse. Hacerlo sería mostrar debilidad y ella sabía que eso nunca funcionaba. "Así es como trato a alguien a quien necesito reclamar". La miró fijamente. "Y te haré mía. Te tendré aquí el tiempo que haga falta para dejarte embarazada. Y entonces estarás demasiado humillada para hacer otra cosa que no sea convertirme en tu marido".

"Te equivocas".

“No, no me equivoco. Eres demasiado orgulloso para que alguien imagine que has sido humillado como yo pretendo humillarte”.

Piensa, Elaheh, piensa. Ahora sólo tenía su cerebro para protegerla. Él era demasiado grande y demasiado fuerte y ella no estaba entrenada en defensa propia para manejarlo. La única salida era el coche y él tenía las llaves en el bolsillo.

“Tienes razón, por supuesto, Abzari”, dijo, forzando la voz baja y sumisa.

Su ceño se frunció y una sonrisa nauseabunda se dibujó en su rostro. “Sabía que entrarías en razón”. La agarró por el hombro y tiró de ella. Era lo que ella quería, pero tuvo que obligarse a no sentirse repelida por todo lo que había en él: su cuerpo sudoroso, su olor y la fuerza con que la agarraba. “Ahora, bésame”.

Eso era ir demasiado lejos. Sabía que no podría hacerlo sin tener arcadas. Intentó sonreír, pero la boca de él estaba abierta sobre la suya, abierta y húmeda, su lengua empujando dentro de su boca. Ella gritó, al mismo tiempo que su mano lo manoseaba, tratando de encontrar las llaves. Él pareció tomar esto como un estímulo y apretó su dura erección contra ella, con las manos recogiéndole las faldas, intentando subírselas por las piernas.

Justo cuando sus manos de oso le agarraban el muslo desnudo, ella encontró las llaves, se apartó de él y, con toda la fuerza que pudo reunir, le dio un rodillazo en la ingle. Él se dobló con un golpe de aire y un grito agónico.

Corrió hacia la puerta, la abrió de un tirón y se equivocó. Se volvió hacia él, todavía doblada.

“No soy demasiado orgullosa para protegerme... como pueda”, dijo entre dientes apretados. Pero, para su horror, él rugió, se lanzó sobre ella y la golpeó contra la pared de adobe, su cabeza chocó contra ella y el mundo dio vueltas. Le golpeó la cara con la mano abierta y ella sintió el sabor metálico de la sangre, mientras la habitación se ponía patas arriba y ella caía al suelo.

Elaheh yacía en el suelo de tierra batida y escupía sangre por la boca. Le palpitaba la mejilla donde la había golpeado. Un rugido llenó sus oídos. Al principio pensó que era la sangre que golpeaba su confundida cabeza, combinada con el frenético rugido de Abzari. Sólo cuando la mesa estalló en astillas al caer sobre ella el cuerpo de Abzari, se dio cuenta, en su confusión, de que había alguien más en la habitación, alguien más que rugía.

Elaheh intentó darse la vuelta para ver qué ocurría, pero el dolor era demasiado intenso en el brazo. De repente, estallaron luces a su alrededor, que entraban en la habitación a través de ventanas que antes eran negras. Se preguntó si habría muerto y se habría ido al infierno: el dolor, los gritos y las luces ardientes. El pensamiento se desvaneció cuando su mundo se volvió negro de repente.

CAPÍTULO 11



"ELA, ELA", REPETÍA UNA Y OTRA VEZ LA SUAVE VOZ. LE RECORDÓ A SU MADRE, ENTRE OTRAS cosas porque sintió como si la acunaran hasta que se durmió, el suave contacto de una mano sobre su mejilla. Quizá no había aterrizado en el infierno, sino en el paraíso. Una tierra prometida donde podría olvidar su dolor y sus penas y reunirse con su madre.

Suspiró e intentó darse la vuelta, pero una ráfaga de dolor la atravesó. No, entonces no era el cielo. Era el dolor de los vivos. Abrió los ojos y se encontró con la tierna mirada de Xander.

"Gracias a Dios que has despertado".

Luchó por incorporarse, pero se estremeció al ser arrojada de un lado a otro.

"Estamos saliendo del desierto, hay una ambulancia esperando. Siéntate. Tienes el brazo roto".

Ella hizo lo que él le decía y descubrió que su propio brazo la acunaba. Él la estrechó contra sí, suavizando el rebote del vehículo, y ella volvió la cara hacia su cuerpo, necesitando su consuelo, mientras su mano le acariciaba la espalda.

"Ahora te tengo, Ela. Te tengo. Estás a salvo".

No quería moverse, pero tenía que saberlo. Con todo el esfuerzo que pudo, levantó la vista hacia él. "¿Y Abzari? ¿Qué le ha pasado?"

"Está muerto. Asesinado por su propia mano antes que afrontar las consecuencias de sus actos. Llevaba un cuchillo, pero se lo clavó a sí mismo, no a mí ni a ti".

Cerró los ojos brevemente mientras la imagen de la violencia autoinfligida se agolpaba en su mente. "No sé qué le pasó. Durante años me cuidó, me protegió. Y mientras tanto..." No podía soportar expresar lo que ahora sabía que él había estado pensando.

"Todo el tiempo ocultaba sus verdaderos pensamientos y sentimientos. Te quería a ti, y quería tu reino. Y estaba decidido a tener ambos, sin importar lo que costara".

"Sabes, podría haberlo logrado, si no fuera por ti, Xander".

"Llegué justo a tiempo".

"No." Le puso el dedo en la mejilla. "No me refiero a eso. Quiero decir que me enseñaste a ser fuerte".

"Siempre fuiste fuerte".

Ella negó con la cabeza. "Por dentro no. Por dentro tenía miedo, y tú me lo quitaste. Por eso pude plantarle cara. Eso fue lo que le impidió violarme".

"Tiempo suficiente para que vaya a por ti".

Ella asintió. "Sin esa fuerza que encontré en mí, las cosas podrían haber sido muy diferentes".

El vehículo se detuvo de repente y las luces intermitentes de la ambulancia llenaron el coche.

Ela miró por la ventanilla y reconoció la carretera. Era el cruce entre su país y el de Xander.

Xander saltó, le abrió la puerta y la llevó a la ambulancia. Pero ella insistió en levantarse, en subir a la ambulancia por sus propios medios, a pesar del dolor.

Xander gritó órdenes al conductor de la ambulancia. "¡Hospital Sharq Havilah! Tan rápido como puedas".

"¡No!" La voz de Elaheh era tranquila pero autoritaria. Todos se volvieron hacia ella. "No. Quiero volver a mi país", dijo mirando a Xander. Luego se volvió hacia el conductor de la ambulancia. "Tawazun, por favor. Al palacio. Que el equipo médico se reúna conmigo allí".

Mientras la acomodaban en la parte trasera de la ambulancia, Xander se agarró a la puerta y se quedó mirando. No habló hasta que ella y las enfermeras se hubieron acomodado.

"¿Tawazun?", preguntó, incrédulo.

Ella asintió. "Soy la Reina de Tawazun y volveré allí. No me acobardaré ni me esconderé de nadie, nunca más. A partir de ahora me valdré por mí misma".

"¿Pero por qué?"

"Porque me mostraste que podía".

Xander se apartó, las luces de la ambulancia le cortaban la cara alternativamente con un rojo sanguinolento y un gris amarillento; ambos se distorsionaban, ambos revelaban un dolor que hizo que Elaheh se incorporara y empezara a tenderle la mano, a cambiar de opinión. Pero antes de que pudiera hacerlo, las puertas se cerraron de golpe y Xander desapareció de su vista.

Mientras se alejaban, cerró los ojos e imaginó a Xander viéndola marchar. La había salvado, sentía algo por ella, ella lo sabía. Pero, en última instancia, no tenían futuro. Ambos eran líderes de sus respectivos países y el deber era lo primero. Si la hubiera amado, habría sido diferente, pero había dejado claro que su corazón estaba enterrado en el desierto junto a la mujer que había amado tantos años atrás. Y Xander había despertado en ella un corazón que necesitaba ser amado y no se conformaría con menos.

~

Las heridas físicas de Elaheh sólo habían tardado meses en curarse, pero aún estaba esperando a que sanara el dolor emocional de su separación de Xander. Algunos días lo amortiguaba el trabajo constante y la presión a la que se sometía mientras seguía trabajando duro como líder de su país. Otros días -especialmente por la noche- el dolor era agudo como una cuchillada recién hecha y en esos momentos se desesperaba.

Anoche había sido una de esas noches. Había soñado con él acariciándola y besándola, provocándola con sus labios y sus dedos, y cuando se despertó en una cama vacía, sin aliento por la lujuria, el dolor de su pérdida la golpeó con más fuerza que nunca.

Se levantó del escritorio, incapaz de concentrarse.

Sabía que le quería y que él seguía enamorado de una chica que había muerto años atrás. Pero también sabía que ahora era más fuerte que nunca; era una mujer capaz de pedir lo que quería.

Había trabajado duro para fortalecer su país y que pudiera avanzar hacia un futuro de fortaleza económica y cultural. Había nombrado nuevos consejeros deseosos de que Tawazun se convirtiera en la poderosa nación que podía llegar a ser, pero también había trabajado con figuras consolidadas que se aseguraran de que el pasado de su país no cayera en el olvido. Si podía hacer eso con éxito, podría hacer cualquier cosa. *Cualquier cosa*. La palabra resonaba en su cerebro. Tal vez incluso casarse con un hombre al que amaba con todo su corazón, pero que no la amaba.

Cuando la alejaron de él aquella noche en la ambulancia, le había mentido a Xander y a sí misma. Le había dicho que el deber era lo primero, su deber para con su país. Pero había sido una excusa. Lo primero había sido su orgullo. No quería admitir que amaba a alguien que no la amaba.

Pero los meses transcurridos le habían demostrado la verdad del viejo adagio: el orgullo precede a la caída. Porque mientras su estatus como reina y su país habían ido viento en popa, su corazón y sus emociones habían estado en caída libre, y sólo cuando aterrizaron supo que no podía continuar sin él. O al menos, no podía continuar sin pedirle lo que quería. Era su última oportunidad de ser feliz.

Se levantó de un salto y llamó a su ayudante. Se negaba a pasar otra noche soñando con lo que quería, sin pedirlo. Si él decía que no, ella seguiría adelante. La vida nunca sería como ella quería, pero la convertiría en algo. Y... había una posibilidad de que él dijera que sí. Y entonces, ¡qué vida le esperaba! Su corazón se aceleró al pensarlo. Estaba decidida a utilizar cualquier arma que tuviera a su favor. Si tenía que seducirlo primero, lo haría. Seducirlo y luego proponerle matrimonio. Era un plan desalentador, pero ya no era una mujer que se dejara intimidar por nada.

~

Desde que Xander se había marchado de Ela, la vida le parecía comida sin sabor. La había probado a mordiscos como sustento, pero pronto se había desanimado por su sequedad e insípido sabor. Quería fuego, pero no lo había en ninguna otra parte.

Había pasado los meses intermedios observando desde la distancia cómo Ela crecía como reina, conduciendo a su país hacia grandes logros. Las reuniones por vídeo entre los líderes de sus países eran impersonales, de negocios y breves. Apenas había intercambiado media docena de palabras con Ela, y habían sido estrictamente de negocios. El trabajo que habían hecho antes en el proyecto de infraestructuras había concluido y se había entregado a sus administradores. Ya no había motivo para que estuvieran solos, a pesar de que Xander se devanaba los sesos tratando de encontrar una razón.

No, Ela ya no le necesitaba. Ella lo había superado. ¿Pero lo había hecho?

Se levantó de la silla a regañadientes, se acercó a la ventana y miró el cielo cada vez más oscuro, salpicado de albaricoque por el sol que se había ocultado tras el horizonte añil. La ciudad que se extendía ante él, y la tierra que se extendía hasta las montañas azuladas, ya no eran algo a evitar, algo que Roshan le había impuesto. Desde la masacre de sus padres y de su amada Selya, había odiado aquel lugar. Pero el odio era la otra cara del amor y, al parecer, en algún momento de los últimos meses, su vida había dado un giro de 180 grados y había vuelto a caer de lleno en el lado del amor. ¿Y quién había provocado ese cambio? Una persona que había llegado a su corazón, lo había apretado, lo había sacudido un poco y, al hacerlo, lo había resucitado.

Se frotó distraídamente el pecho, donde su corazón latía con una vida que iba más allá del bombeo físico de la sangre por su cuerpo. Este nuevo corazón afectaba a todo lo que hacía, desde sus interacciones con su pueblo hasta sus decisiones sobre su bienestar, pasando por su amor por su hermano y su creciente familia. Pero este nuevo corazón también sentía dolor. Especialmente por la noche, cuando no tenía nada que llenara su mente, nada que ocupara sus pensamientos. Entonces, como ahora, la ausencia de la mujer que amaba, y que ya no le necesitaba, se colaba en cada rincón de su ser, hurgando en su recién encontrada sensibilidad, y encontrándola cruda y necesitada.

Cerró los ojos contra la brisa marina, que se había acelerado al ponerse el sol, e imaginó su voz. Ya desde el principio le había gustado escucharla. Sonrió al recordar lo mucho que le había irritado. Pero ahora sabía que la irritación se debía a que, incluso entonces, ella había tocado ese lugar que él protegía con tanta intensidad.

Cerró los ojos con más fuerza aún al imaginarla pronunciando su nombre, mientras alcanzaba el clímax entre sus brazos. Le excitaba como ninguna otra cosa. No sabía por qué se burlaba de sí mismo. Pero no pudo evitarlo.

Entonces volvió a oír su nombre. Su voz suave, jadeante y sensual parecía más real. Sacudió la cabeza y se agarró al borde de la ventana, dispuesto a aceptar la realidad, a desterrar la voz de su cerebro. Pero volvió. Esta vez más cerca. Abrió los ojos de par en par y se dio la vuelta.

Ela estaba ante él en toda su imperiosa belleza, con los labios aún abiertos por haber pronunciado su nombre. No se movió. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Su desesperada necesidad de ella había invocado también su imagen?

“Xander”. Ella sonrió. “¿No vas a decir algo? ¿Aunque sea para preguntarme cómo me las arreglé para convencer a tus guardias de que me permitieran entrar?”

Si sólo hubiera dicho su nombre, aún habría dudado de su cordura y de su realidad. Pero el hecho de que ella hablara y se acercara a él desterró las últimas ideas de que estaba viviendo un sueño. Pero sólo había una forma de estar seguro.

Dio un paso adelante y cogió sus manos extendidas entre las suyas y las apretó con fuerza. “¡Ela! ¿De verdad eres tú?”

“Por supuesto que lo es. A menos que haya un imitador de Elaheh en algún lugar que tenga igual poder de persuasión que tus guardias”.

Se llevó las manos a los labios y las besó. Luego suspiró y dejó que su mirada recorriera sus hermosas facciones. “Estaba pensando en ti”.

Su rostro, que había mostrado una expresión casi dubitativa, estalló en una gran sonrisa. “¿De verdad? Nada malo, espero”.

Sacudió la cabeza. “No, nada malo. Sólo estaba imaginando...” Vaciló, sin querer decirle la dirección exacta de sus pensamientos.

“Imaginando... ¿qué?”

Si se lo decía y ella sólo estaba aquí para ultimar algún asunto de estado que él había olvidado, quedaría como un tonto. Necesitaba saberlo.

“Ela, ¿por qué estás aquí?”

Su mirada vaciló y se lamió los labios, abrió la boca, la cerró y luego lo miró con una sonrisa firme, como si se obligara a avanzar. “Estoy aquí porque nunca me diste algo que quería”.

Frunció el ceño. “¿No lo hice?” Su mente daba vueltas a lo que posiblemente le había ocultado. No se le ocurrió nada. Incluso le había dado su corazón, aunque ella no lo supiera.

“No.”

“¿Y qué era eso?”

No se había dado cuenta de que ver a una mujer tragar nerviosamente podía ser tan seductor.

“No me hiciste el amor”.

Y con esas palabras su mundo se inclinó sobre su eje, encontrando una base más firme.

“Ah. Así que ya no lo llamas sexo”.

“No. Tal vez con otras personas...”

Una ráfaga de celos le recorrió el cuerpo. Debió de reflejarse en su expresión, porque ella se acercó más a él, rozándole el pecho con la mano antes de volver a mirarlo, con los labios pegados a su cuerpo.

“No es que lo haya intentado con otras personas, porque no me interesa el sexo. Sólo hacer el amor. Sólo contigo”, añadió en voz baja.

Xander no se había dado cuenta de que llevaba un nudo tan apretado dentro de sí. Debía de haberse acostumbrado a él y ahora sólo sabía que estaba ahí cuando se relajaba, como si Ela hubiera arrancado el nudo de un elaborado lazo de seda y éste se hubiera deslizado hasta el suelo, dejándolo libre por primera vez en toda su vida.

“¿Es eso cierto?”, dijo él, deslizando las manos alrededor de la cintura de ella. “¿Y por qué, Ela, has decidido esperar tanto antes de pedírmelo de nuevo?”.

Ella hizo un mohín y fue todo lo que él pudo hacer para no apretar inmediatamente sus labios contra aquellos labios sensuales y carnosos. Pero quería saber su respuesta.

“Ya te lo pedí una vez y te negaste”.

“Y, sin embargo, has vuelto otra vez. Me pregunto por qué. Me pregunto qué ha cambiado”.

“Yo. Lo he hecho”.

Sus palabras eran sencillas, pero su significado era cualquier cosa menos eso. Necesitaba saberlo. “¿En qué sentido?”

Ahora estaba menos segura. Sus párpados parpadeaban mientras su mente se agitaba, intentando expresar sus pensamientos con palabras. “Una vez me pediste que me entregara a ti”.

“Sí, pero...” Pero antes de que pudiera explicarse, ella le puso un dedo en los labios.

“Sé que no lo decías con mala intención. Pero tienes razón. Mi orgullo se había interpuesto y de repente me di cuenta de lo que querías decir. Tuve que soltar todas las estupideces que me impedían acercarme a ti con el corazón abierto”. Le miró a los ojos con fijeza. “Tuve que renunciar a mi orgullo porque, al final, era lo único que se interponía entre tú y yo”. Levantó la otra mano y la apretó contra su pecho, separando los dedos. Él sintió su calor. “Y te deseo, Xander”.

Necesitó todo su autocontrol para no cogerla en brazos, llevarla a la cama y hacerle el amor muy, muy a fondo. En lugar de eso, se apartó un poco y la miró. “Entonces demuéstralo”, dijo con un gruñido apenas reprimido.

Fue su turno de fruncir el ceño. “¿Cómo? Dime cómo y lo haré”.

“He escuchado tus palabras, ahora necesito sentir lo que tu cuerpo me dirá. Sólo entonces te creeré de verdad”.

El ceño fruncido desapareció en una breve sonrisa antes de que ella se pusiera de puntillas y apretara sus hermosos labios contra los de él. Se apartó demasiado pronto.

Apretó las manos con fuerza para no reaccionar. Quería agarrarla, tirarla a la cama, arrancarle la ropa interior y penetrarla profundamente. Pero un enfoque tan agresivo no iba con Elaheh. Tenía que tomarse su tiempo. Tal vez más tarde se desarrollaran sus relaciones sexuales, pero ahora, ella tenía que tomar la iniciativa.

“A ti, Ela”, dijo en un suave susurro.

Elaheh sintió que las palabras de Xander le daban fuerza, que fluían por su cuerpo, iluminando cada parte con deseo y confianza. Se apartó, divertida por los leves rastros de incertidumbre en los ojos de Xander. No sabía lo que ella estaba a punto de hacer. Bien. Eso la hizo estar aun mas segura de que podia confiar en sus instintos, de la misma manera que podia confiar en su cerebro.

Se quitó la abaya y la tiró al suelo. Sólo tenía una vaga sensación de incomodidad. Normalmente se aseguraba de doblarla y entregársela a una sirvienta para que la guardara o la

lavara. Nunca dejaba nada arrugado en el suelo. Cruzar este umbral le resultaba liberador.

Con renovado propósito se deshizo del mismo modo del corto vestido de seda que llevaba bajo la túnica.

Xander fue y apagó la luz. Lo único que quedaba eran los trozos de luz de luna por el suelo, que conducían a la cama. No era suficiente para ella. Quería ver, quería experimentarlo todo.

"No, deja la luz encendida. Quiero verte. Y yo quiero que me veas".

Sonrió. "Claro. Volvió a encender la luz. "Ahora", le hizo un gesto. "Por favor, continúa".

Se alegró de haber tenido la precaución de llevar un sujetador que se abrochaba por delante. Con un giro de sus dedos se liberó de él y lo tiró encima del resto de su ropa. En realidad, no era necesario abrir demasiado la ropa. Luego se quitó las bragas y las dejó a un lado. No tenía ni idea de si a sus ojos le quedaban bien. Había oído hablar de otras mujeres que se afeitaban las partes íntimas para sus hombres, que se ponían los pezones más rojos, que adornaban sus partes íntimas con joyas. Ella no había hecho nada de eso. Sólo estaba ella misma, y esperaba que eso fuera suficiente.

Por su reacción, parece que sí. "Um, la perfección", dijo, mientras se acercaba a ella y ahuecó sus mejillas y la besó a fondo.

No había previsto lo erótico que sería, de pie ante el hombre al que amaba y deseaba más que a nadie en el planeta, desnuda y vulnerable, pero poderosa al mismo tiempo.

Rodó sobre sus talones una vez más. Sólo se le ocurría una cosa más erótica y era ver a Xander sin ropa y apretar su cuerpo desnudo contra el de él, sentir y conocer cada centímetro de su cuerpo no a través de la vista, sino por el tacto contra su piel.

Sus dedos tantearon mientras intentaba desabrochar primero un botón de la camisa y luego otro. Mientras tanto, las manos de él se mantenían firmes en el trasero de ella, tirando de sus caderas contra él, su estómago acariciando su erección, haciendo que sus movimientos fueran aún más torpes. Al final, le arrancó la ropa y los botones de la camisa rebotaron por el suelo de baldosas. Entonces no pudo esperar más y le apretó los labios en el pecho y luego en el vientre mientras sus dedos se afanaban en abrirle los pantalones y liberar su erección en las manos que la esperaban.

Sabía exactamente lo que quería hacer primero. Con su carne dura entre las manos, le miró a los ojos para que pudiera ver su reacción, se puso de puntillas y se estiró todo lo que pudo para darse el placer que anhelaba. Luego se frotó contra él. Jadeó al primer contacto, inclinó la cabeza hacia atrás con un suspiro mientras movía la húmeda punta de él por sus lugares más sensibles, y luego sintió que el deseo agotaba sus fuerzas mientras se relajaba en sus manos.

Con un rápido movimiento la levantó en brazos y ella rodeó su cintura con las piernas, besándolo con una pasión que no sabía que existía en su interior. Quería todo lo que él podía darle ahora.

Se sentó en la cama y ella se puso de rodillas para permitirle un mejor acceso a sus pechos, que él se llevó -primero uno y luego el otro- a la boca, succionándolos, introduciendo el pezón, duro y necesitado, más profundamente en su boca, tirando de alguna cuerda invisible en lo más profundo de ella.

Al mismo tiempo, exploró su sexo con los dedos. Estaba más mojada que nunca y lo deseaba ya. No quería esperar ni un momento más a que él estuviera dentro de ella.

Intentó empujarle de nuevo a la cama, pero él no cedió. Parecía que su fuerza de voluntad había encontrado la horma de su zapato.

Levantó la vista de sus pechos, sonrió y la giró rápidamente hasta que quedó tumbada de espaldas sobre la cama. Intentó coger un condón, pero ella se lo impidió. "No es necesario",

jadeó, y volvió a agarrarlo para asegurarse de que no se iba a ninguna parte. Si había pensado en detenerse, desapareció cuando ella lo tocó.

Centrándose en sus ojos, sosteniendo su mirada, abrió las piernas de par en par. Por un momento se sintió expuesta, incómoda, demasiado lejos de su zona de confort de absoluta propiedad. Pero olvidó todas sus preocupaciones cuando vio lo excitado que estaba.

Le levantó las piernas y le besó el sexo. El contacto la hizo temblar de anticipación. Le pasó los dedos por el pelo y se aferró a él mientras la saboreaba. En cuestión de segundos, las sensaciones se intensificaron hasta desembocar en un potente orgasmo que la sacudió y dejó su cuerpo temblando.

Pero no tuvo tiempo de deleitarse con las sensaciones, pues Xander se colocó en posición y con un movimiento rápido y resbaladizo la penetró. Por un segundo se sorprendió de lo profundo que la había penetrado. Y se puso tensa.

Él no se movió, sólo se mantuvo allí, mientras eludía sus temores jugando con sus pezones con la lengua antes de besarla tan profunda e intensamente como estaba dentro de ella.

Ella se relajó bajo sus atenciones, y él lo sintió, y sólo entonces se deslizó fuera de ella, las sensaciones mientras su piel se movía contra la suya enviando ondas de placer a través de su cuerpo hasta la punta de los dedos de los pies.

“Oh”, exclamó sorprendida. Le agarró las nalgas, preocupada de que fuera a correrse, pero entonces él empujó hacia atrás, todavía suavemente, y cualquier otro pensamiento o preocupación fue barrido por la explosión de sensaciones que la llenó.

Iba y venía, sacando y volviendo a meter. Cada vez, sus sentidos se agudizaban un poco más. Se sentía como si la hubieran empujado al borde de un estanque de agua dulce y profunda, tras años de sequía. Lo único que deseaba era caer en ella y ahogarse de placer. Pero Xander no tenía prisa y estaba decidido a asegurarse de que el viaje hasta la rendición fuera igual de placentero. Puede que Ela hubiera iniciado el acto amoroso, pero Xander se aseguraba de permanecer atento a cada matiz o sugerencia de sentimiento de Ela, para que el placer fuera su única respuesta.

Sólo entonces, cuando ya no tuvo dudas, liberó su autocontrol lo suficiente como para sustituir la dulzura por una pasión más asertiva que Ela supo apreciar plenamente.

Ambos se corrieron al mismo tiempo, Ela se aferró a sus hombros mientras él bombeaba con sus caderas, con movimientos cortos y bruscos, todo lo que tenía dentro de ella. En ese momento supo que no podría vivir sin aquello. Y que haría cualquier cosa, cualquier cosa, por hacerlo suyo.

Se puso de lado y la atrajo contra sí, la envolvió en sus brazos y la besó. Luego ambos cayeron en un medio sueño o aturdimiento que ella no habría podido describir. No supo cuánto duró. Pero cuando volvió en sí, él seguía abrazándola y sus piernas estaban pegajosas con su semilla. La tocó tímidamente, y él gimió y sustituyó su dedo por el suyo. Ella rodó sobre su espalda, indefensa ante la embestida de sus inteligentes caricias.

La tarde se convirtió en noche -una noche de amor y sueño arrebatado- y la noche volvió a convertirse en día. Era lo mismo, pensó Elaheh mientras estaba tumbada, con las piernas enredadas, la mente y el cuerpo totalmente relajados, como uno solo y, sin embargo, totalmente distinto.

Colocó las piernas en el suelo y fue al baño. Cuando salió de la ducha, ya estaba vestida.

Xander se volvió hacia ella somnoliento. No parecía que se hubiera movido.

“Te has levantado temprano”, dijo sentándose.

“Y he pedido café”. Puso una taza junto a la cama.

“Hm”, dijo, tomando un sorbo del líquido fuerte y caliente. “Supongo que sigues adelante”,

dijo con una sonrisa irónica.

Ella le respondió con una sonrisa. “Me conoces muy bien”.

“Ciertamente mejor que ayer a esta hora”.

No lo sabía. El delicioso dolor entre sus piernas se lo decía. Asintió con la cabeza. “Y”, dijo lentamente, “¿te gusta lo que sabes?”

Extendió la mano y se la besó. “Creo que sabes que sí”.

Volvió a asentir. “Sólo quería estar seguro antes de proceder al siguiente paso”.

Su sonrisa se desvaneció, sustituida por el ceño fruncido. Dejó el café, se levantó y se puso la bata. Se cruzó de brazos y la miró. “¿El siguiente paso, Ela?”

“Sí, el siguiente paso, Xander. Es hora de ir al grano”.

CAPÍTULO 12



"¿QUÉ?", PREGUNTÓ XANDER CON INCREDULIDAD. "¡ELA! ¿DE QUÉ ESTÁS HABLANDO?"

"Negocios, Xander. Es hora de pasar a los negocios".

¿De verdad había creído alguna vez que Ela podía cambiar? Xander sacudió la cabeza con incredulidad. Acababa de hacer el mejor amor de su vida y lo único que Ela podía hacer era decir que era hora de ponerse manos a la obra.

"¡Eres realmente increíble!"

Frunció el ceño. "No parece que lo digas en el buen sentido".

"En este caso, tienes razón, no lo sé. Dime, ¿por qué demonios has venido aquí de todos modos? Porque no suena como si hubieras venido a hacer el amor".

"He venido aquí", dijo como si fuera una maestra de escuela explicando un hecho obvio a sus alumnos, "para demostrarte que no éramos incompatibles. En la cama o fuera de ella", añadió como una ocurrencia tardía.

Xander apenas podía creer lo que oía. "*¿No* son incompatibles?", repitió.

"Exactamente. Y creo que tienes que concluir que no lo somos".

Sacudió la cabeza. ¿De verdad estaba oyendo esas cosas? Pero claro, se trataba de Ela. "¿No qué? Creo que he perdido el hilo".

Se aclaró la garganta, cada vez más incómoda.

"No es incompatible", susurró. "Tal vez no me estoy explicando muy bien".

Resopló. "¿Tú crees? ¿Por qué no vas directamente y dices lo que piensas?".

Levantó la mano. "Vale. Lo que intento decir es que creo que deberíamos casarnos".

Abrió mucho los ojos y sospechó que su boca había seguido el ejemplo.

"¡Ela! Nunca dejas de sorprenderme. Un minuto estás hablando -de forma muy tibia, tengo que decir- de lo compatibles que somos, y al siguiente estás diciendo que deberíamos casarnos. ¿Cómo has pasado de una cosa a la otra?".

"Lógica".

"¿Lógica?"

Ahora parecía muy nerviosa, como si quisiera que él la rescatara del lío que había montado con la conversación. Bueno, él estaba demasiado alterado para echarle una mano y devolverla a la cordura de su mundo.

"Sí, lógica. Xander. Ya no somos enemigos. ¿Estás de acuerdo?"

Asintió con la cabeza. "Sí", dijo lentamente.

"Bien. Al menos en eso estamos de acuerdo. Ya ni siquiera me pones de los nervios", dijo con una sonrisa desarmante.

"Y ya no me pones de los nervios".

Ella dejó de sonreír y su rostro se heló momentáneamente. Él sonrió y ella se quedó más helada.

"No veo cómo podría ponerte de los nervios", dijo.

"Tú sacaste el tema".

La frialdad se derritió y ella asintió. "Supongo que sí. Sí, ahora podemos hablarnos sin querer matarnos. Creo que eso es tan buena base para el matrimonio como cualquier otra cosa".

Si no hubiera sido por su ingenua sonrisa, le habría tirado un jarro de agua por encima.

"¿Y crees que no querer matarse el uno al otro es una buena razón para casarse?".

Se encogió de hombros. "Por supuesto, ¿por qué no? Abrió las manos en un gesto expansivo. "Al fin y al cabo, nuestros países serán más fuertes juntos que separados. El proyecto de infraestructuras no tendrá escollos ni problemas si estamos unidos".

Entrecerró los ojos. "Seguiremos siendo dos países separados".

"Sí, pero en esencia somos las mismas personas. Sólo que en mi país seguimos en contacto con nuestra cultura".

Su rostro se ensombreció un poco. "¿Quieres decir que no lo somos?"

Se encogió de hombros. "No exactamente". Suspiró. "Simplemente quiero decir que tu..." Vaciló mientras seleccionaba cuidadosamente la palabra adecuada. Xander no pudo evitar preguntarse cuáles eran las palabras que ella rechazaba. "Vuestra *atención se* ha cent*rado* en la economía. Si nos casáramos, uniríamos nuestros países, no formalmente, sino en la práctica, para ser lo mejor de ambos mundos. Ambos países tendrían todas las ventajas que traería el aumento del comercio. Pero la vida tradicional de tu pueblo y el mío continuará. Si nos unimos podemos asegurarnos de que así sea".

Seguía con los brazos cruzados. Sentía que su ceño estaba fruncido de forma permanente. "Menudo discurso".

"Xander, ¿no lo ves? Tú eres soltera, yo soy soltera, nosotros... nos gustamos, y yo disfruté haciendo el amor contigo. Así que..."

"Así que crees que deberíamos casarnos basándonos en esas cosas".

"Sí, así es. Usted, por supuesto, seguiría siendo Rey de Sharq Havilah, y yo..."

"Por supuesto...", intervino.

Asintió con la cabeza. "Por supuesto, seguir siendo Reina de Tawazun. Pasaríamos la mitad del tiempo en cada país, pero en los tiempos que corren nada nos impide seguir trabajando fuera de nuestros países."

Puso las manos en las caderas. "Parece que lo tienes todo resuelto".

Los nervios desaparecieron y ella sonrió. "Sí, lo he estado pensando".

"Excelente", dijo entre dientes apretados. "Parece que llegaste aquí con una agenda. Al menos tienes un punto marcado en ella. El sexo. Perdón, hacer el amor. ¿Algún punto de acción que necesite saber?"

Se lamió los labios. "Sólo..."

"¿Sólo?"

"Sólo cuándo será nuestro próximo encuentro".

"Nuestro próximo encuentro. ¿Nuestra boda, quizás?"

Se le iluminó la cara. "Sí, podría ser".

Su rostro se ensombreció. "No, no podría", gruñó.

"¡Pero, Xander! Sólo piénsalo. Todo tiene sentido".

"Para mí, no. Estás pensando en el matrimonio como solías pensar en el sexo. Simple, sin complicaciones copulando. Ya no crees en eso, ¿verdad?"

“No, claro que no. Me has demostrado que es mucho más”.

Dio un paso más hacia ella. “Entonces usa esa mente feroz y lógica que tienes, Ela, para explicarme qué es lo que hace que sea mucho más”.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Luego respiró hondo e inclinó la barbilla obstinadamente hacia arriba. “Es lo que sentimos, por supuesto. Nuestros sentimientos. Si necesitas saberlo, Xander, te lo diré. Te quiero. Ya está, lo he dicho. No lo mencioné antes porque pensé que podría ser inaceptable para ti”.

Le tocaba callarse. Esa palabra siempre podía callarle. Amor. Ni por un minuto había imaginado que ella le diría que lo amaba, porque no creía que lo hiciera. Pero no dudaba de ella porque una cosa de Ela era que rara vez mentía y siempre decía lo que realmente creía, aunque a veces sonara frío y extraño.

“Me quieres”, consiguió susurrar, como si le hubiera dado cuerda su declaración.

“Sí”, dijo, con el ceño fruncido como si estuviera a punto de llorar.

Por su mente pasaron imágenes de todas las personas que había amado y perdido. Especialmente sus padres y Selya. Perderlos había cambiado su vida. Le había arrancado el corazón y Ela lo había reemplazado. De pronto se sintió tan emocionado que no pudo hacer otra cosa que sacudir la cabeza.

Se alejó un paso. “Lo siento, no debería haber dicho nada. Es sólo que, lentamente, poco a poco, me curaste, me hiciste darme cuenta de que podía confiar en un hombre, y que yo no era mi madre, y nunca lo sería. Así como tú no te pareces en nada a ningún hombre que haya conocido antes. Confío en ti, Xander”.

“¿Cuánto?”

Ella frunció el ceño. “¿Cuánto confío en ti?”

Asintió con la cabeza.

“Completamente”.

“Bien.” Se acercó a ella, le rodeó la cintura con las manos, la levantó y se la echó al hombro. Ella chilló e hizo un sonido como si estuviera sin aliento. Al menos dejaría de hablar.

La llevó a la cama y la dejó caer sobre las sábanas de seda, que ya estaban desordenadas.

Ella luchó por incorporarse. Él negó con la cabeza y le levantó la túnica. “Entonces no tuviste tiempo de vestirte completamente”.

“No, yo...” Ella chilló de nuevo cuando los dedos de él hicieron contacto con su sexo, y cayó de nuevo sobre la cama por su propia voluntad. “Yo... tenía prisa.”

No cejó en su exploración, demorándose donde sabía que surtiría efecto. “Las prisas nunca son buenas, Ela”.

“No”. Aspiró aire entre los dientes, entornó los ojos y se agarró a la ropa de cama. “No, tienes razón. No la tiene”.

Ella estaba temblando ahora, y más mojada de lo que él la había hecho nunca. “Ahora, ¿dijiste que confiabas en mí?”

Tragó saliva y asintió.

“Bien. Se sumergió y la besó antes de girarla sobre su estómago. Ella lo hizo fácilmente. Tuvo la sensación de que podría hacerle cualquier cosa en ese momento y ella lo disfrutaría.

Jugó un momento con sus pechos antes de colocarle las caderas en posición y penetrarla por detrás. Ella gritó su nombre sin aliento, como había soñado tantas veces. Parecía que un sueño no tenía nada que envidiar a la realidad.

Ella era todo lo que él necesitaba, todo lo que borraba el pasado y hacía que sólo quisiera moverse del presente porque sabía que el futuro sería el doble de bueno.

Ella gritó no una, sino dos veces de orgasmo cuando él la penetró repetidamente, antes de que él la penetrara con su semilla, reclamándola para sí. Ella podría dudar de su respuesta, pero él nunca habría mantenido relaciones sexuales sin protección con alguien con quien no fuera a casarse. Se lo diría a su debido tiempo. No hay prisa, se dijo.

Elaheh se tumbó boca arriba, esperando a que su corazón se calmara y su respiración se calmara lo suficiente como para hablar. Apretó la palma de la mano contra su pecho palpitante y se preguntó, una vez más, cómo era posible que Xander creara un placer tan exquisito en su cuerpo. No tenía ni idea, sólo quería asegurarse de que nunca se detuviera.

Giró la cabeza para mirarle. Abrió la boca para hablar, pero su rostro la dejó sin aliento. Era tan guapo, tan fuerte. Le acarició los pómulos, resaltados por la luz que entraba por la ventana abierta, y luego, pasándole lentamente los dedos por el pelo, se echó encima de él y lo besó. Finalmente se separó del beso, aunque sus caderas se contorsionaron ligeramente contra las de él.

"Tenemos que hablar, Xander", dijo ella.

Él gruñó, un gruñido muy sexual que le hizo preguntarse si hablar no estaba sobrevalorado. "No vamos a hablar mucho si sigues acostado encima de mí de esa manera."

Por mucho que lo deseara, deseaba más asegurar su futuro con él. Así que se apartó de él y se levantó de la cama. Se ajustó el vestido y se quedó de pie a los pies de la cama, mirándole. Realmente era magnífico en todos los sentidos. Ahora sólo tenía que asegurarse de que era suyo.

"Me gustaría..."

"No, Ela. No te vas a salir con la tuya en esta ocasión".

De repente, saltó de la cama y entró en el vestuario contiguo.

Se quedó de pie, sin habla y atónita. "¡Xander!" Tropezó tras él, llena de un miedo desesperado de haber ido demasiado lejos y haberlo asustado. Se detuvo junto a la puerta, aferrándose a ella con todas sus fuerzas para no arrojarse sobre él y suplicarle que se quedara. Él le daba la espalda y rebuscaba en su escritorio, tirando cosas a un lado.

"¡Xander!", repitió. "¡Lo siento!"

La miró con el ceño fruncido antes de seguir buscando.

"¡Xander!" No tenía ni idea de lo que estaba buscando, pero fuera lo que fuera, obviamente era algo más importante que ella. El pánico la invadió. ¿Y si se había pasado de la raya? ¿Y si al ser ella misma, a él no le gustaba lo que veía? Porque si él la dejaba ahora, no sabía qué haría sin él. Las lágrimas brotaron en sus ojos, se tambalearon en su superficie y luego rodaron en gruesas gotas por su mejilla. "Xander", graznó, con la voz llena de emoción, apoyándose pesadamente contra la pared.

Se dio la vuelta. "¡Ela! ¿Qué demonios?" Se acercó y le levantó la barbilla hacia la suya. Estaba distorsionado a través de sus lágrimas, todo lo estaba, todo su mundo se rompería sin él.

"Por favor, Xander, te necesito, te deseo, por favor no me digas que me vaya".

La estrechó contra su cuerpo, la rodeó con los brazos y le besó la cara. "Ela, ¿qué demonios te hizo pensar que quería que te fueras?"

Se apartó, con el pelo revuelto y las lágrimas aún distorsionándole la vista. "Porque dijiste que no me saldría con la mía. Y lo que yo quería era que te casaras conmigo. Si no quieres eso, entonces no tenemos futuro. Y" -otra avalancha de lágrimas la hizo sollozar- "y, no creo que pudiera soportarlo".

"Menos mal", dijo.

Sacudió la cabeza, confundida, cuando él se apartó de ella y de pronto se arrodilló ante ella.

“¿Qué estás haciendo?”

“Elaheh, lo que estoy haciendo es ponerme de rodillas para pedirte que te cases conmigo”.

Ella ahogó una carcajada entre lágrimas al ver de repente lo que su visión oscurecida no había podido ver antes. Tenía en las manos una cajita de terciopelo que abrió de un tirón para revelar el mayor anillo de diamantes que había visto en su vida, y había visto muchos.

Sin dejar de reír, acarició el diamante y le miró a los ojos, que de repente parecían inseguros.

“¿Por qué te ríes?”, preguntó. “¿No crees que hablo en serio?”

“Me río”, dijo Ela, “porque me siento aliviada. Pensé que me ibas a decir que me fuera”.

“¿Después de lo que hemos hecho hoy aquí? ¿Después de todo lo que hemos pasado estos últimos meses?”

Ella asintió, toda risa desapareció ahora. “Lo que hemos pasado me ha cambiado. Pero no todo en mí. Me has ayudado a deshacerme de mis miedos ante los hombres, y me has ayudado a derribar la barrera de orgullo que anteponía a mí y a todos los demás. He renunciado a esas cosas, pero hay cosas que no puedo cambiar y que no renunciaré a nadie, ni siquiera a ti.”

“¿Y esas cosas son?”

“Yo. Todos esos aspectos de mí, que son yo. No puedo cambiar, Xander. Y no cambiaré. Soy quien soy. Las lecciones que aprendí de la vida y muerte de mi madre permanecen conmigo. Tengo que ser yo misma y defenderme siempre. A esas cosas nunca renunciaré”.

“Y tampoco, mi amor, me gustaría que lo hicieras”.

“Siempre seré mandona, discutidora, posiblemente incluso irritante a veces...” Se interrumpió. “Dijiste ‘amor’”.

“Lo hice. Te llamé ‘mi amor’, porque lo eres”. Su mirada recorrió su rostro. “Mi único amor, la única persona en este mundo con la que quiero vivir mi vida, codo con codo, país con país”. Le pasó los dedos por el pelo y le acarició la cara. “No deseo que nadie se entregue a mí, y menos alguien tan especial, tan hermosa, tan maravillosa, como tú”.

¿”Maravilloso”? ¿De verdad? Pero a veces puedo ser punzante, y a veces hablo demasiado”.

“No te querría de otra manera. Y, yo, sin duda, tengo cualidades que pueden irritarte”.

“Unas cuantas”. Sonrió. “No suena como una receta para un matrimonio tranquilo”.

“Bien”, dijo, besándola de nuevo. “Porque un matrimonio tranquilo es lo último que quiero. Me mantendrás interesado como nadie lo ha hecho antes. Y nuestro acercamiento será siempre más explosivo y apasionado gracias a ello. Sin ti, puede que tenga silencio, pero no tendré paz, porque estaré anhelándote, deseándote, soñando contigo. Ela, no puedo vivir sin ti, y no puedo amar sin ti. Es así de simple, y así de complicado. Por favor, ¿quieres casarte conmigo?”

Lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza porque las lágrimas volvieron a brotar. Pero, al parecer, el asentimiento fue suficiente porque él le puso el anillo en el dedo y luego le quitó las palabras de la boca con otro beso.

EPÍLOGO



EL AIRE ERA CÁLIDO Y SOFOCANTE, Y EL ÚNICO SONIDO ERA EL DE LAS HOJAS QUE CRECÍAN POR encima del muro y atrapaban la brisa marina, y el zumbido de un ventilador de techo que los refrescaba en la terraza de abajo. Normalmente no sentía el calor, pero tampoco estaba embarazada.

Elaheh aspiró profundamente el aire perfumado de jazmín. Debía de haberse quedado embarazada aquella primera noche. Podría haber sido la primera vez, o la segunda, o la tercera; todo ocurrió aquella primera noche. No le sorprendió en absoluto. Xander y ella simplemente encajaban, no dominándose ni consumiéndose el uno al otro, sino como piezas de un puzzle que encajaban para formar un todo que era mucho mejor, mucho más fuerte, que la pieza individual que ella era sin él. Completo.

Suspiró, se centró de nuevo en la partida de ajedrez que tenía ante sí y empujó a su reina por el tablero. Luego vaciló y se sentó a pensar de nuevo, sin apartar el dedo de la reina.

"Siempre puedes rendirte", dijo Xander.

Ella le lanzó una mirada negra. "Nunca me rindo".

Xander sonrió, una sonrisa muy sexual. "A veces lo haces".

Levantó la barbilla, en un movimiento altivo. "Sólo si me beneficio con ello".

"Ahora te beneficiarás de ello". Miró su reloj. "Tendrás tiempo para prepararte para la visita de Ashley".

Elaheh no levantó la vista de la pizarra. A pesar de que ahora sabía con certeza que Xander y Ashley sólo sentían amistad el uno por el otro, prefería que la bella estudiante de inglés no saliera con Xander demasiado a menudo. Sobre todo cuando se sentía tan grande y desgarbada. Elaheh se aclaró la garganta y fingió mirar con renovada concentración las piezas de ajedrez.

"¿Verdad, Ela?", dijo Xander despacio.

Él lo sabía. Ella se dio cuenta por su tono. Ella levantó la vista y él negó con la cabeza.

"No había razón para echarla", continuó.

"Es que pensé que nuestra misteriosa vecina podría beneficiarse de su experiencia".

"Estoy seguro de que lo hará. Ashley sabe lo que hace".

"Y *era* entusiasta".

"No me sorprende. Poca gente puede entrar en su país para ver sus tesoros arquitectónicos desde que se cerraron las fronteras tras la última guerra. Y el jeque Zyir es notoriamente difícil. Es una maravilla que hayas podido persuadirle para que le permita la entrada".

Parpadeó ligeramente, tratando, muy ineficazmente, de ocultar su respuesta.

"Ela, ¿qué hiciste?"

"Ah, bueno, puede que se me haya escapado cuál es su otra especialidad".

Xander se quedó quieto. “¡No lo hiciste!”

Ela le miró brevemente desde detrás de las pestañas bajas. “Bueno, es su otra especialidad”.

“Es una historiadora feminista interesada en la arquitectura de Oriente Medio...”

“Especialmente en lo que respecta al alojamiento de las mujeres”, remató Elaheh.

“Me gusta cómo omites la única palabra que habría despertado el interés del jeque Zyir, sin duda”.

“¿Harén?”

“Exactamente, harén. El interés de Ashley es puramente académico, puramente feminista. Y el interés de Zyir es puramente práctico. Se rumorea que es particularmente aficionado a las viejas costumbres, sobre todo cuando se trata de mantener un harén de mujeres.

Elaheh rechazó sus palabras con la mano. “Dudo que eso sea cierto”. Realmente esperaba que no fuera cierto. Empezaba a sentirse culpable. Pero había visto a Ashley unas cuantas veces y era una mujer muy independiente y fuerte, que, Elaheh estaba segura, podría enfrentarse fácilmente a un jeque machista, por muy feroz que fuera su reputación. “De todos modos, le dije que se pusiera en contacto conmigo si necesitaba algo”.

“Ponte en contacto contigo, no conmigo.”

“Sí.”

“¿Por qué?”

“Porque...” Se encogió de hombros. “Me preocupa que pienses que tomaste la decisión equivocada, que deberías haberle pedido a Ashley que se casara contigo”.

“Cierto. Quizá debería. Después de todo, habríamos tenido muchas menos discusiones”.

Elaheh frunció el ceño y miró fijamente el tablero, decidida a encontrar una jugada ganadora, pero su mente estaba llena de visiones de Ashley y Xander.

“Y ella me habría dejado hacer lo que quisiera”.

Elaheh empujó su reina por el tablero. “Jaque mate”, dijo, sentándose con una sonrisa y bebiendo un sorbo de su sharbat de agua de rosas. Los cubitos de hielo tintinearon cuando lo dejó sobre la mesa de marquetería y miró a su oponente.

Los ojos de Xander estaban fijos en el tablero. Entonces le dirigió una mirada que le aceleró el corazón, antes de empujar una pieza -ella no sabía cuál, de repente su mente estaba fuera de juego- por el tablero. Él se echó hacia atrás. “Creo que no.

“¿No?”, preguntó débilmente.

Sacudió la cabeza y su sonrisa era claramente sexual. “No jaque mate”.

Ella frunció el ceño y volvió a mirar la pizarra, y se dio cuenta de que él tenía razón. “Me sacaste de quicio con toda esa charla sobre Ashley. Es tan hermosa”.

“Cierto”. Él sonrió, y ella pudo ver que había decidido dejar de burlarse de ella. “Pero no tan hermosa como tú... nadie lo es. Y no quiero a nadie más en mi cama, a mi lado, madre de mis hijos... la lista continúa... excepto a ti”.

Hizo un ruido de satisfacción y volvió a mirar el tablero. “Pensé que había ganado por un momento”.

“No. Pero yo sí”. Xander se levantó y se estiró.

Elaheh frunció el ceño. No podía entender cómo alguien tan aparentemente tranquilo como Xander tenía un cerebro que funcionaba con una precisión tan infalible. Suspiró y empezó a colocar las piezas de nuevo. “Juguemos otra partida”.

“No.”

Ella le miró. “Sí, juguemos otra partida”. Siguió colocando las piezas en el tablero.

“No. Se inclinó sobre el tablero, con las manos agarrando el lateral de la mesa y la mirada

clavada en ella. “Tengo una idea mejor”.

“Pero realmente me gustaría...”

Con un movimiento limpio de su mano, las piezas de ajedrez salieron volando.

“¡Xander!” Ella se sorprendió por el movimiento brusco.

Sus ojos se entrecerraron y le tendió una mano. Ella no vaciló. A veces le convenía rendirse ante su jeque.

Se dirigieron rápidamente al salón, donde Xander procedió a desvestir a Elaheh hasta dejarla desnuda delante de él. De pronto se sintió cohibida y se acarició el vientre de embarazada, de pie junto a la tumbona.

Se arrodilló y le besó el vientre, arrastrando más besos hacia abajo hasta encontrar su objetivo. Ella se sentó en la tumbona y él le abrió las piernas, se acomodó entre ellas y procedió a provocarle el orgasmo más explosivo, dejándole absolutamente claro que no había nadie en el mundo a quien adorara más que a Elaheh. Y Elaheh pensó, mientras su cuerpo se estremecía con las secuelas de la explosión, que el sentimiento era totalmente mutuo.

~

¡Compre ya el próximo libro de la serie!



Un poderoso jeque, una académica feminista y un harén...

POSTFACIO

Estimado lector,

¡Ay! Hubo momentos en los que me pregunté si Xander y Elaheh superarían sus diferencias. Pero a menudo ocurre que, cuando alguien se muestra demasiado distante, defensivo o agresivo, simplemente tiene miedo. Y eso era cierto en el caso de Elaheh. Por suerte para ella, Xander quería entenderla. Y, al hacerlo, llegó a amarla y curarla. También llegó a comprender y recuperarse del incidente traumático que marcó su propia vida.

Espero que hayan disfrutado de *Ríndete al jeque*. En caso de que no hayas leído los otros libros de la serie **Los jeques de Havilah**, son:

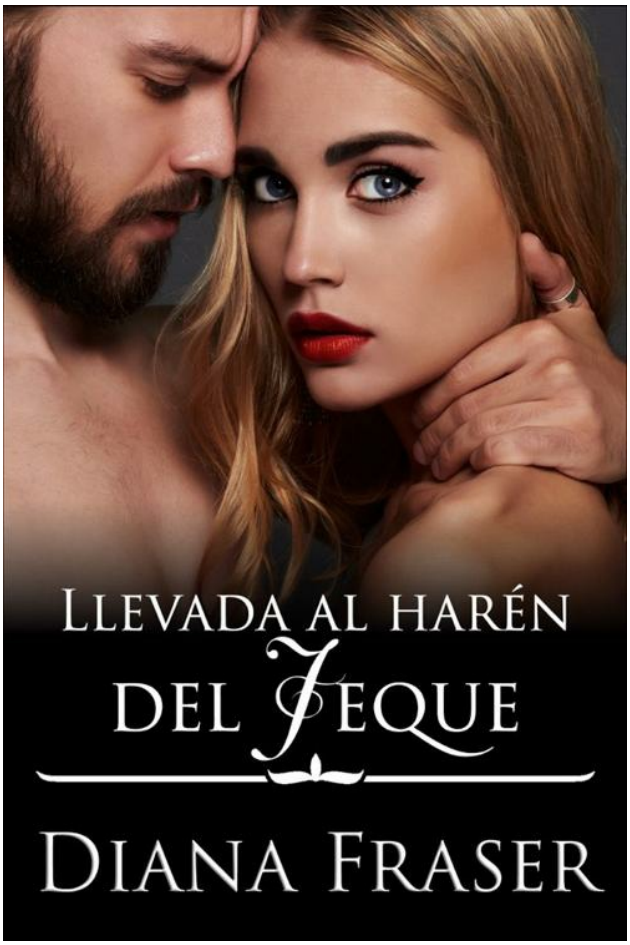
El bebé secreto del jeque
Comprado por el jeque
La amante prohibida del jeque
Ríndete al jeque
Llevada al harén del jeque **(extracto a continuación)**

El siguiente, y último, libro de esta serie no estaba planeado. Pero tenía que saber qué le había pasado a Ashley. Y así nació *Llevada al harén del jeque*. ***Un poderoso jeque, una académica feminista y un harén...*** A continuación, un extracto.
¡Feliz lectura!

Diana
dianafraser.com

LLEVADA AL HARÉN DEL JEQUE

LIBRO 5 DE LOS JEQUES DE HAVILAH



Un poderoso jeque, una académica feminista y un harén...

La doctora Ashley Maitland es una académica decidida a dejar atrás su doloroso pasado y forjarse una carrera universitaria, aunque para ello tenga que escribir un sensacional libro sobre harenes.

Así que viaja al país medieval de Irem, tan misterioso como su rey, el jeque Zyir. Pero allí

descubre que la única forma de completar su investigación es unirse al harén del jeque.

Extracto

Parecía que la esperaban, y las puertas se abrieron cuando se acercó. Condujo hasta el patio central del palacio. Aparcó donde le indicaron y se ajustó el pañuelo y la abaya.

"Por aquí, señora", dijo un criado beduino haciendo una reverencia.

"Gracias.

Se echó la mochila al hombro y le siguió por el patio.

De repente, sintió que se le erizaban los pelillos de la nuca y miró hacia su izquierda. Alguien se movía detrás de las ventanas enrejadas sin cristales. Luego desapareció de nuevo. Se encogió de hombros. Supuso que tendría que acostumbrarse a que la observaran: era una extraña en una tierra muy extraña.

Ashley siguió al criado por un pasillo en forma de claustro que recordaba a una catedral medieval, con su suelo enlosado de piedra y sus arcos en los que la piedra estaba tallada en forma de decoración, que el tiempo y el tacto habían ido difuminando con el paso de los años. El propio suelo que pisaba estaba hundido en el centro, donde los pies de la gente habían desgastado la pálida piedra a lo largo de miles de años.

A pesar de sus antiguos orígenes, su diseño proporcionaba un bienvenido alivio del abrasador desierto. De hecho, toda la ciudad parecía semienterrada, y más fresca por ello. Así debían de ser las cosas para muchas de las civilizaciones antiguas, de las que ésta era uno de los pocos vestigios. Era lo que la hacía única. Pero ahora no tenía ocasión de verlo. Tenía una reunión con el funcionario con el que había completado sus reservas: el jeque Riyz. Una vez reunida con él, le habían prometido una audiencia con el rey.

El criado abrió la puerta, hizo una reverencia y se apartó para que ella entrara. Entró en la austera sala de recepción, momentáneamente aturdida por el repentino brillo de la luz sobre el oro, del sol sobre el topacio. Entonces se volvió y vio a un hombre alto y de aspecto imponente que la miraba fijamente. Parecía tener unos treinta años y vestía una túnica sencilla sin adornos, nada que indicara que era alguien importante. Elaheh, que nunca había conocido al rey actual, sólo a su padre, le había dicho que no esperara nada tan informal como sus propios países y los de Xander. Y, como Ashley no consideraba que hubiera nada casual en ellos, su imaginación le había fallado en cuanto a lo mucho más formal que sería Irem. Al menos, su personal administrativo no parecía depender de ceremonias.

Ashley se acercó a él y le tendió la mano. Sus ojos no se habían apartado de ella.

"Usted debe de ser el jeque Ryiz", dijo ella, forzando una sonrisa para ocultar sus nervios. Su rostro impasible no se movió ni un milímetro. Podría haber sido tallado en piedra. "Encantada de conocerle".

El hombre aceptó su mano y la envolvió en la suya. "*As-salamu Alaykum*, Dr. Maitland. Bienvenido a mi país".

"*Wa Alaykum as-salam*." Ashley devolvió las tradicionales palabras de saludo. "Gracias, es bueno estar aquí. Estoy muy *emocionada* de estar aquí", añadió, pensando que algunos halagos podrían ayudarla. "He oído historias tan tentadoras sobre su país".

Lanzó un pequeño gruñido mientras entrecerraba los ojos. "Confío en que haya tenido un viaje agradable".

"Fue asombroso. No esperaba ver campos de flores tan extensos".

"Ah, los resultados de las fuertes lluvias que hemos tenido."

“Ha dado vida al desierto”.

“En efecto. Pero también traerá consigo langostas, el azote de la abundancia”.

Puede que el jeque Ryiz fuera accesible por correo electrónico, pero seguro que era un pesimista. También tenía un aspecto bastante intimidante. Nada que ver con lo que ella había imaginado. Quería mirar a su alrededor, absorber más detalles de aquella habitación impresionante pero austera, pero no podía apartar los ojos de él.

Señaló un arco, a través del cual ella pudo ver un patio. Pero, en cuanto lo siguió fuera, pensó que no podía llamarse patio, porque estaba demasiado lujosamente amueblado. Una zona de asientos baja y acolchada, decorada con alfombras y cojines joya, rodeaba un pequeño estanque con un riachuelo de agua ondulante. Era un oasis de una belleza exquisita.

“Por favor, tomen asiento. Seguro que le apetece un refresco después del viaje”.

Estaba a punto de aceptar porque tenía sed y hambre, pero recordó sus modales. “No, gracias, no quiero molestarle”.

Sonrió como si se diera cuenta de lo que estaba haciendo, pero asintió en señal de agradecimiento. “Le aseguro que no es ninguna molestia. Sería un honor ofrecerle nuestra hospitalidad”.

No pudo rechazar la educada segunda oferta. “Entonces, gracias, sería muy bienvenido. Ha sido un largo viaje”.

Cuando tomó asiento, las puertas se abrieron como si hubieran recibido una orden oculta, y dos hombres entraron en la sala con un característico dallah de media luna, dos tazas pequeñas y un plato de dátiles. Dispusieron los dátiles y el café, aromatizado con cardamomo recién molido, sobre la mesa.

Ashley se puso cómoda, lo que no fue difícil. El lugar estaba diseñado para la comodidad, para seducir. La palabra le vino a la cabeza de improviso y echó un vistazo al jeque, cuya mirada no se había apartado de la suya. Se devanó los sesos para encontrar algo que decir.

“El clima es muy agradable aquí, en la ciudad. Pensé que haría mucho más calor”. Echó un vistazo a la elaborada rejilla de ventilación que traía la brisa que soplaba en lo alto del cielo desértico hasta la sala del patio. Junto con las persianas semitransparentes que filtraban la luz del sol, refrescaban la temperatura. “He leído sobre los cazadores de viento de aquí, pero nunca había visto uno”.

“Por supuesto. Mi país lleva demasiado tiempo cerrado a los visitantes”.

Levantó los ojos, interesada. “¿Tu rey pretende hacer cambios?”

“Sí.”

Esperó a que se explayara. No lo hizo. En lugar de eso, señaló con la cabeza a una mujer que esperaba junto a la puerta. La mujer se arrodilló ante ellos y vertió una pequeña cantidad de café en cada taza. Se retiró una vez más, con la mirada hacia abajo, como si estuviera rezando. Aquel servilismo incomodó a Ashley.

Miró al jeque Riyz y se dio cuenta de que no le había quitado los ojos de encima. Se sintió aún más incómoda. Había pensado que él la llevaría ante el rey, pero parecía que primero tenía la tarea de examinarla. Tenía que asegurarse de pasar la prueba, fuera cual fuera. Necesitaba que este hombre la aprobara antes de pasar a la siguiente etapa.

“Parece incómodo, Dr. Maitland.”

Ella apartó la mirada, avergonzada y sorprendida de que él hubiera sido capaz de leer su mente con tanta facilidad. Tomó un sorbo del café caliente, conocido localmente como *gahwa*, y volvió a dejarlo en el suelo. Se encogió de hombros y le miró. “Es una nueva tierra, nuevas costumbres. Llevará un tiempo acostumbrarse”.

Frunció el ceño. “Tenía entendido que eras un experto en nuestras costumbres. ¿No es así?”

“Bueno, lo soy en un sentido. Quiero decir que los *conozco*, los he estudiado, pero estar aquí y experimentarlos de primera mano es otra cosa totalmente distinta.”

Asintió con la cabeza. “Sí, uno nunca puede saber algo a menos que lo haya vivido. Estoy de acuerdo”.

Tenía una voz grave y autoritaria, y Ashley comprendió por qué el rey lo había elegido como consejero. Sus ojos reflejaban esa autoridad: penetrantes e ilegibles. Le sostuvo la mirada durante unos instantes y Ashley pensó que así se sentiría cuando un ordenador le escanease el cerebro. Pero aquel hombre no era un ordenador. Tenía la llave de su futuro, y si antes se sentía incómoda, ahora sentía algo más: se sentía agudamente femenina. Sus ojos parecieron pasar de investigarla a mostrar aprecio con su cálida mirada y un tirón en los labios cuando un atisbo de sonrisa se posó en ellos. Prácticamente ronroneó bajo aquella mirada acariciadora. Tal vez un breve coqueteo con el consejero del rey no estaría de más.

“Dígame”, dijo, inclinándose hacia delante, su cuerpo haciéndose eco ahora tanto de la mirada de sus ojos como de su aterciopelada caricia de voz, “¿qué es lo que quiere, doctor Ashley Maitland?”.

Sus palabras la hicieron volver a la realidad. Un rubor inundó sus pálidas mejillas y miró a su alrededor, buscando una escapatoria. Podía estar seduciéndola con los ojos y la voz, pero sospechaba su intención. ¿Por qué dejar para ahora la pregunta? Respira, se dijo Ashley. Mantén la calma. Sólo te está poniendo a prueba. Sacó una sonrisa de la nada.

“¿Qué es lo que quiero? Quiero ver al rey, señor. Solicito su permiso para llevar a cabo investigaciones en Irem”.

Se sentó, pensativo. “Y esta investigación tuya...”

Él dudó y los nervios hicieron que ella se lanzara. “Es...”

Levantó la mano; era todo lo que necesitaba hacer para que ella se detuviera a mitad de la frase.

“Sé en qué consiste su investigación, Dr. Maitland. Lo que no sé es qué pretende hacer con ella”.

Entrecerró los ojos, intentando averiguar qué quería saber. Fuera lo que fuera, se lo daría. Estaba desesperada. No había venido hasta aquí para nada. Toda su carrera dependía de ello. “¿Hacer con él?”

“Quiero saber en qué beneficia a mi país, Dr. Maitland. Está muy bien permitirle el acceso a información privilegiada, proporcionarle recursos, pero necesitamos saber cómo beneficiará esto a Irem.”

“¡Oh!” Asintió con la cabeza, tratando de imaginar cómo podría reconfigurar su investigación para cumplir este nuevo requisito. A este hombre, y por tanto presumiblemente al rey, no le interesaba investigar por investigar. Conocían sus edificios y su mundo. Para ellos, su investigación era interesante por algo muy distinto. ¿Pero para qué? “No deseo hacer nada que pueda perjudicar a Irem”. Ella dudó. No tenía ni idea de si él quería que se guardara la investigación para sí o que la divulgara por todas partes. Pero tenía que ser sincera, porque en cuanto saliera de este país estaría gritando su trabajo a los cuatro vientos. Respiró hondo. Él estaba atento, paciente, esperando a que ella hablara.

“Tengo la intención de publicarlo”, dice, y las palabras le salen solas. “Una editorial internacional está interesada en publicar el libro porque cree que tendrá un gran atractivo. Y escribiré el libro para ese mercado, no como un texto académico”. Contuvo la respiración, esperando que no le dieran la espalda y la expulsaran del país. “Tendrá un atractivo popular”,

añadió para aclarar.

Él emitió un pequeño gruñido y, por primera vez, apartó su mirada de la de ella y asintió con la cabeza. “Es satisfactorio”.

El alivio cayó sobre ella como una carga. “Bien”, sonrió. “Ah, qué alivio. Y, créame, sé que hay un amplio interés internacional por el tema”.

Por primera vez, el jeque Ryiz pareció sorprendido. “¿Es correcto?”

“Sí, en efecto.”

“Bien. Entonces, Dr. Maitland, tal vez deberíamos empezar con un rápido recorrido por la ciudad”.

“Sí, eso sería encantador, gracias”.

Él se levantó con la facilidad de alguien acostumbrado a sentarse con las piernas cruzadas, mientras Ashley hacía todo lo posible por levantarse con elegancia. Se alegraba de su formación temprana en ballet, a la que había renunciado cuando la profesora le había arruinado la vida para siempre a los trece años diciéndole sin rodeos que era imposible que alguien de su estatura y curvas llegara a ser bailarina. Así que, aunque no era una flacucha esbelta, Ashley sabía moverse con gracia.

Mientras el jeque Riyz intercambiaba unas palabras con la mujer que, pensó Ashley, se inclinaba con innecesaria humildad, ella se dio la vuelta, poco dispuesta a ver a una mujer rebajarse de semejante manera. Al hacerlo, divisó un par de crisálidas que se aferraban a la parte inferior de un mariposario.

Acarició la hoja a la que se aferraba uno. Se volvió de repente, un sexto sentido la alertó de su mirada.

“Las flores de *khof al gamal* son extraordinarias este año”.

“También las mariposas”, dijo. “Hay muchas crisálidas en esta planta. No sé qué pasa con las langostas, pero parece que las lluvias también están haciendo felices a las mariposas. Y eso tiene que ser bueno”.

“Mariposas felices”, repitió, deteniéndose a unos pasos de ella. Se volvió hacia ella. “Tengo que decir que nunca me he planteado si una mariposa es feliz. Simplemente sigue a lo suyo”.

Se encogió de hombros y acarició la crisálida antes de apartar las hojas para descubrir más racimos. “Puede ser, pero ¿quiénes somos nosotros para decir si las mariposas tienen sentimientos? Además, las dos cosas no son excluyentes”. Le miró. “Negocios y felicidad, quiero decir”.

Enarcó una ceja y sus ojos oscuros contenían un humor que ella no había visto antes. Pero no habló.

Se negó a dejarse intimidar por un hombre silencioso y malhumorado, por muy convincente que fuera. “Seguro que a tu rey le gustaría saber que eres feliz en tu trabajo”.

Se encogió de hombros. “Quizá deberías preguntarle”.

“Lo haría si pudiera conocerle. Quiero decir, entiendo que me estés seleccionando para él, pero espero poder ver al rey pronto”. Seguía sin hablar. “Es bueno que se tome el tiempo de reunirse conmigo, aunque supongo que no hay mucha distracción aquí en medio del desierto”. Volvió a sonreír, esperando obtener una respuesta positiva.

El humor en los ojos del hombre desapareció.

“Le sorprendería, Dr. Maitland, lo ocupado que puede estar un gobernante de un reino, incluso en medio de un desierto”.

Se dio cuenta de su error. “Sí, estoy segura”. Se puso a su lado. “¿Vamos a conocer al rey ahora?”

No perdió ni un paso.
“Ya lo conoce, Dr. Maitland.”

***

Comprar ahora

OTRAS OBRAS DE DIANA FRASER

-British Billionaires-

El matrimonio por contrato del multimillonario

El CEO imposible del multimillonario

El bebé secreto del multimillonario

Conjunto de libros de multimillonarios británicos (serie completa)

-Los jeques del diamante-

A las comando del jeque

A las órdenes del jeque

El placer del jeque

Diamond Sheikhs Boxed Set (serie completa)

-Secretos de los jeques-

La venganza del jeque por seducción

El amor secreto del jeque

La trampa matrimonial del jeque

Secretos de los jeques (serie completa)

-Los jeques de Havilah-

El bebé secreto del jeque

Comprado por el jeque

La amante prohibida del jeque

Ríndete al jeque

Llevada al harén del jeque

The Sheikhs of Havilah Boxed Set (serie completa)

-Reyes del desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque

La novia de ganga del jeque

La amante perdida del jeque

Despertada por el jeque

Reclamada por el jeque

Se busca: Un bebé para el jeque

Caja de los Reyes del Desierto (1-3)

Caja de los Reyes del Desierto (4-6)

Caja de los Reyes del Desierto (serie completa)

-Romance italiano-

La amante perfecta del italiano

Seducida por el italiano

El italiano apasionado

Una Navidad accidental

Romance italiano en caja (serie completa)

- Romances contemporáneos de pueblos pequeños-

-Los Mackenzie-

Un lugar llamado hogar

Secretos en Parata Bay

Escapada a Shelter Springs

Lo que ves en las estrellas

Segunda oportunidad en Whisper Creek

Verano en el Lakehouse Café

The Mackenzies Boxed Set (Libros 1-3)

La caja de los Mackenzie (Libros 4-6)

La caja completa de los Mackenzie

-Lantern Bay-

Tuyo para dar

Tuyo para atesorar

Tuyo para atesorar

Tuya para siempre

Para siempre

Tuya para amar

Lantern Bay Box Set (Libros 1-3)

Lantern Bay Box Set (Libros 4-6)

Caja completa de Lantern Bay

-Romance medieval-

Reclamar a su dama

Seduciendo a su dama

Despertando a su Dama

Caballeros de Norfolk (1-3)

Defendiendo a su Dama

Honrando a su Dama

* * *